EL CLÁSICO DE NUESTRO TIEMPO

RC SPROUL

La Santidad de Dios

Nueva Edición

RC SPROUL

LA SANTIDAD DE DIOS

Traducido al español por Víctor García

Publicado por:
Publicaciones Faro de Gracia
P.O. Box 1043
Graham, NC 27253
www.farodegracia.org

Co-edición con:
Ligonier Ministries
400 Technology Park
Lake Mary, FL 32746
Tel. 1-800-435-4343
www.ligonier.org

ISBN 978-1-928980-22-3

Para Kaki y Ryan y su generación, que vivan durante una nueva reformación.

Contenido

Reconocimientos

Muchas gracias a Wendell Hawley por su calurosa y gentil motivación para este proyecto. Si el libro tiene alguna claridad, el crédito es para mi esposa, Vesta, quien es mi más implacable y amorosa editora.

Deuteronomio 4:29

Mas si desde allí buscares a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma.

1 Crónicas 16:10–11

Gloriaos en su santo nombre; Alégrese el corazón de los Que buscan Jehová. Buscad a Jehová y su poder; Buscad su rostro continuamente.

Salmo 9:10

En ti confiarán los que conocen tu nombre, Por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste a los Que te buscaron.

Salmo 27:8

Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová;

Isaías 55:6–7

Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto Que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar.

Amos 5:4

Pero así dice Jehová a la casa de Israel: Buscadme, y viviréis;

Capítulo Uno
La Copa Sagrada

Sentí el impulso de irme del cuarto. Una profunda e innegable orden turbó mi sueño, pues algo santo me llamaba. El único sonido era el tic-tac rítmico del reloj sobre mi escritorio. Parecía vago e irreal, como si estuviese sumergido bajo profundas aguas. Comenzaba a dormirme, en el momento cuando la línea entre la conciencia y la inconsciencia se diluye. Estaba suspendido en ese estado aferrado al umbral, aun percibiendo en la quietud de su cerebro los sonidos del mundo exterior, ese momento inmediatamente antes de sucumbir a la noche. Dormido, pero no completamente; despierto, pero no alerta; aún vulnerable al llamado interno que me dijo, “Levántate y sal de este cuarto.”

El llamado se hizo más fuerte, más urgente, imposible de ignorar. Un estallido de lucidez hizo que me incorporara y pusiera mis pies en el suelo. El sueño se desapareció en un instante y mi cuerpo se puso en acción. En segundos me vestí y salí del dormitorio de la universidad. Un vistazo al reloj registró el tiempo en mi mente. Faltaban diez minutos para la media noche.

El aire nocturno era frío, convirtiendo la nieve de la mañana en un colchón con sábana quebradiza. Sentí el crujido bajo mis pies al caminar hacia el centro del plantel. La luna proyectaba una sombra fantasmagórica sobre los edificios de la universidad cuyos canales de desagüe estaban adornados con gigantes puntas congeladas—gotas de agua detenidas en el espacio que formaban cuchillos sólidos de hielo simulando colmillos. Ningún arquitecto humano podría haber diseñado esas gárgolas de la naturaleza.

Los engranajes del reloj de la vieja torre principal se movieron y sus agujas se colocaron verticalmente. Escuché el pesado sonido de la maquinaria una fracción de segundo antes del repique de las campanas. Cuatro tonos musicales señalaron la hora exacta. Después llegaron los doce golpes parejos y sonoros. Yo los conté en mi mente como siempre lo hacía, revisando la posibilidad de un error en el número que nunca fallaba. Sonaron exactamente doce golpes desde la torre como el martillo de un juez severo golpeando sobre metal.

La capilla se hallaba bajo la sombra de la vieja torre principal. Su puerta era de cedro pesado con un arco gótico. La abrí y llegué al vestíbulo, la puerta se cerró detrás de mí con un sonido que hizo vibrar las paredes de piedra de la nave.

El eco me estremeció. Era un contraste extraño con los ruidos de los servicios diarios en la capilla donde el abrir y cerrar de las puertas era apagado por los sonidos de los estudiantes desplazándose hacia sus lugares asignados. En el vacío de la media noche el sonido de la puerta era amplificado.

Esperé un momento en el vestíbulo, dándole a mis ojos unos segundos para adaptarse a la obscuridad. El débil brillo de la luna penetraba por los silenciosos vitrales. Yo podía ver la línea de las bancas y el pasillo central que guiaba hacia las gradas de la plataforma. Sentí una majestuosa sensación de espacio, acentuada por los alargados arcos del techo los cuales parecían elevar mi alma en una sensación de altura que evocaba la emoción de una mano gigante extendiéndose para levantarme.

Me moví lenta y deliberadamente hacia las gradas de la plataforma. El sonido de mis pies sobre el piso de piedra evocaba las imágenes temibles de soldados alemanes marchando con sus botas a lo largo de calles empedradas. Cada paso resonaba mientras llegaba a la plataforma alfombrada.

Allí me tiré sobre mis rodillas. Había llegado a mi destino. Estaba listo para reunirme con Quien había turbado mi descanso con su llamado.

Me encontraba en posición de oración, pero no tenía nada que decir. Me arrodillé allí silenciosamente, permitiendo que la sensación de la presencia de un Dios santo me llenara. El latido de mi corazón indicaba algo, golpeando mi pecho. Sentí un frío intenso en la base de mi espina que subió hasta mi cuello. El terror me invadió. Luché contra el impulso de escapar de esa sobrecogedora presencia que se apoderó de mí.

El terror pasó, y pronto siguió otra ola, pero diferente. Esta inundó mi alma con una paz inexplicable que trajo un reposo instantáneo a mi turbado espíritu. Me sentí tranquilo. Quería permanecer allí. Sin decir ni hacer nada. Simplemente deleitarme en la presencia de Dios.

Ese momento transformó mi vida. Algo profundo se estableció en mi espíritu para siempre. Desde ese momento no podía haber regreso; no podía ser borrada esa indeleble impresión de su poder. Yo estaba solo con Dios. Un Dios santo, un Dios asombroso. Un Dios que podía llenarme con terror en un segundo y con paz en el próximo. Supe en ese momento que había realizado el fin de mi búsqueda santa. Dentro de mí nació una nueva hambre que nunca podría ser satisfecha en este mundo. Me propuse aprender más, seguir a este Dios que vivía en las catedrales góticas obscuras y que invadió mi dormitorio para levantarme de mi complaciente sueño.

¿Qué hace a un estudiante universitario buscar la presencia de Dios a estas horas de la noche? Algo sucedió esa tarde en una de las clases que me llevó a esa capilla. Yo era un recién convertido cuya conversión había sido repentina y dramática, para mí una réplica del camino de Damasco. Mi vida había sido cambiada radicalmente, yo estaba lleno de celo por la dulzura de Cristo. Me consumía una nueva pasión. Estudiar las Escrituras, aprender cómo orar, conquistar los vicios que asaltaban mi carácter y crecer en gracia. Yo quería desesperadamente hacer mi vida valiosa para Cristo. Mi alma cantaba, “Señor, quiero ser cristiano.”

Pero algo estaba ausente en mi nueva vida cristiana. Mi celo era abundante, pero estaba marcado por superficialidad, una clase de simplicidad que estaba haciendo de mí una persona uni-dimensional. En cierto modo yo era un unitario, un unitario de la segunda persona de la Trinidad. Yo sabía quién era Jesús, pero Dios el Padre estaba envuelto en el misterio. El era un enigma escondido para mi mente y un extraño para mi alma. Un velo obscuro cubría su rostro.

Mi clase de Filosofía cambió todo eso.

Era un curso que no me interesaba. Estaba ansioso de terminarlo, y dejar detrás de mí ese curso obligatorio. Yo había escogido especializarme en la Biblia, y pensaba que las abstractas especulaciones de la clase de Filosofía eran un desperdicio de tiempo. Escuchar a los filósofos discutir acerca de la razón y de la duda me parecía vacío. No encontraba alimento para mi alma. Nada que encendiera mi imaginación, sólo difíciles y aburridos problemas intelectuales que me dejaban frío, hasta que llegó esa tarde de invierno.

La lección de ese día fue sobre un filósofo cristiano cuyo nombre era Aurelio Agustín. En el transcurso de la historia, él había sido canonizado por la iglesia Católica-Romana. Todos se referían a él como San Agustín. El profesor habló sobre las opiniones de Agustín sobre la creación del mundo.

Yo estaba familiarizado con el relato bíblico de la creación. Yo sabía que el Antiguo Testamento abre con las palabras, “En el principio Dios creó los cielos y la tierra.” Pero yo nunca había pensado profundamente acerca del acto original de la creación. Agustín sondeó dentro de este glorioso misterio y se preguntó, “¿Cómo fue hecho?”

“En el principio …”

Sonaba como el comienzo de un cuento de niños: “Había una vez.” El problema es que en el principio no había tiempo como nosotros entendemos ser “había una vez.” Nosotros pensamos de los comienzos como el punto inicial de algo en el medio de un período de la historia. La Cenicienta tuvo una madre y una abuela. Su historia, que comenzó “una vez” no comenzó en el comienzo absoluto. Antes de la Cenicienta, hubo reyes, reinas, rocas, árboles, caballos, liebres y lirios.

¿Qué había antes del principio de Génesis 1? La gente que Dios creó no tenía padres o abuelos. Ellos no tenían libros de historia que leer porque no había habido historia. Antes de la creación no había reyes o reinas o rocas o árboles. No había nada; nada, excepto Dios.

Fue aquí donde mi clase de Filosofía hizo que me diera un enorme dolor de cabeza. Antes de que el mundo comenzara, no había nada. Pero, ¿Qué realmente es “nada”? ¿Ha tratado usted de pensar acerca de nada? ¿Dónde se encuentra eso? Obviamente en ningún lugar. ¿Por qué? Porque es nada, y la nada no existe. No puede existir, porque si existiera entonces sería algo y no nada. ¿Le está comenzando a doler la cabeza como a mí? Piense acerca de ello por un segundo. Yo no puedo decirle a usted que piense en “ello” porque la nada no es “ello.” Lo único que puedo decir es que “la nada no existe.”

Entonces, ¿cómo podemos pensar sobre nada? No podemos. Es simplemente imposible. Si tratamos de pensar en nada siempre terminaremos pensando en algo. Tan pronto como trato de pensar sobre nada, comienzo a

imaginarme un montón de aire vacío. Pero el aire es algo. Tiene peso y sustancia. Yo sé eso por lo que sucede si un clavo pincha la llanta de mi carro.

Jonathan Edwards dijo una vez que la nada es lo que las rocas sueñan cuando duermen. Pero eso no ayuda mucho. Mi hijo me ofreció una mejor definición de *nada*. Cuando él estaba en la escuela intermedia yo le preguntaba al venir de la escuela, ¿Qué hiciste hoy, hijo? Su respuesta siempre era la misma: “Nada.” Así que la mejor explicación que yo puedo dar de “nada” es lo que mi hijo solía hacer en la escuela intermedia.

Nuestro entendimiento de la creatividad involucra el moldear y dar forma a la pintura, la arcilla, las notas sobre un papel o a alguna otra substancia. Nunca hemos experimentado que haya un pintor que pinte sin pintura o un escritor que escriba sin palabras, o un compositor que componga sin notas. Los artistas tienen que comenzar con *algo*. Lo que los artistas hacen es moldear, dar forma o redistribuir otros materiales, pero ellos nunca trabajan con nada.

San Agustín enseñó que Dios creó el mundo de la nada. La creación fue algo así como un mago sacando un conejo de un sombrero. Excepto que Dios no tenía un conejo, ni tenía un sombrero.

Mi vecino es un hábil fabricante de gabinetes. Una de sus especialidades es construir gabinetes para magos profesionales. El me dio un recorrido por su taller y me mostró cómo se hacen las cajas y los gabinetes para magos. El truco es el uso astuto de espejos. Cuando el mago sale a escena y muestra una caja o un sombrero vacío, lo que usted ve es sólo la mitad de la caja o el sombrero. Por ejemplo, si usted toma el sombrero “vacío” luego le fija un espejo a medio sombrero, el espejo refleja el lado vacío del sombrero y proyecta una imagen exacta. La ilusión crea el efecto visual de ver vacíos ambos lados del sombrero. Pero usted sólo está viendo la mitad del sombrero. La otra mitad tiene suficiente espacio para esconder palomas blancas o conejitos gordos. No hay mucha magia en esto, ¿verdad?

Dios no creó el mundo con espejos. Para hacerlo habría necesitado que la mitad del mundo comenzara con un espejo gigante que escondiera la otra mitad. La creación involucra traer a la existencia todo lo que es, incluyendo los

espejos. Dios creó el mundo de la nada. Hubo un tiempo en que hubo nada. Pero repentinamente, por el mandato de Dios, hubo un universo.

De nuevo preguntamos, ¿cómo lo hizo? El único indicio que la Biblia nos da es que Dios llamó al universo a la existencia. Agustín llamó a ese acto “el imperativo divino” o “el fiat divino.” Sabemos que un imperativo es un mandato. Así es un fiat. Cuando Agustín habló de un fiat, no estaba pensando en un carro italiano. El diccionario define fiat como un mandato o un acto de la voluntad que crea algo. En este momento yo estoy escribiendo sobre una computadora fabricada por la IBM. Es una máquina asombrosa bastante complicada. Está diseñada para responder a ciertos comandos. Si cometo un error al mecanografiar, no tengo que tener un borrador. Simplemente oprimo una tecla y la computadora lo corrige. La computadora trabaja por fiat, pero el poder de mi fiat es limitado. Los únicos fiat que trabajan son los que ya están programados en la computadora. Me encantaría poder decirle a la computadora, “Por favor escríbeme todo este libro, mientras me voy a jugar golf.” Mi máquina no puede hacer eso. Le puedo gritar a la pantalla con el más fuerte imperativo: “¡Escribe ese libro!” Pero la máquina es muy obstinada para obedecer.

Los fiats de Dios no están limitados así. El puede crear por la pura fuerza de su divino mandato. Puede traer algo de la nada y vida de la muerte. Puede hacer estas cosas por el sonido de su voz.

El primer sonido que se escuchó en el universo fue la voz de Dios ordenando “¡Sea!” En realidad, es inapropiado decir que este fue el primer sonido “en” el universo porque hasta que el sonido fue hecho no había universo. Dios le habló al vacío. Podríamos decir que esto era una especie de proclamación primigenia dirigida hacia el obscuro vacío.

El mandamiento de Dios creó sus propias moléculas para transportar las ondas sonoras de la voz de Dios lejos en el espacio. Pero las ondas sonoras se tardarían mucho. El sonido de este mandato imperativo excedió la velocidad de la luz. Tan pronto como las palabras salieron de la boca del Creador, las cosas comenzaron a suceder. Cuando su voz resonó las estrellas aparecieron emanando una luz indescriptible entonada con el sonido de los ángeles. La fuerza de la energía divina se esparció en el cielo como un caleidoscopio de colores brotando de la paleta de un poderoso artista. Los cometas cruzaron el

cielo con brillantes colas como los fuegos artificiales que celebran la independencia. El acto de la creación fue el primer evento en la historia. Fue también el más asombroso. El Supremo Arquitecto observó su complejo bosquejo y pronunció sus mandatos para que los límites del mundo se establecieran. Cuando El habló, los mares fueron encerrados en sus límites, y las nubes se llenaron con rocío.

El amarró las Pléyades y ciñó el cinturón del Orión. Luego habló de nuevo y la tierra comenzó a llenarse de orquídeas floreciendo en su plenitud. Las flores brotaron como la primavera en Mississipi. Los tonos lavanda de los ciruelos danzaban con los brillos de las azaleas y la flor de olivo.

Dios habló una vez más y las aguas se llenaron de seres vivientes. El caracol se ocultó bajo la sombra de la mantaraya, mientras que el pez espada rompió la superficie del agua para pasearse sobre las olas con su cola. De nuevo El habló y el rugido del león y el balido de las ovejas se escuchó. Los animales de cuatro patas, las arañas de ocho y los insectos alados aparecieron.

Y Dios dijo, “Esto es bueno.”

Entonces Dios se inclinó hacia la tierra y cuidadosamente le dio forma a una pieza de barro. La levantó delicadamente hacia sus labios y sopló sobre ella. El barro comenzó a moverse. Comenzó a pensar, comenzó a sentir, comenzó a adorar. Estaba vivo y estampado con la imagen de su Creador.

Consideren la resurrección de Lázaro de entre los muertos. ¿Cómo lo hizo Jesús? El no entró a la tumba donde yacía el cadáver putrefacto de Lázaro; no tuvo que administrar resucitación boca a boca. El se paró frente a la tumba, a la distancia, y gritó en alta voz, “¡Lázaro, ven fuera!” La sangre comenzó a fluir en las venas de Lázaro y sus ondas cerebrales a pulsar. En una explosión de vida, Lázaro abandonó su tumba y caminó hacia afuera. Este es el fiat creador. El poder del imperativo divino.

Algunos teóricos modernos creen que el mundo fue creado por la nada. Note la diferencia entre decir que el mundo fue creado *de la* nada y decir que fue creado *por la* nada. Según esta opinión moderna, el conejo sale del sombrero sin conejo, sin sombrero y sin mago. Esta opinión moderna es más milagrosa

que el punto de vista bíblico pues sugiere que la nada creó algo. Y más aún, sostiene que la nada lo creó todo—¡Ciertamente una hazaña!

Seguramente en esta era científica no puede haber gente seria reclamando que el universo fue creado por la nada. ¿O acaso la hay? Pues, sí, y en grandes números. Por supuesto, ellos no suelen decirlo de la manera que yo lo digo y probablemente se irritarán conmigo por expresar sus puntos de vista de esta forma. Sin duda protestarán de que yo ofrezco una caricatura distorsionada de su sofisticada posición. Muy bien, ellos no dicen que el universo fue creado por la nada; ellos dicen que el universo fue creado por la casualidad.

Pero la casualidad no es algo objetivo. No tiene peso, medida, ni poder. Es meramente una palabra que usamos para describir posibilidades matemáticas. No puede hacer nada y no lo hace porque es nada. Decir que el universo fue creado por la casualidad es decir que vino de la nada.

Esto es una locura intelectual. ¿Cuáles son las probabilidades de que el universo fuese creado por casualidad?

San Agustín entendió que el mundo no podía ser creado por la casualidad. El sabía que se requería algo o alguien con poder—el mismísimo poder de la creación—para que el trabajo fuese hecho. El sabía que algo no podía venir de la nada. Entendió que en algún lugar, de alguna manera, algo o alguien tenía que tener el poder de ser por sí mismo. De lo contrario, hoy no existiría nada.

La Biblia dice, “En el principio Dios.” El Dios que nosotros adoramos siempre ha estado allí. Sólo El puede crear seres porque sólo El tiene el *poder de ser*. El no es “nada.” El no es casualidad. El es puro Ser. El es aquel que tiene el poder de ser *todo por sí mismo*. El es el único eterno. El único que tiene poder sobre la muerte. Sólo El puede ordenar que los mundos existan por su fiat, por el poder de su mandato. Tal poder es abrumador y asombroso. Es merecedor de respeto y de humilde adoración.

Las palabras de Agustín—que Dios creó el mundo de la nada por el puro poder de su voz—fueron las que me condujeron hacia la capilla aquella medianoche.

Yo sé lo que significa ser convertido. Sé lo que es ser nacido de nuevo. También entiendo que una persona nace de nuevo sólo una vez. Cuando el Espíritu Santo activa en nuestras almas la nueva vida en Cristo, El no detiene su obra. El continúa trabajando en nosotros para cambiarnos.

Mi experiencia en el salón de clases reflexionando sobre la creación del mundo, fue como nacer de nuevo una segunda vez. Fue como convertirme no meramente a Dios el Hijo, sino al Dios el Padre. Repentinamente sentí pasión por conocer a Dios el Padre. Quería conocerlo a El en su majestad, en su poder y en su majestuosa santidad.

Mi "conversión" a Dios el Padre no sucedió sin sus respectivas dificultades. Aunque fui profundamente impresionado por la noción de un Dios que creó un universo entero de la nada, me sentía confundido por el hecho de que vivimos en un mundo lleno de lamentos, un mundo plagado de maldad. Mi próxima pregunta fue ¿Cómo pudo un Dios bueno y santo crear un mundo que ahora se encuentra en este caos? Mientras estudiaba el Antiguo Testamento también me perturbaban las historias sobre Dios ordenando la muerte de mujeres y niños, de Dios matando instantáneamente a Uza por tocar el arca, y algunos otros relatos que parecían revelar un lado brutal del carácter de Dios.

El concepto, la idea central que yo seguía encontrando en la Escritura, era que Dios es *santo*. Esa palabra me era extraña. No estaba seguro de su significado. Yo hice de esta idea un asunto de diligente y persistente investigación. Aún hoy estoy absorto con el tema de la santidad de Dios. Estoy convencido de que es una de las ideas más importantes con las cuales un cristiano debe lidiar. Es básica para nuestro entendimiento de Dios y del cristianismo.

La idea de la santidad es tan central a la enseñanza bíblica que se dice de Dios que "Santo es su nombre" (Lucas 1:49). Su nombre es santo porque El es santo. El no siempre es tratado con reverencia santa. Su nombre es pisoteado con la suciedad de este mundo. Se usa como una palabra para maldecir y una plataforma para la obscenidad. El poco respeto que este mundo tiene por Dios, es vívidamente evidenciado por la manera en que el mundo usa su nombre. No hay honra, no hay reverencia ni hay asombro delante de El.

Si yo le preguntara a un grupo de cristianos cuál es la principal prioridad de su iglesia, sé que tendría una amplia variedad de respuestas. Algunos me dirían evangelismo, otros acción social y otros nutrición espiritual. Pero aún estoy esperando a alguien hablar de cuáles fueron las prioridades de Jesús.

¿Cuál es la primera petición del "Padre Nuestro"? Jesús dijo, *"Vosotros pues oraréis así: 'Padre nuestro que estás en los cielos ...' "* (Mateo 6:9). La primera línea de la oración no es una petición. Es una forma personal de acercamiento. La oración continúa: *"Santificado sea tu nombre, venga tu reino"* (Mateo. 6:9–10). Con frecuencia confundimos las palabras "Santificado sea tu nombre" con la parte del acercamiento como si las palabras fuesen "Santificado *es* tu nombre." Si ése fuera el caso, las palabras serían meramente una designación de alabanza a Dios. Pero no es así como Jesús lo dijo. El lo expresó como la primera petición. Nosotros deberíamos de orar que el nombre de Dios sea santificado. Que Dios sea considerado santo.

Hay una especie de secuencia dentro de la oración. El reino de Dios nunca vendrá donde su nombre no sea considerado santo. Su voluntad no se hace en la tierra como en el cielo, si aquí su nombre es profanado. En el cielo el nombre de Dios es santo. Es pronunciado por los ángeles con un susurro sagrado. El cielo es un lugar donde la reverencia por Dios es total. Es necio buscar el reino donde Dios no es reverenciado.

La manera en que entendemos la persona y el carácter de Dios el Padre afecta cada aspecto de nuestras vidas. Afecta más de lo que nosotros normalmente llamamos el aspecto "religioso" de nuestras vidas. Si Dios es el Creador del universo entero, entonces El es el Señor de todo el universo. Ninguna parte del mundo se escapa de su señorío. Estos significa que ninguna parte de mi vida debe estar fuera de su señorío. Su carácter santo tiene algo que decir acerca de la economía, la política, los deportes, el romance—todo en lo cual estamos involucrados. No podemos escaparnos de Dios. No hay lugar que nos pueda esconder de El. El no sólo penetra cada aspecto de nuestras vidas, pero penetra en su majestuosa santidad. Por eso tenemos que buscar entender qué es la santidad. No nos atrevamos a evadir este tema. No puede haber adoración y crecimiento espiritual ni verdadera obediencia sin ello. Esto define

nuestra meta como cristianos. Dios ha declarado, *“Sed santos porque yo soy santo”* (Levítico 11:44).

Para alcanzar esa meta, tenemos que entender qué es la santidad.

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas

Mientras usted reflexiona sobre lo que ha aprendido y descubierto sobre la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use una libreta para registrar sus respuestas a la santidad de Dios o discútalas con un amigo.

1. Cuando usted piensa en Dios como santo, ¿qué viene a su mente?
2. Describa alguna ocasión en la que usted haya sido sobrecogido por la santidad de Dios.
3. ¿Le atrae la santidad de Dios?
4. ¿Qué significa para usted ser santo durante la próxima semana?

Isaías 6:6–8

1 *En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo.*

2 *Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban.*

3 *Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.*

4 *Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo.*

5 *Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.*

6 *Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas;*

7 *y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado.*

8 *Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.*

Capítulo Dos
Santo, Santo, Santo

El profeta del antiguo testamento era un hombre solitario. Era un individualista señalado por Dios para una penosa tarea, como una especie de fiscal designado por el Supremo Juez del cielo y tierra, un vocero para demandar a aquellos que habían pecado en su contra.

El profeta no era filósofo que escribía para promover discusiones, ni era un libretista que componía dramas para entretener a la gente. El era mensajero, un heraldo del rey del cielo. Con sus anuncios venían las palabras "Así dice el Señor"

La historia de los profetas se lee como un libro de mártires y suena como un reporte de las víctimas de la Tercera División en la Segunda Guerra Mundial. El promedio de su vida era como el de un teniente del ejército en combate.

Cuando se dice de Jesús que fue "despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebrantos" (Isaías 53:3), se le hace partícipe de una gran cantidad de hombres a quienes Dios destinó para tal sufrimiento. El azote al profeta era la soledad; a menudo su casa era una cueva y usualmente el desierto era su lugar de reunión con Dios. Algunas veces, su vestuario era la desnudez y su corbata un cayado. Sus canciones eran compuestas con lágrimas.

De esa clase de hombre era Isaías ben-Amoz.

En la lista de los héroes del Antiguo Testamento, Isaías sobresale en un destacamento estelar. Él fue profeta de profetas, un líder de líderes, un "profeta mayor" por el gran tamaño del libro que lleva su nombre.

Como profeta, era inusual. La mayoría de los profetas eran de origen humilde: campesinos, pastores, labradores, mas Isaías era de la nobleza. Él era un reconocido hombre de estado que tenía acceso a la corte real de sus días. Se relacionaba con príncipes y reyes. Dios lo usó a él para hablarle a varios monarcas de Judá, incluyendo a Uzías, Jotán, Acaz y Ezequías.

Lo que destacaba al profeta de Israel de todos los otros hombres eran los sagrados auspicios de su llamado. Su llamado no fue de hombres. El no podía solicitar este trabajo, tuvo que ser seleccionado—escogido directa e inmediatamente por Dios. Y el llamado fue soberano; no se podía ser rechazar (Jeremías trató de rechazar este llamado, pero se le recordó inmediatamente que él había sido consagrado para esto desde el vientre de su madre. Luego, cuando buscó renunciar, Dios rehusó aceptar su renuncia). El trabajo de profeta era de por vida; no se podía renunciar o jubilar.

El registro del llamado de Isaías quizás sea el más dramático de todos los registrados en el Antiguo Testamento. Se nos dice que sucedió en el año en que el rey Uzías murió.

El rey Uzías murió en el siglo ocho A.C. Su reinado fue muy importante en la historia judía y fue uno de los mejores reyes que gobernó Judá. No fue un David, pero tampoco fue señalado por la corrupción que caracterizó a los reyes del norte, tales como Acab. Uzías ascendió al trono cuando tenía dieciséis años y reinó en Jerusalén por cincuenta y dos años. ¡Fíjense, cincuenta y dos años! En los pasados cincuenta y dos años, Estados Unidos ha presenciado la administración de Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush padre, Clinton y Bush hijo. Pero mucha gente en Jerusalén vivió su vida entera bajo el reinado del rey Uzías.

La Biblia nos dice que Uzías comenzó su reino piadosamente haciendo “lo que era recto ante los ojos de Jehová” (2 Crón. 26:4). El buscó a Dios y fue bendecido. Venció a los filisteos y a otras naciones en batalla, edificó torres en Jerusalén y fortaleció sus murallas, abrió grandes pozos en el desierto y estimuló un gran crecimiento en la agricultura nacional. También restauró el poder militar de Judá hasta un nivel casi tan alto como en los días de David. La mayoría de su vida Uzías fue conocido como un rey grande y amado.

Sin embargo, la historia de Uzías terminó tristemente. Sus últimos días fueron como los de los trágicos héroes de Shakespeare. Su carrera se deterioró por el pecado del orgullo después de haber adquirido gran riqueza y poder. El se sintió Dios; entró al templo con insolencia y arrogancia, reclamando para sí los derechos que Dios había dado solamente a los sacerdotes. Cuando ellos trataron de detenerlo en su acto sacrílego, Uzías se enfureció. Mientras les

gritaba furiosamente, apareció lepra en su frente. La Biblia dice de él: *"Y habitó leproso en una casa apartada ... excluido de la casa de Jehová"* (2 Crón. 26:21). Cuando Uzías murió, a pesar de la vergüenza de sus últimos años, la nación lo lloró. Aparentemente Isaías fue al templo buscando consolación en este tiempo de angustia personal y nacional. Pero él encontró más de lo que esperaba porque: *"En el año en que murió el rey Uzías, vi yo al Señor sentado en un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo"* (Isa. 6:1).

El rey había muerto. Pero cuando Isaías entró al templo vio a otro rey, el Rey Supremo, el que se sienta eternamente en el trono de Judá, él vio al Señor.

En el hebreo hay dos palabras distintas que se traducen Señor. Una es "Adonai", que significa "el Soberano." Este no es el nombre de Dios sino un título, el título supremo dado a Dios en el Antiguo Testamento. La otra palabra es "Jehová", el nombre sagrado de Dios, con el cual Él se reveló a Moisés en la salsa ardiendo. Este es su nombre inefable, el nombre santo que los israelitas se guardaban de profanar. Normalmente ocurre sólo en forma de sus cuatro consonantes—YHWH. Por lo tanto, se le conoce como *el sagrado tetragrama*, las cuatro letras inefables.

Vemos este contraste en las palabras usadas en el Salmo 8:1, *"¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!"* Lo que el judío estaba diciendo era, "¡Oh Jehová, nuestro Adonai, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra." O se podría decir así, "¡Oh Jehová nuestro Soberano, cuán glorioso …" En el Salmo 110 leemos, *"Jehová dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra"* (Salmo 110:1). Aquí el salmista está diciendo, "Dios le dijo a mi Soberano: 'Siéntate a mi mano derecha.' "

Jehová es el nombre de Dios; *Adonai* es su título. Cuando hablamos de algún presidente mencionamos su nombre y su título. "Presidente" es el título más alto en nuestros países; de igual forma, "Soberano" era el más alto en Israel. El título "Adonai" estaba reservado para Dios. Este fue el título que se le dio a Dios en el Nuevo Testamento. Cuando Cristo es llamado *Señor* en el nuevo testamento, se le confiere el equivalente *Adonai* del antiguo testamento. Jesús es llamado el Rey de reyes y Señor de señores, un título reservado sólo para Dios el Padre, el Supremo Soberano de cielo y tierra.

Estos diferentes usos de las palabras “Jehová” y “Adonai” indican el cuidado con que la gente se refería a la naturaleza santa de Dios. En cierta forma, es igual con mi uso de letra mayúscula para referirme a Dios. Puesto que Dios es inefablemente santo, yo no soy capaz de referirme a El como “él,” aunque quizás a algunos de mis lectores les irrite lo que perciben como un uso anticuado de las letras mayúsculas. Para mí es un gesto de respeto y de asombro hacia un Dios santo.

Cuando Isaías vino al templo, había una crisis de soberanía en la nación. Uzías había muerto pero los ojos de Isaías fueron abiertos para ver al verdadero Rey de la nación. El vio a Dios sentado sobre el trono como el soberano.

Las Escrituras nos advierten que ninguna persona puede ver el rostro de Dios y vivir. Recordemos la petición de Moisés cuando ascendió al monte santo de Dios. Él había sido testigo de asombrosos milagros, había escuchado la voz de Dios hablándole desde la zarza ardiendo, había visto el río Nilo convertido en sangre, había probado el maná del cielo y había visto la nube y la columna de fuego. También había visto los carros del Faraón inundados por las olas del mar Rojo. Pero todavía no estaba satisfecho; quería ver más. El anhelaba la excelsitud espiritual. El pidió al Señor en ese momento, “Déjame ver tu rostro, muéstrame tu gloria.” Pero se le negó la petición:

> *Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y dijo aún Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro. (Ex. 33:19–23)*

Luego, Dios le permitió a Moisés que viera su espalda, pero no su rostro. Cuando Moisés regresó del monte, su rostro resplandecía. La gente se aterrorizó y se alejaron de él con horror. El rostro de Moisés era demasiado para poder mirarlo. Así que Moisés se puso un velo sobre su rostro para que la gente pudiera acercársele. Esta experiencia de terror se manifestó en el rostro de un

hombre que estuvo tan cerca de Dios que ahora reflejaba Su gloria, y sólo el reflejo de la gloria de la espalda de Dios, no de la de su rostro. Si la gente temía ver la gloria que se reflejaba de la espalda de Dios, ¿cómo podría mirarse directamente su santo rostro?

Pero la meta final del cristiano es poder ver lo que se le negó a Moisés, queremos mirarlo cara a cara, queremos solazarnos en la gloria radiante de su rostro. Todo judío lo esperaba, basado en la amada bendición de Israel:

> “Jehová te bendiga y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz.” (Números 6:24–26)

Esta esperanza, cristalizada en esta bendición, se convirtió en una promesa para los cristianos. Juan dice: “Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es. Aquí tenemos su promesa: Nosotros le veremos tal como Él es. Los teólogos llaman a esta expectativa futura la Visión Beatífica. Veremos a Dios *tal como Él es*. Esto significa que algún día veremos a Dios cara a cara. No veremos el reflejo de su gloria desde una zarza ardiente o en la columna de fuego. Le veremos tal como Él es, en su pureza y en su esencia divina.

Ahora es imposible que nosotros veamos a Dios en su esencia divina. Antes tenemos que ser purificados. Cuando Jesús enseñó las bienaventuranzas, prometió esto a un grupo selecto: “Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mat. 5:8). En este mundo, ninguno de nosotros es puro de corazón y esa impureza nos impide ver a Dios. El problema no radica en nuestros ojos, sino en nuestro corazón. Hasta que nos encontremos purificados y totalmente santificados en el cielo, seremos capaces de verlo cara a cara

> *Por encima de Él había serafines; cada uno tenía seis alas, con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban*. (Isaías 6:2)

Los serafínes no son seres humanos pecadores con corazones impuros. Pero siendo seres angélicos son criaturas, y a pesar de su elevada posición como

participantes de los ejércitos celestiales, tienen que cubrir sus ojos para no ver directamente el rostro de Dios. Es terrible y maravilloso cómo fueron hechos, dotados por su Creador con un par de alas especiales para cubrir sus rostros en su majestuosa presencia. Estos serafines tienen además un segundo par de alas con el cual cubren sus pies. Esto no es una especie de zapatos angélicos para proteger la planta de sus pies o facilitarles su caminar en el templo celestial. La razón para esto es similar a la de la experiencia de Moisés con la zarza ardiente:

> *Y se le apareció el ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía.*
>
> *Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema.*
>
> *Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí.*
>
> *Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás tierra santa es. (Exodo 3:2–5)*

Dios mandó a Moisés quitarse sus zapatos, pues se encontraba sobre un terreno santificado por su presencia. Quitarse los zapatos era un medio por el cual Moisés reconocía que él era de la tierra—terrenal. Los pies humanos, a veces llamados "pies de barro" simbolizan nuestra condición de criaturas. Son ellos los que nos conectan a la tierra.

Los serafines no son de la tierra, sus pies no son de barro, y siendo ángeles son espirituales. Sin embargo, son criaturas, y las imágenes de la visión de Isaías sugieren que también se tienen que cubrir los pies reconociendo que son criaturas en la exaltada presencia de Dios.

Es aquí donde encontramos la esencia de la visión de Isaías. El canto de los serafines revela el asombroso mensaje de este texto. *"Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria"* (Isaías 6:3). Este canto es la repetición de una sola palabra—*santo*. Esta palabra se canta tres veces seguidas, dándole a la iglesia su más

majestuoso himno. Este canto es llamado el *trisagión* que significa el “tres veces santo.”

Es fácil pasar por alto el significado de la repetición de la palabra *santo*. Esta expresión literaria que se encuentra en las formas hebreas de literatura, especialmente en la poesía, es una forma de énfasis. En el idioma español, para enfatizar la importancia de algo, tenemos varios recursos para escoger. Podemos subrayar las palabras importantes o escribirlas con letras itálicas o marcadas. Podemos agregarle signos de exclamación o distinguirlas con comillas. Todo esto es para llamar la atención del lector a algo que es especialmente importante.

Los judíos del Antiguo Testamento tenían diferentes técnicas para indicar énfasis. Una de ellas era el método de la repetición. Jesús usó la repetición de palabras, “De cierto, de cierto os digo.”

Aquí el doble uso de la frase “de cierto” significaba que iba a decir algo muy importante. La palabra traducida “cierto” es *amén*. Usualmente nosotros pensamos de *amén* como algo que se dice al finalizar un sermón o una oración. Significa simplemente “es cierto.” Jesús la usó como prefacio en lugar de como respuesta.

En Génesis 14 encontramos un uso humorístico de la técnica de la repetición. La historia de la batalla de los reyes en el Valle de Sidim menciona algunos hombres que se cayeron en unos pozos de asfalto que había en la región. Algunos traductores los llaman pozos de asfalto o pozos de betún, o simplemente grandes pozos. ¿Qué clase de pozos eran éstos, cuya traducción parece tan confusa? El hebreo no es claro. El texto original simplemente da la palabra en hebreo para pozo y después la repite diciendo literalmente “pozos-pozos.” Los judíos querían decir con esto que había pozos, y que había “pozos-pozos”. Algunos pozos son más pozos que otros pozos. Estos pozos—“los pozos-pozos”—eran muchos más pozos que los otros pozos. Una cosa es caer en un pozo, pero si uno cae en un pozo-pozo, entonces está en graves problemas.

En raras ocasiones la Biblia repite algo hasta el tercer grado. Mencionar algo tres veces seguidas, es elevarlo a su grado superlativo y adjudicarle un énfasis de super importancia. Por ejemplo, el terrible juicio de Dios se declara

en el libro de Apocalipsis por un ángel que gritaba en medio del cielo "¡Ay, ay, ay de los que moran en la tierra!" (Apocalipsis 8:13). O también se ve en la burla sarcástica del sermón de Jeremías sobre el templo, cuando reprendía al pueblo por haberlo invocado con hipocresía, "¡Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste!" (Jeremías 7:4).

En las Sagradas Escrituras sólo una vez un atributo de Dios se eleva al tercer grado. Sólo una vez encontramos una característica de Dios mencionada tres veces en sucesión. La Biblia dice que Dios es santo, santo, santo. No que Él es santo, o aun santo, santo. Él es santo, santo, santo. La Biblia nunca dice que Dios es amor, amor, amor; o misericordia, misericordia, misericordia; o ira, ira, ira; o justicia, justicia, justicia. Dice que Él es santo, santo, santo; que toda la tierra está llena de su gloria.

> *Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo*. (Isaías 6:4)

Una encuesta reciente sobre gente que solía ser miembro de una iglesia y dejó de asistir, revela que la razón principal de su alejamiento es que encontraban la iglesia aburrida. Es difícil para mucha gente encontrar en la adoración una experiencia emocionante y conmovedora. Vemos aquí que cuando Dios se apareció en el templo, las puertas y los quiciales se estremecieron. La materia muerta de las puertas, los quiciales inanimados, la madera y el metal, que no podían oír ni hablar, tuvieron el buen juicio de estremecerse por la presencia de Dios. Literalmente el texto dice que fueron sacudidas. Comenzaron a temblar ante El.

> *¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al rey, Jehová de los ejércitos. (Isaías 6:5)*

Las puertas del templo no fueron lo único que se conmovió. Lo que más tembló en aquel edificio fue el cuerpo de Isaías. Cuando él vio al Dios viviente, el monarca reinante del universo desplegado ante sus ojos en toda su santidad, Isaías exclamó "¡Ay de mí!"

La exclamación de Isaías suena extraña a los oídos modernos. Es raro oír a la gente hoy usar la expresión "¡Ay de mí!" Puesto que esta frase suena

anticuada y arcaica, algunos traductores modernos prefieren sustituirla. Esto es un error serio. La expresión "¡Ay de mí!" es crucialmente bíblica y no podemos permitirnos ignorarla. Tiene un significado especial.

Cuando pensamos en los "ayes" pensamos en los problemas presentados en los melodramas de las películas antiguas. *Los Peligros de Paulina* muestran a la heroína retorciendo sus manos en angustia mientras el cruel propietario venía a confiscarle su propiedad. O el Super Ratón volaba desde su nube para rescatar a su novia que había sido amarrada a los rieles del tren por Harry el Malvado mientras ella gritaba "¡Ay de mí!"

A la expresión ¡ay de mí! le ha sucedido lo mismo que a otras expresiones pasadas de moda. La única lengua que todavía conserva esta expresión es el Yiddish. Los judíos modernos aún declaran su frustración exclamando "¡Oy bay!" que es la expresión abreviada de la expresión completa *Oy bay ist mer*. "Oy bay" es en Yiddish "Oh, ay," una abreviación de la expresión completa "¡Oh, ay de mí!"

La fuerza completa de la exclamación de Isaías debe considerarse en el contexto del uso del lenguaje bíblico. La forma más frecuente para referirse a los mensajes de los profetas era "oráculo." Los oráculos eran mensajes provenientes de Dios; podían ser buenos o malos. Los oráculos positivos empezaban con la palabra "bienaventurado." En el Sermón del Monte Jesús usó este tipo de oráculo diciendo, "bienaventurados los pobres en espíritu, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed." Sus oyentes entendían que Él estaba usando la fórmula profética, el oráculo que traía buenas noticias.

Pero Jesús también usaba la forma negativa del oráculo. Al pronunciar su airada denuncia contra los fariseos, les anunció el juicio de Dios diciendo, "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!" (Mateo 23:13–29). El repitió esto tantas veces que comenzó a sonar como una letanía. En los labios de un profeta la palabra ¡*Ay!* es un aviso de juicio. En la Biblia las naciones y los individuos son enjuiciadas pronunciando un oráculo de ¡ay!

La manera en que Isaías usó la palabra "Ay!" fue extraordinaria. Al ver al Señor, el pronunció el juicio de Dios sobre sí mismo. "¡Ay de mí!" exclamó,

invocando el juicio de Dios, la severa maldición de juicio, sobre su propia cabeza. Era una cosa que un profeta maldijera a otra persona en el nombre de Dios, pero era otra cuando un profeta pronunciaba esa maldición sobre sí mismo.

Inmediatamente después de la maldición de juicio, Isaías gritó, “¡Soy muerto!” Lo que Isaías estaba expresando era lo que los psicólogos modernos describen como la experiencia de desintegración personal. Desintegrar se refiere a *des-integrar*. Integrar quiere decir unir las piezas. En las escuelas integradas, se coloca juntos a niños de diferentes razas para formar un cuerpo de estudiantes. La palabra *integridad* viene de esta raíz, sugiriendo a una persona cuya vida es íntegra, sana. En la terminología moderna decimos, “esa persona vive una vida íntegra.”

Isaías ben-Amoz era hombre de integridad, un hombre completo. Sus contemporáneos lo consideraban el hombre más recto de la nación y lo respetaban como un modelo de virtud. Pero cuando tuvo la repentina visión del Dios santo, en ese instante toda su autoestima fue sacudida. En un segundo su desnudez se descubrió ante la mirada de la norma más absoluta de santidad. Comparado con otros mortales, él podía sostener una alta opinión de sí mismo. Pero en el instante que él se midió con la norma suprema, él fue deshecho—moral y espiritualmente devastado. Fue desintegrado, desarticulado. Su sentido de integridad se derrumbó.

El repentino reconocimiento de su ruina estaba relacionado con su boca. El gritó, “Soy hombre de labios inmundos.” Nosotros habríamos esperado que dijera, “Soy hombre de hábitos impuros,” o, “Soy hombre de pensamientos impuros.” Pero en cambio se refirió a su boca diciendo “Tengo una boca sucia.” ¿Por qué este enfoque en su boca? Quizás una indicación respecto a esta expresión de Isaías se halla en las palabras de Jesús cuando El dijo que no es lo que entra a la boca sino lo que sale lo que contamina a los hombres. O podríamos ver el discurso sobre la lengua escrito por Santiago, el hermano del Señor:

> *La lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. Porque toda*

naturaleza de bestias y de aves y de serpientes y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce. (Santiago 3:6–12)

La lengua es un mal irrefrenable, llena de veneno. Esto es lo que Isaías estaba reconociendo. Pero él sabía que no estaba solo en este dilema, que toda la nación estaba infectada con bocas sucias: "Yo vivo en medio de gente de labios inmundos." En un momento Isaías tuvo un entendimiento nuevo y radical del pecado. El vio que era invasivo en sí mismo y en todos los demás.

En un sentido, nosotros somos afortunados en que Dios no se nos aparezca como lo hizo a Isaías. ¿Quién podría soportarlo? Normalmente Dios nos revela nuestra pecaminosidad poco a poco, y el reconocimiento de nuestra corrupción es gradual. Pero a Isaías Dios le mostró su corrupción súbitamente. No es extraño que hubiese sido devastado. Isaías lo explicó de esta manera: "Mis ojos han visto al rey, Jehová de los ejércitos" (Isaías 6:5). El vio la santidad de Dios y por primera vez en su vida entendió quién era Dios; a la vez, por primera vez entendió quién era Isaías.

Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado. (Isaías 6:6–7)

Isaías se arrastraba gimiendo por su vileza. Todas las fibras nerviosas de su cuerpo temblaban mientras buscaba donde esconderse, orando que de alguna manera la tierra lo cubriera, el techo del templo lo sepultara, o algo, cualquier cosa, lo liberara de la santa mirada de Dios. Pero no había dónde esconderse. El estaba allí, desnudo y solo frente a Dios. A diferencia de Adán, no tenía a Eva para alentarlo, ni hojas de higuera que lo escondieran. Lo suyo era la esencia de

la angustia moral, ésa que desgarra el corazón de un hombre y destroza su alma en pedazos. Culpa, culpa, culpa sin tregua brotaba por todos sus poros.

Pero el Dios santo es también el Dios de gracia, y no permitió que su siervo continuara postrado sin consuelo. Inmediatamente comenzó a limpiarlo y a restaurar su alma, enviando a uno de los serafines. El serafín voló rápidamente hacia el altar con unas tenazas, tomando del fuego un carbón encendido, demasiado caliente hasta para un ángel y se dirigió hacia Isaías.

El serafín presionó el carbón al rojo vivo contra los labios del profeta y los quemó. Los labios son una de las partes más sensibles del cuerpo humano, el punto de contacto para un beso. Pero lo que Isaías sintió fue la llama santa quemando su boca. El sintió el desagradable olor de la carne quemada, pero el olor fue mínimo en comparación con el intenso dolor de la quemadura. Esto fue una misericordia severa, un acto doloroso de limpieza. La herida de Isaías estaba siendo cauterizada, la inmundicia de su boca estaba siendo quemada; él estaba siendo refinado con el fuego santo.

Por medio de este acto divino de limpieza, Isaías experimentó un perdón más allá de la purificación de sus labios. Él fue limpiado completamente, perdonado en su esencia, aunque no sin el terrible dolor del arrepentimiento. El experimentó más allá de una gracia superficial y de un simple “lo siento”. El lamentó su pecado, abrumado con angustia moral, y Dios envió un ángel para sanarlo. Su pecado fue quitado y su dignidad permaneció intacta. Su culpa se le quitó sin insultar su humanidad. La convicción que él sintió fue constructiva, no fue un castigo cruel e inusual. Un momento de carne quemada sobre sus labios trajo una sanidad que se extendería por toda la eternidad. En un momento el devastado profeta fue restaurado. Su boca fue purificada; él estaba limpio:

> *Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí. (Isaías 6:8)*

La visión de Isaías adquirió una nueva dimensión. Hasta entonces él había visto la gloria de Dios, había oído el canto de los serafines, había sentido el carbón ardiente sobre sus labios, pero ahora por primera vez escuchaba la voz de Dios. De repente, los ángeles callaron y la voz que la Escritura describe como

el estruendo de muchas aguas resonó en todo el templo. Aquella voz hizo eco con las agudas preguntas: "¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?"

Aquí vemos un patrón que se ha repetido en la historia. Cuando Dios se aparece, la gente tiembla con terror, luego Dios perdona y sana, para después enviar. El patrón que es el quebrantamiento precede a la misión. Cuando Dios preguntó, ¿a quién enviaré? Isaías entendió la fuerza de esa palabra. Ser enviado significaba funcionar como un emisario de Dios, ser vocero de la Deidad. En el nuevo testamento la palabra "apóstol" significa "enviado." La contraparte al apóstol en el antiguo testamento era el profeta. Dios buscaba un voluntario que entrara al solitario y arduo oficio de profeta.

Fíjese en la respuesta de Isaías: "Heme aquí, envíame a mí." Hay una diferencia crucial entre decir, "heme aquí" y decir, "aquí estoy." Si hubiese dicho "aquí estoy," simplemente hubiera indicado su localización. Pero él le estaba indicando a Dios algo más que su ubicación, y al decirle "heme aquí" estaba dando un paso al frente como voluntario. Su respuesta fue simplemente "Yo iré. No busques más, envíame a mí."

Hay dos cosas importantes en la respuesta de Isaías. La primera es que a él no le sucedió como a *Humpty-Dumpty* en aquel canto infantil donde el señor Dumpty se cayó trágicamente porque nadie en el reino pudo reconstruirlo. Pero aunque Dumpy no era más frágil que Isaías quien se deshizo como huevo que cae al suelo, la diferencia está en que Dios tomó a este hombre destruido y después lo envió al ministerio. Él tomó a un pecador y lo hizo un profeta; tomó a un hombre cuya boca era sucia y lo hizo su vocero.

La segunda cosa importante que aprendemos de este evento es que la obra de gracia de Dios sobre el alma de Isaías no aniquiló su identidad personal. Isaías dijo, "Heme aquí." Isaías podía aun hablar en términos de su propio ser. El conservó su identidad y personalidad. Sin tratar de destruir el "yo," como reclaman algunos que distorsionan el cristianismo, Dios redime la individualidad. El sana la individualidad para que pueda ser útil y realizarse en la misión para la cual la persona es llamada. La personalidad de Isaías fue completamente reconstruida, no aniquilada. Al salir del templo, él seguía siendo Isaías ben-Amoz. Seguía siendo la misma persona, pero con su boca limpia.

Los ministros no son dignos de su llamado. Todos los predicadores son vulnerables a la acusación de hipocresía. De hecho, mientras más fieles son los predicadores a la Palabra de Dios en su predicación, más expuestos están al cargo de hipocresía. ¿Por qué? Porque mientras más fieles son las personas a la Palabra de Dios, más elevado es el mensaje. Y mientras más elevado el mensaje, más lejos estarán de poder cumplirlo por sí mismos.

Yo me intimido internamente cuando predico en las iglesias acerca de la santidad de Dios. Puedo anticipar la respuesta de la gente. Ellos salen del santuario convencidos de que han estado en la presencia de un hombre santo. Puesto que me oyen hablar de la santidad, suponen que yo soy tan santo como el mensaje que predico. Es entonces que yo quisiera gritar "¡Ay de mí!"

Es peligroso asumir que por el hecho de ser atraído hacia el estudio de la santidad, una persona es santa. Hay una ironía aquí. Estoy seguro que la razón por la cual anhelo aprender de la santidad es precisamente porque no soy santo. Yo soy hombre profano, y es más el que tiempo que paso fuera del templo y de la presencia íntima de Dios que dentro de ellas. Sin embargo, he degustado suficiente de la majestad de Dios para anhelar más. Conozco lo que es ser perdonado y enviado a una misión. Mi alma clama por más. Mi alma necesita más.

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas:

Mientras reflexiona sobre lo que ha aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas a la santidad de Dios, o discútalas con un amigo.

1. ¿Ha tenido alguna experiencia en la que la presencia de Dios lo ha sobrecogido, en la cual usted fue quebrantado por la presencia de Dios?

2. La respuesta de Isaías a la revelación de la santidad de Dios fue "¡Ay de mí!" ¿Cuál es su respuesta?

3. ¿En qué área necesita ser purificado usted por el fuego de la santidad de Dios?

4. Según se describe en este capítulo, ¿qué aspecto de la santidad de Dios lo mueve a usted a adorarle a El más plenamente?

5. Busque el himno “Santo, Santo Santo” en su himnario, y dele culto a Dios cantándole a Él.

Capítulo Tres
El Misterio Temible

¿Qué es esto que brilla a través mío y que azota mi corazón sin lastimarlo? Yo soy tanto un temblor como un fulgor: Un temblor, puesto que no soy como ello Un fulgor en tanto que soy como ello.

SAN AGUSTIN

Hemos llegado ya al tercer capítulo de este libro y aún no he definido el significado de ser santo. Quisiera posponerlo aún más, porque la santidad es muy difícil de definir. Hay mucho que decir sobre la santidad y es tan extraña a nosotros que la tarea parece casi imposible. En un sentido muy real, la palabra *santo* es una palabra extraña. Pero aun cuando nos encontramos con palabras extrañas, tenemos la esperanza de que un diccionario nos pueda proveer una traducción clara. El problema sin embargo, es que la palabra *santo* es extraña a todos los lenguajes. No hay diccionario adecuado para definirla.

Nuestro problema con la definición se hace más difícil porque en la Biblia, la palabra *santo* se usa en más de una manera. En un sentido, la Biblia la usa de forma muy relacionada con la bondad de Dios. Ha sido la costumbre definir *santo* como "pureza, libre de mancha, totalmente perfecto e inmaculado en cada detalle." Pureza es la primera palabra en la que la mayoría de nosotros piensa al escuchar la palabra santo. Es cierto que la Biblia usa la palabra de esta manera; sin embargo, la idea de la pureza o perfección moral es en el mejor caso, el significado secundario de este término en la Biblia. Cuando los serafines cantaban su himno, ellos estaban diciendo algo más que "pureza, pureza, pureza es Dios."

El significado primario de *santo* es "separado." Viene de una palabra antigua que significa "cortar" o "separar." Traducir este significado básico en lenguaje contemporáneo sería usar la frase "un corte aparte." Tal vez sería aún más exacta la frase "un corte arriba de algo." Cuando encontramos un vestido u otro artículo de importancia, usamos la expresión "está por encima de lo demás." La santidad de Dios es más que separación. Su santidad también es trascendencia. La palabra trascendencia significa literalmente "ascender a

través.” Es definida como “exceder los límites usuales.” Trascender es elevarse sobre algo, ir por encima y más allá de cierto límite. Cuando hablamos de la trascendencia de Dios, estamos hablando acerca del sentido en el cual Dios está por encima y más allá de nosotros. La trascendencia describe su suprema y absoluta grandeza. La palabra también es usada para describir la relación de Dios con el mundo. El es más alto que el mundo, El tiene un poder absoluto sobre el mundo. El mundo no tiene ningún poder sobre El. La trascendencia describe a Dios en su consumidora majestad. Su exaltada superioridad. Apunta hacia la infinita distancia que lo separa de toda criatura. El está infinitamente por encima de todo lo demás.

Cuando la Biblia llama a Dios *santo*, significa primariamente que El es trascendentalmente separado. Está tan por encima y más allá de nosotros que nos parece casi totalmente extraño. Ser santo es ser “otro,” ser diferente en una manera especial. El mismo significado básico se usa cuando la palabra santo es aplicada a cosas terrenas. Mire cuidadosamente la siguiente lista de cosas que la Biblia define como santas:

tierra santa
sábado santo
templo santo
vestimenta santa
casa santa
diezmo santo
inciensos santos
pan santo
simiente santa
pacto santo
convocación santa
nación santa
santo aceite de la unción
jubileo santo
terreno santo
agua santa
arca santa
Ciudad Santa

palabra santa
seres santos
Lugar Santísimo

Esta lista no lo incluye todo, pero sirve para mostrarnos que la palabra *santo* es aplicada a toda clase de cosas además de Dios. En cada caso es usada para expresar algo más que una cualidad moral o ética. Las cosas santas son cosas separadas del resto, que han sido apartadas de lo común, consagradas al Señor para su servicio.

Las cosas en esta lista no son santas en sí mismas. Para llegar a ser santas, primero tuvieron que ser consagradas o santificadas por Dios. Sólo Dios es santo en sí mismo y sólo Él puede santificar algo más. Sólo Dios puede con su toque, hacer que lo común se convierta en algo especial, diferente y separado.

Note cómo el Antiguo Testamento considera las cosas que han sido santificadas. Todo lo que es santo posee un carácter peculiar; ha sido separado de un uso común y no puede ser tocado, no puede ser comido, no puede ser usado para asuntos comunes.

¿Dónde entra la pureza en esto? Estamos tan acostumbrados a igualar la santidad con la pureza o con la perfección ética, que en cuanto la palabra *santidad* aparece, la asociamos con la pureza. Cuando las cosas son hechas santas, cuando son consagradas, ellas son separadas para ser puras y tienen que ser usadas de tal forma. Ellas tienen que reflejar pureza, tanto como simple separación. Pues, la pureza no es excluida de la idea de ser santo, sino que está contenida en dicho concepto. Mas el punto que debemos recordar es que la idea de lo santo no es completa con la mera idea de la pureza. La santidad incluye pureza, pero es mucho más que eso. Es pureza y trascendencia. Es por ende una pureza trascendente.

Cuando usamos la palabra *santo* para describir a Dios, enfrentamos otro problema. Con frecuencia describimos a Dios compilando una lista de cualidades o características que llamamos atributos. Decimos que Dios es espíritu, que lo conoce todo, que es amoroso, justo, misericordioso, un Dios de gracia, etcétera. La tendencia es agregar la idea de santo a esta larga lista de atributos como sólo uno más. Pero cuando la palabra *santo* es aplicada a Dios,

no significa sólo un atributo. Al contrario, Dios es llamado santo en un sentido general. La palabra es usada como un sinónimo de su deidad, es decir, *santo* se refiere a todo lo que Dios es. Esa palabra nos recuerda que todo en Él es santo: su santo amor, su santa justicia, su santa misericordia, su santa ciencia, su Santo Espíritu.

Hemos visto que el término *santo* se refiere a la trascendencia de Dios, por la cual Él está por encima y más allá del mundo. Hemos visto también que Dios puede acercarse y consagrar cosas terrenales y hacerlas santas. Su toque, repentinamente, convierte lo común en especial. Con esto confirmamos que nada en este mundo es santo en sí mismo. Sólo Dios puede hacer algo santo. Sólo Dios puede consagrar. Cuando nosotros llamamos santo a algo que no es santo, cometemos el pecado de idolatría. Le damos a las cosas comunes el respeto, la admiración, el homenaje y la adoración que sólo a Dios pertenecen. Adorar a las criaturas antes que al Creador es la esencia de la idolatría.

La fabricación de ídolos siempre ha sido un lucrativo negocio. Algunos ídolos son hechos de madera, otros de piedra, y otros de metales preciosos. Los fabricantes de ídolos adquieren los mejores materiales y luego realizan su obra trabajando largas horas para formar sus imágenes. Cuando terminan, barren el piso de sus talleres y ordenan sus herramientas. Después se arrodillan, y comienzan a hablarle al ídolo que recién fabricaron. Imagine hablarle a un pedazo mudo de madera o piedra. Es imposible que estas cosas escuchen lo que se les dice. No pueden responder, ni ayudar. Son sordas, mudas e impotentes. Pero la gente aún les atribuye santidad y poder, y les adora.

Algunos idólatras han sido un poco más sofisticados y en lugar de adorar imágenes de piedra o altares paganos, han adorado el sol, la luna o bien a alguna idea abstracta. Pero el sol también es creado; y no hay nada trascendente y santo acerca de la luna. Estas cosas son parte de la naturaleza; todas son creadas. Pueden ser impresionantes, pero no están por encima ni van más allá de ser cosas creadas; por ende, no son santas.

Adorar un ídolo envuelve llamar a algo santo cuando no lo es. Recuerden que sólo Dios puede consagrar. (Cuando un ministro “consagra” un matrimonio o el pan de la Cena del Señor, se entiende que él sólo está proclamando una realidad que Dios ya ha consagrado. Esto es un uso autorizado de la

consagración humana.) Cuando un ser humano trata de consagrar lo que Dios nunca ha consagrado, esto no es un acto de consagración genuina sino un acto de profanación, de idolatría.

A principios del siglo veinte un académico alemán llamado Rudolf Otto hizo un inusual e interesante estudio de lo santo. Otto intentó estudiar lo santo de una forma científica. El examinó cómo la gente de diferentes culturas y naciones se comporta cuando encuentran algo que consideran santo, y exploró los sentimientos que la gente guarda ante estos artilegios. El primer descubrimiento importante que Otto hizo fue que es difícil para la gente describir lo santo. Otto notó que aunque se podían decir ciertas cosas acerca de lo santo, siempre quedaba algún elemento que no podía ser explicado. No era que este elemento fuese irracional, sino más bien, que era supra-racional; esto es, mas allá de los límites de nuestra mente. Había algo superior acerca de la experiencia humana con lo santo, algo que no podía ser expresado con palabras. Esto es a lo que Otto le llamó una especie de *plus*. El *plus* es esa parte de la experiencia santa donde la gente no encuentra palabras para expresar dicho concepto. Es el elemento espiritual que desafía toda descripción adecuada.

Posteriormente, acuñó un término para lo santo. Él le llamó el *misterium tremendum* que traducido significa el "misterio tremendo." Otto lo describió así:

> *Este sentimiento puede venir a veces arrasando como una suave ola que invade la mente con una apacible disposición de profunda adoración. Esto puede convertirse en una actitud del alma más fija y permanente, que se prolonga conmovedoramente vibrante y emocionante, hasta que se disipa regresando al alma a su estado "profano," no religioso de la experiencia cotidiana. Puede estallar en una repentina erupción de las profundidades del alma con espasmos y convulsiones, o guiar hacia alguna extraña excitación, un intoxicado frenesí, una transportación o un éxtasis. Tiene sus formas histéricas y demoníacas, y puede descender hasta casi un estado de terror y convulsiones. Tiene manifestaciones iniciales bárbaramente crudas para luego convertirse en algo hermoso, puro y glorioso. Puede ser la silenciosa y temblorosa humildad de la*

criatura en la presencia de—¿quién o qué? La presencia de aquello que es un misterio *inexpresable y más allá de toda cosa creada*.

Otto habló del *tremendum* por causa del temor que lo santo provoca en nosotros. Lo santo nos llena con una especia de pavor. Nosotros usamos expresiones como "se me congeló la sangre" o "mi carne se estremeció." Pensemos en uno de los cantos espirituales de los negros titulado: "¿Estabas allí cuando crucificaron a mi Señor?". El coro de este himno dice, "A veces esto me hace temblar … temblar … temblar."

Usualmente tenemos sentimientos mezclados acerca de lo santo. Hay un sentido en el cual, a la vez que somos atraídos por ello, también lo repudiamos. Algo nos atrae y al mismo tiempo queremos alejarnos. Pareciera que no podemos decidir qué escoger. Parte de nosotros anhela lo santo y otra parte lo desprecia. No podemos vivir ni con, ni sin ello.

Nuestra actitud hacia lo santo es similar a nuestra postura para con las historias de fantasmas y las películas de horror. Los niños ruegan a sus padres que les cuenten historias de fantasmas hasta que se asustan tanto que les imploran que paren. No me gusta ver películas de miedo con mi esposa. A ella le gusta verlas hasta que las vea—o, debería decir, hasta que no las vea. Nos pasa lo mismo cada vez. Primero me sujeta el brazo y clava las uñas en mi carne. El único alivio que tengo es cuando ella me suelta el brazo para cubrirse los ojos con sus dos manos. Lo próximo que sucede, es que ella se levanta y camina hacia la parte posterior del cine, donde puede pararse contra la pared. Allí, ella está segura que nada va a saltar desde atrás para agarrarla. Luego, se va del cine y busca refugio en el vestíbulo, y por si esto fuera poco, me dice que le encanta ir a ver ese tipo de películas. (Debe haber alguna explicación teológica de esto en alguna parte.)

Tal vez, el ejemplo más claro de este extraño fenómeno de los sentimientos mezclados que la gente tiene hacia lo santo viene del mundo de la radio. Antes de la venida de la televisión, los programas de radio eran el cenit del entretenimiento en el hogar. Diariamente, un sinnúmero de narraciones nos tenía al filo de asiento. Por la tarde, los programas solían ser de acción y aventura como El Llanero Solitario, Superman y otros.

Los programas de terror, comenzaban con el horroroso sonido del rechinar de una puerta abriéndose. Era como el ruido de unas uñas rayando un pizarrón. Esto evocaba en mi mente la imagen de un viejo y mohoso baúl que estaba siendo abierto. Con el sonido de la rechinante puerta se oía una sonora voz cuyo anuncio decía, "¡*INNER SANCTUM*!".

¿Qué hay de atemorizante en las palabras *inner sactum*? ¿Qué significan? *Inner sanctum* significa "dentro de lo santo." Nada es más pavoroso para nosotros, más terrible para la mente que ser traído adentro de lo santo. Aquí comenzamos a temblar a medida que somos introducidos a la presencia del *misterium tremendum*.

El misterioso carácter de un Dios santo es expresado en la palabra latina *augustus*. Les causó problemas a los primeros cristianos atribuir este título al César. Para ellos, ninguna persona era digna del título *augusto*. Sólo Dios podía ser llamado con propiedad el augusto. Ser augusto es inspirar asombro, o ser asombroso. En el sentido más elevado, sólo Dios es asombroso.

En el estudio de Otto sobre la experiencia humana de lo santo, él descubrió que las más claras sensaciones que los humanos tienen cuando experimentan lo santo es un sobrecogedor y abrumador sentimiento de ser criaturas. Es decir, cuando somos conscientes de la presencia de Dios, notamos más que somos criaturas. Cuando nos encontramos con el Absoluto, sabemos de inmediato que nosotros no somos absolutos. Cuando nos hallamos con el Infinito, nos hacemos agudamente conscientes de que nosotros somos finitos. Cuando vislumbramos al Eterno, sabemos que somos temporales. Encontrarse con Dios es un poderoso estudio de contrastes. Nuestro contraste con el "Otro" es sobrecogedor. El profeta Jeremías se quejó con Dios: *"Me sedujiste oh Jehová, y fui seducido, más fuerte fuiste que yo y me venciste"* (Jer. 20:7).

Aquí suena como si Jeremías estuviese afligido por un ataque de tartamudez. Normalmente la Biblia es breve en sus expresiones y economiza el lenguaje. Jeremías rompe esta regla tomando tiempo para expresar lo obvio. El dice, "Me sedujiste, y fui seducido." La última frase es un desperdicio de palabras. Por supuesto, Jeremías fue seducido. Si Dios lo sedujo, ¿cómo podía no sentirse seducido? Si Dios lo sobrecogió, ¿cómo podía no estar sobrecogido? Tal vez Jeremías sólo quería asegurarse que Dios entendía su queja. Tal vez

estaba usando el método hebreo de repetición para indicar énfasis. Jeremías fue seducido y sobrecogido. Él se sentía impotente y desamparado ante el absoluto poder de Dios. En ese momento Jeremías estaba supremamente consciente de su condición de criatura.

No siempre es placentero que se nos recuerde que somos criaturas. Las palabras originales de la tentación de satanás son difíciles de olvidar, “seréis como dioses” (Gén. 3:5). Esta horrible mentira de satanás es una mentira que nos encantaría creer. Si pudiéramos ser como dioses, seríamos inmortales, infalibles e irresistibles. Tendríamos una cantidad de poderes que no tenemos ni podemos tener. La muerte nos atemoriza con frecuencia. Cuando vemos a alguien morir, recordamos que somos mortales y que algún día nosotros moriremos. Es un pensamiento que tratamos de quitar de nuestras mentes, y nos sentimos incómodos cuando la muerte de alguien se entromete en nuestras vidas, anunciándonos lo que tendremos que enfrentar inevitablemente. La muerte nos recuerda que somos criaturas. Pero tan temible como es la muerte, no es nada comparada con enfrentar a un Dios santo. Cuando nos encontramos con El, toda nuestra condición de criaturas se avanlanza sobre nosotros y desintegra el mito de que somos semi-dioses, deidades inferiores que tratarán de vivir por siempre.

Como criaturas mortales, estamos expuestos a toda clase de temores. Somos gente ansiosa dada a las fobias. Algunos le temen a los gatos, otros a las serpientes, otros a los lugares congestionados o bien a las alturas. Estas fobias se apoderan de nosotros y perturban nuestra paz interna. Hay una clase especial de fobia que todos sufrimos. Se llama xenofobia. Xenofobia es un temor (a veces un odio) hacia los extraños o los extranjeros (tratándose de personas), o bien hacia algo que sea extraño o extranjero. Dios es el máximo objeto de nuestra xenofobia. Él es el más grande extraño, el mayor extranjero, dado que Él es santo y nosotros no.

Le tememos a Dios porque Él es santo. Pero nuestro temor no es el temor sano que la Biblia nos motiva a tener. Nuestro temor es un temor servil, un temor nacido del pavor. Dios es demasiado grande para nosotros, demasiado asombroso, y para colmo, nos hace difíciles demandas. Él es el Misterioso, un

Extraño que amenaza nuestra seguridad. En su presencia, tememos y temblamos y el hallarnos en su sentencia, puede ser nuestro más grande trauma.

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas:

Mientras reflexiona en lo que ha aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas acerca de la santidad de Dios, o discútalas con un amigo.

1. ¿En qué maneras es Dios un terrible misterio para usted?
2. El misterio de Dios ¿lo consuela o lo atemoriza?
3. ¿Qué aprende usted acerca de sí mismo al comprender el misterio de la santidad de Dios?
4. Durante la siguiente semana, ¿cómo adorará usted a Dios por el misterio de su santidad?

Capítulo Cuatro
El Trauma de la Santidad

De aquí ese pavor y asombro con el cual, como la Escritura uniformemente nos relata, los hombres santos fueron sobrecogidos cada vez que enfrentaron la presencia de Dios ... Los hombres nunca son debidamente tocados e impresionados con la convicción de su insignificancia hasta que se comparan a sí mismos con la majestad de Dios.

JUAN CALVINO

Era una noche oscura y tormentosa. Por mucho tiempo he esperado poder comenzar una historia con esta clásica expresión. Esta introducción ha sido tan abusada, que un grupo de escritores ha creado un club llamado, el Club de la Noche Oscura y Tormentosa. Cada año ellos otorgan un premio por las peores líneas introductorias de libros y composiciones. Tal vez cuando Marcos escribió su Evangelio ya había un Club de la Noche Oscura y Tormentosa. Fíjese la forma en que él comienza diciéndonos cómo Jesús calmó la tormenta: *"Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: pasemos al otro lado."* (Marcos 4:35).

Jesús y sus discípulos estaban en Galilea. Él había estado enseñando a las multitudes reunidas en la playa de ese gran lago llamado el Mar de Galilea. Este lago es uno de los grandes diseños de la naturaleza; rodeado de montañas, su agua fresca es una importante fuente de vida para los áridos campos de Palestina. Los discípulos eran pescadores profesionales; sazonados veteranos del lago. Ellos conocían de tal suerte, sus corrientes, imprevisibles cambios, así como su belleza. El mar de Galilea es como una encantadora mujer cuyos estados de ánimo cambian fieramente. Cada marinero en la región sabe de su inconstancia. A causa de su peculiar ubicación en las montañas entre el mar Mediterráneo y el desierto, el lago está expuesto a los extraños caprichos de la naturaleza. Fuertes vientos pueden atravesar su superficie como si estuvieran soplando a través de un túnel. Estos vientos vienen sin advertencia y pueden transformar la tranquilidad del lago en una rugiente tempestad en cosa de segundos. Aun con los equipos modernos, hay personas que rehusa navegar en el mar de Galilea, por temor a perecer bajo su impredecible ira.

Los discípulos tenían dos cosas a su favor, su veteranía, y el estar con el Maestro. Cuando Jesús sugirió que hiciesen una travesía nocturna, los discípulos no sintieron miedo. Ellos prepararon sus botes para cruzar. Pero el mar hizo un berrinche; la Dama de la Noche se enfureció: *"Se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba."* (Marcos 4:37).

Lo que todo pescador galileo temía más, sucedió. La impredecible tempestad azotó, amenazando voltear el bote con su violencia. Ni aun el mejor nadador podría sobrevivir si fuese lanzado al agua. Los hombres se sujetaron a la borda hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Estos eran botes de pesca rústicos, no goletas o trasatlánticos. Una vuelta súbita o una ola alta golpeando un costado podía enviarlos a todos a la muerte. Ellos resistieron al mar furiosamente, tratando de mantener la proa dentro de las olas. Tal vez fue aquí que la oración del marinero se pronunció por primera vez: "Oh Señor, tu mar es muy grande y mi bote muy pequeño."

Jesús estaba profundamente dormido atrás del bote; estaba tomando una siesta. Yo he visto cosas similares. He estado en aviones durante tormentas violentas y he experimentado pérdidas súbitas de altitud en las que el avión cae como una piedra por miles de pies dejando mi estómago en el techo. He escuchado pasajeros gritando aterrorizados y camareras al borde del pánico, todo mientras el hombre a mi lado duerme como un bebé. He deseado sacudir a este individuo y despertarlo diciéndole, "¿Qué le pasa? ¿No tiene miedo a morir?"

La Biblia dice que Jesús estaba durmiendo sobre un cabezal. Mientras todos temían, Jesús dormía plácidamente. Los discípulos estaban irritados. Sus sentimientos eran una mezcla de temor y enojo. Ellos despertaron a Jesús. No sé qué creían ellos que Él podría hacer en esta situación. El texto nos aclara que ellos ciertamente no esperaban que El hiciera lo que hizo. En todo sentido, la situación era desesperada. Las olas se hacían más grandes y violentas cada segundo. Los discípulos no tenían idea de lo que Jesús haría. Ellos eran como la gente en cualquier lugar. Cuando la gente está en peligro y no saben qué hacer, miran de inmediato a su líder. El trabajo del líder es saber cuál es el próximo paso, aun si no hay posibilidad de un próximo paso. *"Los discípulos*

lo despertaron y le dijeron: Maestro, ¿no notáis que pereceremos?” (Marcos 4:38).

Su pregunta no era realmente una pregunta. Era una acusación tenuemente disimulada. Ellos estaban en realidad diciendo, “A ti no te importa nuestra suerte.” Ellos estaban acusando al Hijo de Dios de falta de compasión. Este atroz ataque contra Jesús es consistente con la costumbre de los humanos hacia Dios. Dios tiene que escuchar quejas como éstas de una humanidad ingrata todos los días. El cielo es bombardeado con las constantes acusaciones de gente airada. A Dios se le acusa de falta de amor, de crueldad, de lejanía, como si El no hubiese hecho suficiente para probar su compasión por nosotros. No hay indicación en el texto de que Jesús replicara a la “pregunta” de sus discípulos. Su respuesta omitió las palabras y fue directo a la acción. El guardó sus palabras para hablarle al mar y a la tormenta:

> *Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?* (Marcos 4:39–40)

La vida de Jesús fue una sucesión luminosa de milagros; hizo tantos que fácilmente nos fatigamos de escucharlos. Podemos leer este relato y pasar rápidamente a la próxima página sin conmovernos. Pero, aquí tenemos uno de los más asombrosos milagros de Jesús; un evento que dejó una impresión especial en sus discípulos. Fue un milagro que los dejó atónitos, aun a ellos. Jesús controló las feroces fuerzas de la naturaleza con el sonido de su voz. El no oró, ni le pidió al Padre que lo librara de la tempestad. El afrontó el asunto directamente. Pronunció un mandato, un imperativo divino, y la naturaleza obedeció al instante. El viento escuchó la voz de su Creador y al instante se detuvo. Ni siquiera una leve brisa se podía sentir en el aire. El mar se puso como un espejo, sin la más mínima ondulación.

La reacción de los discípulos fue inmediata. El mar se había calmado, pero ellos aún estaban agitados: *“Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?”* (Marcos 4:41). Aquí vemos un extraño patrón. No es extraño que la tormenta y el mar rugiente atemorizaran a los discípulos. Pero una vez que el peligro hubo pasado y el mar se calmó, era de esperar que su temor desapareciera tan rápido como

la tormenta. Pero no sucedió así. Ahora que el mar estaba en calma, el temor de los discípulos creció. ¿Cómo se explica esto?

El padre de la psiquiatría moderna, Sigmund Freud, sugirió la teoría de que la gente se inventa la religión por miedo a la naturaleza. Nos sentimos impotentes ante un terremoto, una inundación, una devastadora enfermedad. Es entonces, dijo Freud, que inventamos un Dios que tiene poder sobre estas cosas.

Dios es personal, podemos hablar con Él, podemos tratar de negociar con El, o podemos rogarle que nos salve de las fuerzas destructoras de la naturaleza. No podemos rogarle a los terremotos, negociar con las inundaciones u ofrecerle ofrendas al cáncer. Así que, dice la teoría, nosotros inventamos a Dios para que nos ayude a lidiar con estas cosas terribles. Pero lo significativo acerca de esta historia bíblica es que el miedo de los discípulos se incrementó después de que la amenaza de la tormenta fue removida. La tormenta los había atemorizado. La acción de Jesús para calmar la tormenta los atemorizó aún más. En el poder de Cristo, vieron algo más temible de lo que habían visto en la naturaleza. Ellos estaban en la presencia de lo santo. Nos preguntamos, ¿Qué habría dicho Freud de esto?

¿Por qué se habrían los discípulos de inventar un Dios cuya santidad era más terrible que las fuerzas de la naturaleza que los hicieron inventar a ese dios? Podemos entender si la gente se inventa a un dios sin santidad, que sólo les traiga consuelo. Pero, ¿por qué un dios más temible que el terremoto, la inundación o la enfermedad? Una cosa es ser víctima de una inundación, o del cáncer; pero es otra cosa caer en las manos de un Dios vivo. Lo que los discípulos dijeron después de que Jesús calmó el mar es revelador. Ellos exclamaron, *"¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?"* (Mar. 4:41). Su pregunta en realidad era, "¿Qué clase de hombre es éste?" Ellos estaban haciendo una pregunta de clase; estaban buscando una categoría familiar para ellos en la cual poner a Jesús. Es más fácil para nosotros saber cómo tratar a la gente cuando podemos clasificarla. Respondemos de una manera a la gente hostil y de otra a la amigable. Reaccionamos de una forma hacia los intelectuales y de otra a la gente social. Pero los discípulos no pudieron encontrar una categoría adecuada para clasificar la persona de Jesús. El sobrepasaba toda clasificación. Él era *sui generis*—único en su género.

Los discípulos nunca habían conocido a un hombre así. Él era único, completamente extraño para ellos. Ellos habían conocido toda clase de hombres: altos, pequeños, gordos, delgados, inteligentes y estúpidos. Conocían hombres griegos, romanos, sirios, egipcios, samaritanos y judíos. Pero nunca habían conocido a un hombre santo, a uno que pudiera hablarle al viento y a las olas, y que éstas le obedecieran. Que Jesús pudiese dormir bajo la tormenta en el mar ya era suficientemente extraño, aunque no único. Aquí pienso de nuevo en mi compañero de vuelo que dormitaba mientras yo era presa del pánico. Es raro encontrar gente que pueda dormir en la crisis, pero es posible. Yo me impresioné con ese hombre en el avión. Pero él no se despertó y le gritó al viento para hacerlo detenerse bajo su mandato. Si lo hubiese hecho, yo habría buscado un paracaídas.

Jesús era diferente. El poseía una asombrosa identidad desconocida, una supremamente extraña y misteriosa. El hacía sentir a la gente incluso incómoda anta semejante velo de misterio. El episodio de cómo Cristo calmó la tormenta tuvo una especie de repetición en otro suceso en su ministerio. Lucas nos dice que éste suceso aconteció en el lago de Genesaret. Parece a que a veces los judíos tenían problema poniéndose de acuerdo en cómo llamar a esa gran extensión de agua anidada en los montes de Galilea. En realidad, el lago de Genesaret se le llamaba también el mar de Galilea.

> *Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes. Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud*.
>
> *Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar*. *Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; más en tu palabra echaré la red*.
>
> *Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la*

otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. (Lucas 5:1–7)

Si en alguna ocasión los discípulos se mostraron molestos e irritados con Jesús, fue en esta ocasión. Simón Pedro estaba cansado y frustrado, pues había estado toda la noche pescando sin éxito. La pesca había sido terrible, suficiente para poner de mal humor a un pescador profesional. Además, estaba la frustración de lidiar con las multitudes que lo apretaban esa mañana mientras Jesús enseñaba. Cuando el sermón de Jesús terminó, Simón quería irse a su cama en casa. Pero Jesús quería ir a pescar, y su idea era adentrarse en aguas profundas.

No se necesita mucha imaginación para leer entre líneas el sarcasmo de Pedro. *"Maestro, todas las noches hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; más en tu palabra echaré la red."* (Lucas 5:5). Si Simón hubiese tenido un respeto verdadero por la sabiduría de Jesús en esta ocasión, él se habría limitado a decir, "Echaré la red." Pero a él le pareció necesario dejar constancia de su frustración. Es como si hubiese dicho, "Mira, Jesús, tú eres un maravilloso maestro. Tus palabras nos cautivan. En asuntos de religión tú nos confundes, pero por favor, danos un poco de crédito. Nosotros somos profesionales y conocemos el negocio de la pesca. Hemos estado en el mar toda la noche y nada—cero. Los peces no están cayendo, vamos a casa, vamos a la cama y tratemos de nuevo más tarde. Pero si tú insistes, tenemos que complacerte, entonces, por supuesto, echaremos las redes."

Me imagino ver a Simón Pedro intercambiando miradas con Andrés y murmurando sus quejas en voz baja mientras levantaba las redes recién limpiadas y las tiraba por la borda. Él hubiera estado pensando, "¡Benditos maestros! Todos son iguales, creen que se lo saben todo." Pero nosotros sabemos lo que pasó. Tan pronto como Pedro lanzó las redes donde Jesús se lo indicó, pareció como si todos los peces del lago saltaran hacia ellas. Era como si los peces estuvieran compitiendo para ver quien se podía meter en ellas primero al estilo de "el última es un pescado podrido." Fueron tantos peces y el peso de ellos que las redes se comenzaron a romper. Los otros discípulos se acercaron con su bote y ambos botes se llenaron hasta la orilla, de tal manera

que comenzaron a hundirse. Esta fue la pesca más extraordinaria que estos hombres habían presenciado.

¿Cómo reaccionó Pedro? ¿Cómo hubiese reaccionado usted? Yo sé lo que habría hecho; habría sacado un contrato al instante y le habría pedido a Jesús que viniera al muelle una vez al mes por cinco minutos. Así habría tenido el negocio de pesca más lucrativo de la historia. Pero los negocios y las ganancias era lo más lejos de la mente de Pedro. Aunque las redes rebosaban, Pedro no podía ni siquiera ver los pescados. Todo lo que él veía era a Jesús. Escuchen lo que dijo, *"Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador"* (Lucas 5:8).

Pedro se había dado cuenta que estaba en la presencia del Santo hecho carne. Estaba desesperadamente incómodo. Su respuesta inicial fue de adoración. Cayó de rodillas ante Jesús y en lugar de decir algo como, "Señor, te adoro, te magnifico," él dijo, "Por favor, apártate de mí. Por favor, vete, no lo puedo soportar."

Alrededor de Cristo siempre había multitudes empujándose para tratar de acercarse a Él. Está el leproso que gritaba, "Ten misericordia de mí." Está la mujer con un flujo de sangre por doce años tratando de tocar el borde de su manto. Está el ladrón en la cruz procurando escuchar las palabras moribundas de Jesús. Está la gente diciendo, "Acércate a mí, mírame, tócame."

Pero no Pedro. Su angustioso ruego fue diferente: él le pidió a Jesús que se apartara, que le diera un espacio, que lo dejara solo. ¿Por qué? No hay que especular o leer entre líneas porque allí lo dice claramente: "Soy hombre pecador." La gente pecadora no se siente cómoda en la presencia de la santidad. Hay un dicho que a la miseria le gusta la compañía común; otro es que hay compañerismo entre los ladrones. Pero los ladrones no buscan consolación entre los policías. La miseria del pecado no quiere la compañía de la pureza.

Notemos que Jesús no había dado a Pedro un sermón sobre su pecado. No había habido palabra de reprensión ni de juicio. Jesús nada más le enseñó a Pedro cómo pescar. Pero cuando la santidad se manifiesta, no se necesitan palabras para expresarla. El mensaje era imposible de ignorarlo y Pedro lo

comprendió. La norma trascendente de toda justicia y pureza resplandeció ante sus ojos. Igual que Isaías antes de él, Pedro fue devastado.

Uno de los hechos extraños de la historia es la consistente buena reputación que Jesús goza entre los no creyentes. Es raro oír al no creyente hablar mal de Jesús. La gente abiertamente hostil a la iglesia y los que desprecian a los cristianos son con frecuencia liberales en sus elogios hacia Jesús. Aún Friedrich Nietzsche, quien anunció la muerte de Dios y lamentó la decadencia de la iglesia, habló de Jesús como el modelo del heroísmo. En los años finales de su vida, los cuales pasó en un asilo para dementes, Nietzsche expresó su propia demencia firmando sus cartas, "El crucificado."

El abrumador testimonio del mundo es a favor de la incomparable perfección de Jesús. Aun Geoge Bernard Shaw, aunque crítico de Jesús, no pudo pensar de una medida más alta que la de Cristo mismo. Él dijo de Jesús, "Hubo momentos en que él no se comportó como cristiano." No se puede ignorar la ironía en la crítica de Shaw. En términos de excelencia moral, aún quienes no aceptan la deidad o la obra salvadora de Cristo, aplauden a Jesús el hombre. Como Poncio Pilato declaró, "*Hecce homo*." "He aquí el hombre." "Yo no encuentro falta en él."

Con todo el aplauso que Jesús consigue, es difícil entender por qué sus contemporáneos lo mataron. ¿Por qué las multitudes gritaban pidiendo su sangre? ¿Por qué los fariseos lo aborrecían? ¿Por qué este hombre tan gentil y correcto fue condenado a muerte por las cortes religiosas más altas de la tierra?

Para encontrar una respuesta a este misterio, podemos mirar a la Palestina moderna. El peregrino que visita Jerusalén se impresiona por la magnificencia de la venerable ciudad. Por la noche las viejas paredes son bañadas por un torrente de luces, dándole una apariencia mágica a la Ciudad Santa. Si alguien se acerca a la ciudad desde el monte de los Olivos y pasa por el valle de Kidron a lo largo del encorvado camino, él o ella verá el monumento de la Tumba de los Profetas adornando el camino al lado del Muro Oriental, cerca del pináculo del templo.

El monumento tiene siglos allí, desde los días de Cristo. Allí, en alto relieve, están esculpidas las figuras de los más grandes profetas del antiguo testamento,

como un Monte Rushmore judío en miniatura. En los días de Jesús, los profetas del antiguo testamento eran venerados. Eran los grandes héroes populares del pasado. Pero mientras vivieron, fueron aborrecidos, ridiculizados, rechazados, perseguidos y muertos por sus contemporáneos.

Esteban fue el primer mártir cristiano. Él fue muerto por una turba furiosa porque les recordó a sus oyentes de la sangre que tenían en sus manos:

> *¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis*. (Hechos 7:51–53).

Podríamos haber esperado que estas incisivas palabras de Esteban hiriesen el corazón de sus oyentes y los trajeran al arrepentimiento. Pero no fue ese el efecto:

> *Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él*.
>
> *Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo*. (Hechos 7:54, 57–58)

La gente apreciaba la excelencia moral, siempre y cuando estuviese lejos, a una distancia segura de ellos. Los judíos honraban a los profetas, a la distancia. El mundo honra a Cristo, a la distancia. Algo similar sucedió con Pedro. Él quería estar con Jesús, hasta que se le puso muy cerca. Entonces Pedro exclamó, “Apártate de mí.”

En 1970, el libro *El Principio de Pedro* por Laurence Peter y Raymond Hull alcanzó la lista de los mejor vendidos. El punto fundamental de su enseñanza se ha convertido en un axioma en el mundo de los negocios: la gente tiende a escalar su nivel de incompetencia en las estructuras corporativas. El Principio

de Pedro no tiene nada que ver con Simón Pedro excepto en que explica parcialmente por qué Pedro se sentía incómodo en la presencia de Jesús.

El principio de Pedro toca las preguntas de la competencia y la incompetencia. El axioma de que la gente tiende a escalar el nivel de su incompetencia está basado en un estudio de promociones en el mundo de los negocios. Cuando alguien hace un buen trabajo, es promovido. Comienza a ascender en la organización hasta que su ascenso alcanza cierto punto, el punto de dejar de hacer un buen trabajo. Así dejando de hacer buen trabajo, está condenado a pasar el resto de sus días trabajando a una escala más allá de su competencia. Así la gente se ve atrapada en su nivel de incompetencia, una tragedia para ellos y para su compañía.

Pero el libro menciona dos clases de gente que no caen en esta trampa: los super incompetentes y los super-competentes. Los super incompetentes nunca ascienden por su incompetencia. Ellos son cortados de la organización rápidamente. La verdadera ironía se encuentra en el grupo de los super-competentes. El libro dice que el gran problema de la gente super-competente es que ellos representan una enorme amenaza para sus superiores. Sus jefes temen que ellos los desplazarán, de modo que la gente super-competente triunfa no escalando dentro de una organización, sino saltando de una organización a otra y escalando a medida que lo hacen.

Es fácil para nosotros desechar esta teoría como puro cinismo. Podríamos señalar muchos ejemplos de gente que ha ascendido meteóricamente dentro de sus compañías y alcanzado posiciones máximas. Más de un jefe ejecutivo ha comenzado como dependiente. Peter y Hull, por supuesto, replicarían que estas dramáticas historias, dignas de Horacio Alger, son las excepciones que prueban la regla.

A pesar de las estadísticas, el hecho indiscutible es que en numerosas ocasiones la gente super-competente se queda detenida en niveles inferiores porque son una amenaza para los que están sobre ellos. No todos aplauden el éxito. Recuerdo a una estudiante que estaba por graduarse que yo tenía cuando enseñaba en la universidad. Ella era la mejor estudiante que jamás tuve. Su promedio de calificaciones era un sólido 10. Su trabajo era extraordinario. Yo me sorprendí cuando califiqué uno de sus exámenes finales en el cual ella

fracasó miserablemente. Su rendimiento estaba tan lejos de su nivel usual que yo supe que algo andaba seriamente mal. La cité a mi oficina y le pregunté cuál era el problema.

Inmediatamente ella se echó a llorar y entre sollozos me confesó que había fallado el examen intencionalmente. Cuando le pregunté por qué, me explicó que a medida que se aproximaba su graduación, experimentaba un creciente temor de que nunca encontraría un esposo. “Ningún muchacho quiere salir conmigo,” dijo. “Todos piensan que soy muy inteligente, que sólo soy un cerebro.” Lo que ella me contó fue una desgarradora historia de soledad y de cómo se sentía relegada de la vida social de la universidad. Se sentía como una paria.

Esta estudiante había cometido el imperdonable pecado social de romper la curva. Yo sé lo que significa calificar sobre una curva, tanto desde la posición ventajosa de estudiante como desde la de maestro. Recuerdo mis días de estudiante y el pavoroso sentimiento de salir de una clase después de responder mal un examen. Recuerdo cómo, cuando los maestros decían que calificarían el examen sobre una curva, eso sonaba como música a mis oídos. Eso significaba que si había sacado sólo el 60 por ciento del examen, la curva podría promoverme de una 6 a una 7, o aun una 8, si suficiente gente había sacado mala nota. Esto me hacía desear que otros estudiantes fallaran.

Pero había siempre entre el grupo una persona, mientras otros hacían 20s y 30s en el examen, haciendo parecer que el examen era injusto y obligando al maestro a calificar sobre una curva, sacaba 100 por ciento. Yo jamás recuerdo que los estudiantes se pusieran de pie para ofrecer a este cerebro un estruendoso aplauso. A nadie le gustan los que rompen la curva. Ellos nos hacen lucir mal a todos.

Jesucristo rompía la curva. Él era el supremo destructor de la curva. Era el máximo super-competente. Los desechados de la sociedad lo amaban porque Él les prestaba atención. Pero los que tenían posiciones de honor y poder no lo podían tolerar. Entre los judíos, el grupo que se declaró su enemigo mortal fue el de los fariseos.

Los fariseos se originaron cuando el periodo del antiguo testamento estaba por concluir y el nuevo estaba por comenzar. Fue una secta fundada por hombres que tenían un gran celo por la ley. La palabra fariseo significa literalmente “separado”, pues los fariseos se separaban para ser santos. Buscar la santidad era la principal ocupación de sus vidas. Si algún grupo debía haber celebrado cuando la santidad apareciera en escena, sería el de los fariseos.

Por su singular devoción a la búsqueda de la santidad, los fariseos alcanzaron una popularidad y un respeto sin paralelo por piadosos y rectos. Nadie se les comparaba. Ellos recibían los más elevados elogios, eran bienvenidos por doquier, gozaban de asientos privilegiados de los banquetes, y eran admirados como expertos en religión. Sus uniformes estaban decorados con las insignias de su exaltado rango, y podían ser vistos practicando sus virtudes en lugares públicos. Ayunaban donde todos pudieran verlos, inclinaban sus cabezas en solemnes oraciones en las esquinas de las calles y en los restaurantes. Cuando ellos daban limosna, todos oían el sonido de sus monedas en los vasos de los mendigos. Su “santidad” era clara, para que todos la vieran. Mas, ante los ojos de Jesús eran hipócritas, y él pronunció sobre ellos el oráculo profético del juicio:

> *“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros.”* (Mateo 23:15)

Su denuncia fue severa; él criticó a los fariseos por varios cargos de hipocresía. Examinemos algunos de ellos:

> *En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las salutaciones en las plazas, y que los hombres los llamen: “Rabí, Rabí.”* (Mateo 23:2–7)

No había elegancia modesta en los fariseos. No había una belleza auténtica en su santidad. Ellos eran exhibicionistas y ostentosos en sus despliegues externos. Su santidad era vergonzosa. Hipócritamente actuaban como artistas de la rectitud:

> *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad*. (Mateo 23:25–28)

Las imágenes que Jesús usó eran impactantes. El representó a los fariseos como vasos limpios sólo por fuera. Imagine ir a un restaurante y que el mesero le traiga un vaso que brilla de limpio por fuera pero que por dentro está lleno de los residuos del café de ayer. Eso haría poco para estimular su apetito. Así eran los fariseos. De la manera en que las tumbas blanqueadas ocultan la grotesca realidad de los cuerpos descompuestos y la carne putrefacta, así la fachada de los fariseos escondía de la vista la pudrición de sus almas.

Considere por un momento algunos de los calificativos que Jesús reservó para los fariseos: “serpientes,” “generación de víboras,” “guías ciegos,” “hijos del infierno,” “guías necios.” Estas expresiones no pueden ser consideradas como halagos. Jesús no escatimó injurias en sus denuncias contra estos hombres. Sus palabras fueron extraordinariamente severas, aunque no sin justificación. Ellas diferían de su estilo usual que consistía en amonestar a los pecadores con gentileza. A la mujer sorprendida en adulterio, Él le habló con ternura, aunque con firmeza, e igual a la mujer samaritana en el pozo. Parece que Jesús reservó sus comentarios más severos para los grandes, los teólogos profesionales. Con ellos El no pidió ni concedió cuartel.

Podríamos decir que los fariseos odiaban a Jesús porque El los criticó tanto. A nadie le gusta que lo critiquen, especialmente a la gente acostumbrada a que la halaguen. Pero el rencor de los fariseos iba más lejos. Con seguridad podemos

asumir que, aunque Jesús no hubiese dicho nada contra ellos, ellos aún lo habrían despreciado. Su mera presencia era suficiente para hacerlos retroceder ante El.

Se dice que nada disipa la mentira más rápido que la verdad, que nada expone la falsedad más rápido que lo genuino. Los billetes falsos pueden pasar desapercibidos ante un ojo inexperto. Lo que todo falsificador teme es que alguien examine su billete espurio mientras sostiene uno genuino al lado. La presencia de Jesús representaba la presencia de lo genuino en medio de lo espurio. La aparición de la santidad genuina no le agradó a la santidad falsa.

Los saduceos tenían el mismo problema con Jesús. Ellos eran la clase exaltada del sacerdocio de la época. Habían tomado su nombre del sacerdote Zadoc, que a su vez provenía de la palabra hebrea para "justo." Si los fariseos se consideraban los santos, los saduceos reclamaban ser los justos. Con la aparición de Jesús, su justicia tomó la apariencia de injusticia. Su curva fue rota también.

El resentimiento de los fariseos y los saduceos hacia Jesús comenzó como una leve irritación, se movió al nivel de un ardiente cólera y culminó explotando en vehementes demandas por su muerte. Ellos simplemente no podían tolerarlo. En el mar de Galilea los discípulos fueron incapaces de encontrar una clasificación para Cristo; no encontraron respuesta para su pregunta, "¿Qué clase de hombre es este?" Los fariseos y los saduceos tenían una respuesta inmediata. Ellos clasificaron a Jesús como un "blasfemo" y un "demonio." Él tenía que desaparecer. El super-competente tenía que ser destruido.

El Cristo encarnado ya no camina sobre la tierra. Él ha ascendido al cielo. Nadie lo ve o habla audiblemente con El en la carne. Pero el poder amenazador de su santidad aún se puede sentir. Algunas veces es transferido a su pueblo. Como los judíos al pie del monte Sinaí huyeron aterrorizados del rostro radiante de Moisés, así la gente hoy se siente incómoda ante la mera presencia de los cristianos.

Uno de los aspectos más difíciles de mi educación fueron los conflictos que tuve con el idioma holandés. Cuando fui a estudiar a Holanda, me sentía perplejo por el rítmico sonido de este lenguaje. El sonido de sus vocales me

parecía imposible de pronunciar, además de que es un lenguaje rico en peculiaridades. Justo cuando yo pensaba que ya dominaba el lenguaje, escuchaba una expresión que me dejaba confundido. Tal fue la expresión que escuché en una cena en la casa de un amigo en Amsterdam. La conversación era animada hasta que de repente hubo un corte en la conversación que trajo un incómodo silencio. Para romper el silencio uno de mis amigos holandeses dijo, "*¡Er gaat Dominee voorbij!*" Yo pregunté, ¿Qué dijiste? La extraña frase fue repetida. Yo sabía el significado de las palabras, pero la expresión no tenía sentido. Lo que él había dicho era, "Un ministro pasa por aquí."

Nuevamente le pedí a mi amigo una explicación. Ellos me explicaron que era la costumbre en Holanda usar esta expresión siempre que un silencio incómodo amenazaba con arruinar una conversación animada. Decir que un ministro pasa por aquí era ofrecer una explicación por el repentino silencio. La idea era que nada podía arruinar el convivio de una reunión más rápido que la presencia de un ministro. Cuando un ministro aparece, la diversión se va. Ya no puede haber risas ni conversación animada, sólo un silencio solemne. Cuando un silencio así llega, la única explicación es que un ministro anda por allí.

Yo experimento el mismo fenómeno con frecuencia en el campo de golf. Si tengo que jugar con extraños, todo va bien hasta que ellos me preguntan en qué trabajo. Tan pronto como se enteran que soy un ministro, toda la atmósfera cambia. Ellos comienzan a alejarse de mí mientras hablan para darme un espacio extra. Es como si súbitamente hubiesen descubierto que yo tengo una terrible enfermedad contagiosa. Usualmente lo que sigue son abundantes disculpas por el lenguaje, "Perdone por decir malas palabras. Yo no sabía que usted era un ministro." Como si un ministro nunca hubiese oído tales palabras o fuese impensable que en toda su vida tales palabras jamás han pasado por sus labios. El complejo de Isaías de los labios inmundos aún sigue con nosotros.

La Escritura dice que "el impío huye sin que nadie lo persiga" (Prov. 28:1). Lutero lo dijo así, "El pagano tiembla ante el crujido de una hoja." El incómodo sentimiento provocado por la presencia de un ministro proviene de la identificación de la iglesia con Cristo, lo que puede tener efectos extraños en la gente.

Hace unos años, uno de los principales golfistas profesionales fue invitado a jugar con Gerald Ford (que entonces era presidente de los Estados Unidos), Jack Nicklaus y Billy Graham. El golfista estaba especialmente asombrado de jugar con Ford y con Billy Graham (él había jugado frecuentemente con Nicklaus antes).

Después que terminó la ronda de golf, uno de los otros profesionales vino al golfista y le preguntó, “Pues, ¿cómo fue jugar con el presidente y con Billy Graham?” El profesional desató un torrente de maldiciones, y disgustado dijo, “Yo no necesito que Billy Graham rellene de religión mi garganta.” Dicho eso, giró sobre su talón y se dirigió como una tromba hacia el terreno de práctica. Su amigo siguió al airado golfista el cual comenzó a lanzar furiosamente las pelotas con su palo de golf. Su cuello estaba rojo y parecía como si humo saliese de sus orejas. Su amigo se sentó sobre una banca y observó sin decir nada. Después de unos minutos, cuando la ira del golfista se disipó, su amigo le preguntó calmadamente, “¿Fue Billy un poco rudo contigo allí?” El golfista se suspiró avergonzado y dijo: “No, ni aun mencionaba el tema de la religión. Yo simplemente jugaba mal.”

¡Qué extraño! Billy Graham no había dicho ni una palabra sobre Dios, Jesús o la religión, pero el profesional había salido tronando después del juego acusando a Billy de atosigarlo con religión. ¿Cómo se puede explicar esto? Realmente no es difícil. Billy Graham no tuvo que decir nada; él no tuvo que darle una mirada de lado al profesional para hacerlo sentir incómodo. Billy Graham está tan identificado con la religión, tan asociado con las cosas de Dios, que su mera presencia es suficiente para sofocar a una persona impía que huye cuando nadie lo persigue. Lutero estaba en lo correcto, los paganos tiemblan ante el crujido de una hoja. Ellos sienten que los perros del cielo respiran sobre sus cuellos. Se sienten acosados por la santidad, aun si es a través de un receptor humano, imperfecto y parcialmente santificado.

La reacción del golfista ante Billy Graham fue similar a la reacción de Pedro ante Jesucristo: “Apártate de mí, Señor; soy hombre pecador.” Ambos sintieron el trauma de la presencia de lo santo. La santidad provoca odio. Mientras más grande la santidad, más grande es la hostilidad humana hacia ella. Parece enfermizo. Ningún hombre fue tan amoroso como Jesús. Pero aún su amor

enojaba a la gente. Su amor era perfecto, santo y trascendente, pero ese amor traumaba a la gente. Es un amor tan majestuoso que no podemos soportarlo.

Una muy conocida historia de la literatura americana describe una clase de amor que destruye. Es un amor por así decirlo "monstruoso", tan intenso, que aniquila el objeto de su afecto. Los estudiosos de los escritos de John Steinbeck han sugerido que su famoso personaje Lennie, en *De Ratones y Hombres*, es de hecho una figura de Cristo. ¿Lennie una figura de Cristo? Muchos cristianos se ofenden ante la sugerencia. Lennie es un hombre grande y bruto. Es un asesino. ¿Cómo puede tal persona ser una figura de Cristo?

De Ratones y Hombres es la historia de dos trabajadores inmigrantes, Lennie y Jorge, que deambulan por el campo de trabajo en trabajo, soñando con el día en que puedan tener su propia granja. Steinbeck los describe así:

> *Ambos estaban vestidos con pantalones y sacos de lona con botones de bronce. Ambos vestían sombreros negros, deformes, y cargaban sobre sus hombros frazadas fuertemente enrolladas. El primer hombre era pequeño y ágil, rostro oscuro, ojos inquietos y agudos, facción severa. Todo en él era definido: pequeño, manos fuertes, brazos delgados, una nariz huesuda y flaca. Detrás de él caminaba su opuesto, un enorme hombre, rostro sin forma, con ojos largos, pálidos, con anchos hombros caídos; que caminaba pesadamente arrastrando sus pies un poco, de la manera que un oso arrastra sus patas. Sus brazos no se balanceaban a sus lados sino que colgaban flojamente.*

Note el contraste entre los dos personajes. El rostro de Jorge es claramente definido. Lennie es de "rostro sin forma." Hay algo incomprensible acerca de esta enormidad de hombre. El camina como un oso, pero tiene la mente de un niño inocentón. Lennie es retrasado mental. Él es virtualmente impotente sin Jorge quien tiene que cuidarlo y le habla en los términos más simples. Lennie tiene un extraño capricho. El ama los pequeños animales peludos como ratones y conejos. Su sueño es que un día Jorge tendrá su propia granja y el podrá tener sus conejos y ratoncitos propios. Pero Lennie no puede entender su propia fuerza. Cuando él toma un ratón o un conejo, todo lo que quiere es amarlo y mostrarle su afecto. Pero las peludas criaturas no entienden. Ellas se asustan y

tratan de escapar del alcance de Lennie. Lennie las aprieta para sostenerlas y darles su amor y sin intención las mata con sus propias manos.

La constante preocupación de Lennie por las peludas criaturas, es fuente de continua molestia para Jorge. Él se irrita cada vez que descubre a Lennie llevando un ratón muerto en la bolsa de su saco, y es podrido y pésimo. Pero Jorge ama a Lennie como a un hijo y soporta con paciencia sus flaquezas. El clímax del libro viene cuando Lennie se encuentra solo con la esposa de un capataz:

> *La esposa de Curley se rió de él: "Estás loco," dijo ella. "Pero tú eres un tipo simpático. Eres como un bebé grandote. Pero una persona puede ver más o menos a qué te refieres. Cuando peino mi cabello a veces sólo lo arreglo y lo acaricio porque es tan suave." Para mostrarle como lo hacía, ella deslizó sus dedos sobre su cabeza. "Alguna gente tiene pelo áspero," dijo ella complacientemente. "Por ejemplo, el pelo de Curley es como alambre. Pero el mío es tan suave y fino. Por supuesto yo lo cepillo mucho. Eso lo hace fino. Aquí—siéntelo." Ella tomó la mano de Lennie y la puso sobre su cabeza: "Siéntelo a los lados y ve cuán suave es."*
>
> *Los grandes dedos de Lennie se posaron para acariciar su cabello: "No lo enredes," dijo ella.*
>
> *Lennie dijo, "¡Oh! Esto es hermoso," y acarició con más fuerza. "Oh, esto es hermoso." "Fíjate, ahora lo vas a enredar." Y ella gritó enojada, "Detente, me lo vas a arruinar." Ella dobló su cabeza hacia un lado, y los dedos de Lennie se cerraron sobre su cabello y la sujetaron. "Suelta," gritó ella. "¡Suelta!"*
>
> *Lennie estaba asustado. Su rostro se contorsionó. Entonces ella gritó, y la otra mano de Lennie se cerró sobre su boca y su nariz. "Por favor no," rogó él. "¡Oh! Por favor no hagas eso. Jorge se va a enojar."*
>
> *Ella luchó violentamente bajo sus manos. Sus pies golpeaban en el heno y se retorció para liberarse; y de debajo de la mano de Lennie brotó un grito apagado. Lennie comenzó a gritar con miedo. "¡Oh! Por favor no hagas nada de esto," rogó él. "Jorge va a decir que yo hice algo malo.*

El ya no me va a dejar tener conejos." El movió su mano un poco, y un enronquecido grito salió de ella. Entonces el enojo de Lennie creció. "Ahora no," dijo él, "No quiero que grites." "Me vas a meter en problema tal como Jorge me dijo que lo harías." "No me hagas eso ahora." Ella continuó luchando, y sus ojos estaban alterados de terror. Entonces, él la sacudió, y se enojó con ella. "No sigas gritando," dijo él, y la sacudió de nuevo. Su cuerpo se aguadó como un pescado, y luego se quedó quieta; porque Lennie le había roto el cuello.

Era diferente para Lennie matar ratones, que matar a una persona. Esta vez su extravagancia había ido muy lejos. Jorge ayudó a Lennie a escapar por el campo, de la patrulla que los perseguía. Cuando llegaron al borde de un profundo pozo verde en el río Salinas, se sentaron y comenzaron a hablar. Lennie esperaba que Jorge le reprendiera por hacer una cosa mala. Entonces Lennie pidió a Jorge que le dijera acerca de la granja que tendrían algún día.

Lennie dijo: "Dime cómo va a ser." Jorge había estado oyendo los sonidos distantes. En ese momento, habló con propósito: "Mira al otro lado del río, Lennie, y te lo diré de modo que casi lo puedas ver."

Lennie giró su cabeza y miró al otro lado del pozo y arriba hacia las oscuras laderas de los Gavilanes. "Vamos a tener un bonito lugarcito," comenzó Jorge.

Mientras Lennie estaba encerrado en su fantasía, viendo a la distancia la ansiada granja, Jorge sacó una pistola de su bolsillo. La atención de Lennie estaba fija en conejos imaginarios y en gallinas que danzaban frente a sus ojos. Mientras la patrulla se acercaba, Jorge apuntó y jaló el gatillo.

Slim, el líder de la patrulla, fue el primero en la escena.

Él se acercó y miró a Lennie abajo. Entonces miró atrás hacia Jorge. "Justo atrás de la cabeza," dijo suavemente. Slim vino directo a Jorge y se sentó a su lado, muy cerca de él. "No te preocupes," dijo Slim. "Un hombre tiene que morir a veces."

“Un hombre tiene que morir a veces.” Algunas veces, gente que es destructora, que daña a otros no puede ser tolerada y tiene que ser ejecutada, a pesar de que la fuerza de los actos destructivos de Lennie era como la de un niño, un amor inocente. Su amor no tenía motivos ocultos, era puro; un amor tan intenso que estrangulaba a la gente que lo resistía. Jorge no tuvo alternativa. Él sabía que Lennie no podría sobrevivir en este mundo. Lennie tenía que morir porque él traumaba a todos y todo lo que tocaba.

Así fue con Cristo, aunque su amor era constructivo. El mundo no pudo tolerar a Jesús; lo podían amar, pero sólo a la distancia. Cristo es seguro para nosotros siempre que esté separado por el tiempo y el espacio. Pero un Cristo presente no podría sobrevivir en un mundo de hombres hostiles. El juicio de Caifás declaró que, por el bien de la nación, Jesús tenía que morir. Algunas veces alguien tiene que morir.

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas

Reflexione sobre lo que ha aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, y responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas acerca la santidad de Dios o discútalas con un amigo:

1. ¿Es su visión de la santidad de Dios como la de Pedro? ¿Quiere usted alejarse de ella?

2. ¿Ha experimentado usted el trauma de la santidad de Dios?

3. Describa una ocasión cuando usted fue consolado por la santidad de Dios.

4. ¿De qué aspecto de la santidad de Dios estuvo usted más consciente durante esta semana?

Capítulo Cinco
La Locura de Lutero

"Que Dios sea Dios."

MARTIN LUTERO

Si fijamos nuestra mente en la santidad de Dios, el resultado nos puede perturbar. El espíritu de Martín Lutero fue turbado debido al profundo conocimiento del carácter santo de Dios. La inusual personalidad de Lutero fue formada en parte por su estudio sobre Dios. ¿Mejoró o distorsionó esto su personalidad? ¿Se purificó o se atormentó su espíritu por su encuentro con Dios?

"¿Amo a Dios? Algunas veces le odio." Esta es una expresión extraña saliendo de los labios de un hombre tan respetado por su celo religioso como Lutero. Pero así es. Él se destacó por hacer declaraciones fuera de lo común. "A veces Cristo me parece un juez airado que viene a mí con una espada en sus manos."

¿Estaba este hombre loco? Antes de responder a esta pregunta, examinemos algunas características de la vida y la conducta de Lutero que han hecho que se le juzgue como tal. La primera clave para un perfil de Lutero se encuentra en sus tempestuosos arranques de cólera y en su lenguaje exagerado. A él le gustaba llamar a sus críticos "perros." "Los perros comenzaron a ladrar," diría él cuando las reacciones de sus críticos llegaban a sus oídos. Su lenguaje era a veces terreno, salpicado con referencias escatológicas.

Consideremos un ejemplo de la réplica de Lutero a la diatriba de Erasmo:

Me parece una pérdida de tiempo contestar sus argumentos. Lo he hecho ya una y otra vez, y Phillip Melancthon, en su insuperable volumen sobre las doctrinas de teología, las ha aplastado en el piso. Ese libro, en mi opinión, merece vivir mientras existan libros para leer, tanto para ser colocado en el canon de la iglesia; mientras que su libro me impresiona por ser tan inservible y pobre que tengo la conmiseración de usted por haber arruinado su precioso brillante uso

del lenguaje con tan algo tan vil. Me parece escandaloso exponer material de tan baja calidad entre los adornos de tan rara elocuencia. Es como usar platos de oro o plata para servir basura del patio, o excremento.

La tempestuosa conducta de Lutero surgió en una importante reunión de Marburg. Los líderes del nuevo movimiento protestante se unieron para arreglar sus desacuerdos acerca de la Cena del Señor. En medio del diálogo, Lutero comenzó a golpear la mesa con su puño, diciendo una y otra vez, *"Hoc est corpus meum, hoc est corpus meum."* ("Esto es mi cuerpo.") Sus arranques fueron similares a los que hicieron famoso a Nikita Khrushchev cuando azotó su zapato en las naciones unidas.

Lutero era a veces incontrolable. Era dado a las explosiones de carácter. Sus insultos, llamando a la gente perros, por ejemplo, eran severos. Pero estas cosas, aunque suficientes para cuestionar su decoro, no tenían que ver con perder su juicio. Pero hay más sobre Lutero que su forma de hablar. Su conducta era a veces absolutamente grotesca. Desde temprano, lo afligían una variedad de fobias. Una historia bien conocida dice que Lutero caminaba en medio de una severa tormenta cuando un rayo cayó tan cerca de él que lo tiró al suelo. El gran historiador de la iglesia y biógrafo de Lutero, Roland Bainton, cuenta la historia:

En un caluroso día de Julio de 1505, un viajero solitario caminaba al lado de la Villa de Stotternheim. Era joven y pequeño, mas robusto. Vestía con el uniforme de un estudiante universitario. Mientras se acercaba a la villa, el cielo se nubló. Repentinamente comenzó a llover y se desató una tormenta. Un rayo iluminó la penumbra y derribó al hombre al suelo. Luchando por levantarse, gritó aterrorizado, "Santa Ana, ¡ayúdame!" y me haré monje."

Este hombre que invocó a un santo, más tarde habría de repudiar el culto a los santos. Este que prometió hacerse monje, más tarde renunció al monasticismo. Este hijo fiel de la iglesia católica, más tarde conmovió la estructura del catolicismo medieval. Este siervo devoto del papa, más tarde identificó a los papas con el anticristo. Este joven era Martín Lutero.

Poco después de esta experiencia, Lutero cumplió su voto. Renunció a sus estudios de leyes y entró al monasterio para la decepción de su padre, Hans. El temor de una muerte violenta, como una expresión del juicio y el castigo divino, espantaba a Lutero. El sufrió enfermedades estomacales y de piedras en los riñones toda su vida. En más de una ocasión predijo su muerte. Numerosas veces estuvo seguro que estaba a sólo días o semanas del sepulcro. Aquel rayo se grabó en su memoria con una cicatriz que nunca olvidó.

No todos reaccionan de la misma manera a un encuentro cercano con la muerte. Varios años atrás tres golfistas profesionales fueron derribados al suelo por un rayo durante un torneo. Uno de los tres, Lee Trevino, sufrió una herida en la espalda que limitó severamente su carrera. Cuando fue entrevistado en un programa de televisión acerca del incidente, el anfitrión le preguntó a Trevino, “¿Qué aprendió de esta experiencia?” A lo que este contestó, “Aprendí que si el Todopoderoso quiere jugar donde usted está, mejor quítese de su camino.”

Trevino ganó unas risas por su experiencia. Lutero por su parte, se ganó una nueva carrera como monje y teólogo. Los problemas estomacales crónicos de Lutero han sido relacionados con sus problemas psicosomáticos. Sus fobias neuróticas parecían ir directamente a su estómago, afectando su digestión. Su problema con la flatulencia era legendario, debido en parte a sus descripciones exageradas. Sus escritos están salpicados con referencias a sus constantes eructos y escapes de gases. El dijo, “Si se me escapa un gas en Wittemburg, lo van a oír en Lipzig.”

Afortunadamente, Lutero fue capaz de encontrar un uso santificado para su flatulencia. El aconsejó a sus estudiantes que los escapes de gases eran un instrumento efectivo para repeler los ataques del diablo. En otras ocasiones Lutero habló de resistir a satanás tirándole un frasco de tinta. Así este hombre describió su batalla con satanás como la de un hombre bajo ataque. Estaba seguro que él era un objetivo personal del príncipe del infierno.

Sus historias de satanás son ideales para los psicólogos, que ven en estos relatos dos indicaciones de desequilibrio mental. Por un lado, se piensa que Lutero sufría de alucinaciones, y por el otro de delirios de grandeza pensando que el príncipe de las tinieblas lo había escogido como su objetivo favorito. Pero desde el punto de vista ventajoso de la historia de la iglesia, no debe

sorprendernos que en el siglo dieciséis, el poder satánico podría haberse enfocado muy fuertemente sobre Martín Lutero.

Otro episodio que ha hecho a los psiquiatras fruncir el ceño, fue la primera misa que celebró Lutero. Él ya se proyectaba como un prometedor teólogo y no era tímido, aunque su futuro como orador público y predicador aún era desconocido para sus contemporáneos. La celebración de su primera misa después de su ordenación fue el debut de Lutero como clérigo. Su padre Hans casi se había reconciliado con la decisión de su hijo de abandonar una lucrativa carrera de leyes por la vida del monasterio, e inclusive sentía cierto orgullo por su hijo, el sacerdote. De tal suerte, la celebración de la misa fue motivo de orgullo para su familia, la cual asistió a tal evento.

Nadie esperaba lo que sucedió. Lutero comenzó la ceremonia con mucho porte, proyectando una conducta sacerdotal de confianza y autocontrol. En el momento de la oración de consagración de la hostia, en el que Lutero por primera vez habría de ejercitar su autoridad sacerdotal para evocar el poder de Dios en el gran milagro de la transubstanciación (la transformación del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo), éste se tambaleó.

Se paralizó en el altar, como traspasado por una flecha, sus ojos se pusieron vidriosos y gotas de sudor aparecieron en su frente. Un nervioso rumor llenó la congregación, la cual urgía al joven sacerdote a que continuara. Hans Lutero se inquietaba cada vez más, sintiendo que una ola de vergüenza paternal lo sobrecogía. El labio inferior de su hijo comenzó a temblar mientras trataba de decir la misa, pero ninguna palabra salía de su boca. Regresó desmoralizado a la mesa donde su padre y los invitados de la familia estaban sentados. Había fracasado, arruinando la misa y humillando a él y a su familia. Hans estaba furioso, pues había hecho una generosa contribución al monasterio y ahora se sentía humillado en el mismo lugar en el que había venido a presenciar el triunfo de su hijo. Reprendió a Martín, y se preguntó si su hijo tenía lo necesario para ser sacerdote. Martín defendió su llamado apelando a la convocatoria celestial que él sintió por su experiencia en la tormenta eléctrica. Hans le replicó, “Quiera Dios que no haya sido una aparición del diablo.”

¿Qué sucedió en el altar? Lutero ofrece su propia explicación de lo que le pasó cuando estaba a punto de decir las palabras, “Nos ofrecemos a Ti, el Dios vivo, eterno y verdadero.”:

> *“Ante estas palabras yo me quedé estupefacto y aterrorizado. Pensé para mí mismo, “¿Con qué lengua voy a dirigirme a tal Majestad, si todos los hombres deberían de temblar aún ante la presencia de un príncipe terreno? ¿Quién soy yo para levantar mis ojos o mis manos hacia la majestad divina? Los ángeles lo rodean. Uno solo de sus movimientos hace temblar la tierra, ¿y yo, un miserable y pequeño pigmeo diré, ‘yo quiero esto y pido aquello’? Porque yo soy polvo y ceniza, lleno de pecado y estoy hablándole al Dios vivo, eterno y verdadero.”*

Pues, estos episodios son consideraciones menores en cuanto a los testimonios sobre la cordura de Lutero. Nuestra atención debe dirigirse hacia uno de los momentos más dramáticos de su vida y para todo el cristianismo. La prueba suprema en la vida de Lutero, la ocasión para su más elevado conflicto vino en el Concilio Imperial de Worms en el año de mil quinientos veintiuno. Delante de los príncipes de la iglesia y el estado, y la del santo Emperador Romano Carlos, el hijo de un minero de carbón estaba siendo juzgado por herejía.

Los eventos se habían salido de control desde que el profesor de Teología había clavado sus 95 tesis en la puerta de la Iglesia de Todos los Santos en Wittemburg. Estos fueron puntos de debate que Lutero estaba exponiendo para una disputa teológica. El no quizo encender un fuego nacional o internacional. Alguna gente, probablemente estudiantes, cogieron esas tesis e hicieron uso del maravilloso nuevo invento de Gutemberg—la imprenta. En dos semanas las tesis estaban siendo discutidas en Alemania. Bainton presta una expresión de Karl Barth para explicar lo que sucedió: “Lutero era como un hombre ascendiendo en la oscuridad de la escalera de caracol, en la cima de una vieja catedral. En esas penumbras, él trató de sostenerse, y su mano cogió una soga, que era la soga de la campana.”

Una tormentosa controversia tomó lugar. Las tesis fueron enviadas a Roma, al papa Leo. La leyenda dice que Leo las leyó y dijo, “Lutero es un borracho

alemán; ya pensará diferente cuando esté sobrio.” El conflicto llegó hasta las órdenes monásticas y a los teólogos. Lutero se involucró en debates, el más serio en Augsburgo y Leipzig. Finalmente, fue censurado en la publicación de una bula papal. Su título, Exsurge Domine, viene de las palabras de apertura: “Levántate, oh Dios, y juzga tu causa, que cerdos salvajes han invadido tu viña.” Después de que la bula fue publicada, los libros de Lutero fueron quemados en Roma. El apeló para una audiencia con el emperador. Finalmente, la reunión se realizó en Worms, donde a Lutero le fue dado un salvoconducto para hacerse presente. Lo que sucedió en Worms fue legendario. Las leyendas surgen de los eventos. Hollywood le ha dado su toque de glamour a esta escena. La imagen prevaleciente de Lutero es la de un valiente héroe desafiando a una jerarquía maligna. A Lutero se le pregunta, “¿Se retracta usted de sus escritos?”

Nos imaginamos a Lutero de pie, sin temor a los oficiales, y diciendo con su puño cerrado en el aire, “¡Esta es mi posición!”. Luego le vemos volverse y alejarse osadamente del salón mientras la gente lo vitorea, se monta en su caballo blanco y galopa hacia el horizonte para comenzar la Reforma Protestante. Pero esto no es lo que sucedió.

La primera sesión tuvo lugar el 17 de Abril. El aire estaba electrizado por la emoción del momento. Lutero se había expresado atrevidamente antes de su llegada diciendo, “Esta será mi retractación en Worms: ‘Previamente dije que el Papa es el vicario de Cristo; me retracto. Ahora digo que es el adversario de Cristo y el apóstol del diablo.”

La multitud esperaba más declaraciones atrevidas. Contenían su emoción, esperando que el cerdo salvaje se desbordara. Cuando la Reunión Imperial se abrió, Lutero se paró en el centro del salón; a un lado estaba una mesa con sus libros controversiales. Un oficial le preguntó si eran suyos. Él contestó, su voz poco más alta que un susurro, “Los libros son todos míos y he escrito más.” Luego, vino la pregunta decisiva de su disposición para retractarse. La asamblea esperó su respuesta. Pero no hubo puño levantado, ni desafío. De nuevo Lutero respondió inaudiblemente, “Les ruego que me den tiempo para pensarlo.” Como sucedió en su primera misa, Lutero se tambaleó. Su confianza lo abandonó; el cerdo salvaje fue de repente como un cachorro lloriqueando. El emperador estaba asombrado por la petición, y se preguntó si ésta no podría ser

más que una táctica dilatoria, un artilugio teológico. Sin embargo, le concedió clemencia dándole veinticuatro horas más para pensar.

Esa noche en la soledad de su cuarto, Lutero escribió la que creo, es una de las oraciones más conmovedoras jamás escritas. En ella se revela el alma de un hombre humilde postrado ante su Dios, desesperadamente buscando el coraje para permanecer solo delante de hombres hostiles. Para Lutero era su Getsemaní privado:

> *"¡Oh Dios, Todopoderoso Dios eterno! ¡Cuán terrible es el mundo! Mira cómo su boca se abre para tragarme, y cuán pequeña es mi fe en Ti!… ¡Oh, cuan débil es la carne y cuan fuerte es el poder de Satanás! Si tuviera que depender de la fortaleza del mundo, todo se acabaría … La campana de la muerte ha sonado … la sentencia ha sido dictada … ¡Oh, Dios! ¡Oh, mi Dios! Tú ayúdame en contra de la sabiduría de este mundo. Haz esto, te lo ruego; tú deberías de hacer esto … por tu gran poder … la obra no es mía sino tuya, yo no tengo nada que ver aquí … no tengo nada por lo cual contender con estos hombres grandes del mundo. Preferiría vivir mis días con paz y felicidad. Pero la causa es tuya … y es justa y eterna. ¡Oh Dios, ayúdame! ¡Oh Dios, fiel e inmutable! Yo no me apoyo en el hombre porque sería vano. Lo de los hombres es inestable, todo lo que procede de él fallará. ¡Dios mío, Dios mío! ¿No me escuchas? ¡Dios mío, ¿Acaso no vives más?! No, Tú no puedes morir, solamente te estás ocultando, me has escogido para este trabajo. ¡Yo lo sé!… Por eso Oh Dios, cumple tu voluntad. No me abandones, por el amor de tu amado Hijo, Jesucristo, mi defensa, mi escudo y mi fortaleza. Señor, ¿dónde estás?… Dios mío, ¿dónde estás?… Ven, te lo ruego, estoy listo … Mírame preparado para ofrecer mi vida por tu verdad … sufriendo como un cordero, porque tu causa es santa y es sólo tuya. No te dejaré ir, no, ni aun por la eternidad. Y aunque el mundo estuviera saturado de demonios y este cuerpo, que es obra de tus manos, fuese arrojado y pisoteado, cortado en pedazos y consumido hasta las cenizas, mi alma es tuya. Sí, tu propia Palabra me lo asegura. Mi alma te pertenece y habitará contigo para siempre. ¡Amén! ¡Oh Dios, envía tu ayuda!… ¡Amén!"*

Más tarde del día siguiente, Lutero regresó a la sala. Esta vez su voz no tembló ni se alteró. Trató de responder a la pregunta dando un discurso. Su inquisidor finalmente le demandó una respuesta: “Te mando Martín, responde claramente y sin rodeos. ¿Repudias o no tus libros y los errores que ellos contienen?”

Lutero replicó:

> *Puesto que vuestra majestad y vuestras señorías desean una respuesta simple, responderé sin rodeos y directamente: A menos que sea convencido por las Escrituras y por la razón clara, yo no aceptaré la autoridad de los Papas y de los Concilios, porque ellos se contradicen unos a otros. Mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios, por ello no puedo retractarme de nada, porque ir en contra de la conciencia no es bueno ni es seguro. Esta es mi posición, no puedo hacer otra cosa. Que Dios me ayude. Amén*.

¿Las palabras de un hombre loco? Tal vez. La pregunta radica en cómo puede un hombre atreverse a oponerse al Papa y al emperador, a los Concilios y a los Credos, y a toda la organización de la autoridad del cristianismo. ¿Qué arrogancia tiene que haber para contradecir a los más refinados académicos y a los más altos oficiales de la iglesia, para poner sus propios poderes mentales e interpretación bíblica en contra de todo el mundo? ¿Es esto arrogancia y egomanía, o son sólo las reflexiones de un genio bíblico, un santo valiente? o ¿Simplemente son los delirios de un maniático? Cualquiera que sea el veredicto, esta determinación solitaria, para bien o para mal, dividió al cristianismo en dos.

No obstante, la importancia de este evento tanto para la iglesia como para la vida personal de Martín Lutero, no fue la principal razón por la cual los futuros académicos juzgaran a Lutero demente. Hubo algo aún más extraordinario, más morboso, ciertamente macabro acerca de este hombre. Tenía que ver con los hábitos de conducta de Lutero mientras fue monje en el monasterio. Como tal, Lutero dedicó su vida a una rigurosa austeridad. Se propuso ser un monje perfecto, ayunaba por días y se sometía a severas formas de auto flagelación, y traspasaba las reglas del monasterio en asuntos de autonegación. Sus vigilias de oración eran más largas que las de cualquiera.

Rehusaba las cobijas que se le asignaban, y se congelaba casi hasta la muerte. Castigaba su cuerpo tan severamente que luego comentó que fue en su celda de monje donde dañó permanentemente su sistema digestivo. Acerca de esta experiencia escribió, "Yo era buen monje y guardaba las reglas de mi orden tan estrictamente, que si algún monje llegara al cielo por su monjería, habría sido yo. Todos mis hermanos en el monasterio que me conocían, lo pueden verificar. Si hubiese seguido así por más tiempo, me habría matado a mí mismo con vigilias, oraciones, lecturas y otros trabajos."

La práctica más extraña de Lutero tenía que ver con su hábito diario de confesión. El requerimiento era que todos los pecados fuesen confesados. Lutero no podía pasar un día sin pecar, así que sentía la necesidad de ir diariamente al confesionario buscando absolución. La confesión era una parte regular de la vida monástica. Los otros hermanos veían regularmente a sus confesores y decían, "Padre, he pecado, anoche estuve despierto después de que se apagaron las luces leyendo mi Biblia con una candela," o "Ayer en el almuerzo, codicié la ensalada de papas del hermano Felipe." (¿En cuántos pecados puede meterse un monje en el monasterio?) El padre confesor escuchaba, otorgaba la absolución y asignaba una penitencia. Eso era todo, y se tomaba sólo unos minutos.

Pero no así con el hermano Martín. Él estaba perturbando al padre confesor, pues no se satisfacía con una breve descripción de sus pecados. Él quería asegurarse de que ningún pecado quedaba sin confesar. Entraba al confesionario y se estaba allí por horas diariamente. En una ocasión Lutero se pasó seis horas confesando los pecados que había cometido el día anterior. Los superiores del monasterio comenzaron a tener dudas acerca de él. Consideraban la posibilidad de que él fuera un holgazán que prefería estarse confesando, que estudiar y realizar sus otras tareas. También se consideró que pudiese estar mentalmente desbalanceado, a punto de sufrir una seria psicosis. Su mentor, Staupitz, finalmente se enojó y reprendió a Lutero: " 'Mira,' le dijo, 'si esperas que Cristo te perdone, trae algo para perdonar—parricidio, blasfemia, adulterio—en lugar de todos estos pecadillos … Dios no está enojado contigo. Tú estás enojado con Dios. ¿No sabes que Dios te manda tener esperanza?' "

¡Aquí está! Este era el aspecto de Lutero que más le ha valido el veredicto de locura. El hombre era radicalmente anormal. Su complejo de culpa era distinto a cualquiera antes de él. Era tan morboso en su culpa, tan turbado en sus emociones, que ya no podía funcionar como un ser humano normal, ni siquiera como un monje normal. El seguía escapando de la tormenta de rayos. Bainton lo resume así:

> *En consecuencia, la más temible inseguridad lo acechaba, el pánico invadía su espíritu. Su conciencia estaba tan inquieta como para ponerse a temblar ante la caída de una hoja. El horror de la pesadilla atrapaba su alma, temeroso de despertar a media noche para encontrarse con los ojos del que venía a tomar su vida. Los ángeles se retiraban; los demonios gesticulaban con llamados maliciosos a su alma impotente. Estos eran los tormentos de los que Lutero repetidamente testificó que le eran peores que cualquier enfermedad física jamás sufrida*.
>
> *Su descripción concuerda con un reconocido tipo de desorden mental donde uno se siente tentado a preguntarse si su turbación debería ser considerada como producto de una auténtica dificultad religiosa o de una deficiencia gástrica o glandular.”*

¿A que se debía la conducta de Lutero? Una cosa es cierta: cualquiera que son los mecanismos que todos usamos para callar nuestra conciencia, no funcionaban para Lutero. Algunos teóricos arguyen que una persona demente puede tener una visión más aguda de la realidad que una normal. Pensemos en el hombre agobiado por la ansiedad que va al psiquiatra y se queja de estar tan paralizado por el miedo, que no puede ir ni a un día de campo. Cuando el psiquiatra lo analiza, el hombre explica que él teme que podría chocar su carro camino hacia el parque, ser mordido por una serpiente venenosa, ser alcanzado por un rayo o atragantarse con un bocado.

Todos estos miedos representan posibilidades reales. La vida es peligrosa. Howard Hugues, con todos sus millones, no podía encontrar un ambiente donde estuviera totalmente a salvo de los ataques hostiles de los gérmenes. Por ejemplo, nadie puede asegurar que todos los días de campo serán seguros. La percepción del hombre de que todas las cosas podrían salir mal es correcta, pero

aun así él es anormal, porque ha perdido las defensas que nos capacitan para superar los peligros que nos rodean cada día.

Hay algo sobre los antecedentes y de la personalidad de Lutero que con frecuencia sus analistas pasan por alto. Ellos no toman en cuenta que antes de ir al monasterio, Lutero se distinguió como una de las mentes jóvenes más iluminadas de Europa en el campo de la jurisprudencia. Lutero era brillante. No había ningún problema con su mente. Su comprensión de los sutiles y difíciles puntos de la ley lo hacían sobresaliente. Algunos lo celebraban como a un genio legal.

Se dice que hay una fina línea entre la genialidad y la locura y que alguna gente la cruza para atrás y para adelante. Quizás ése era el problema de Martín Lutero. Él no estaba loco. Era sin duda un genio que tenía un entendimiento superior de la ley. Una vez que aplicó su astuta mente legal a la ley de Dios, vio cosas que mucha gente no ve. Lutero examinó el Gran Mandamiento, *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente;"* y *"Amarás a tu prójimo como a ti mismo"* (Lucas 10:27). Entonces él se preguntó a sí mismo, "¿Cuál es la Gran Transgresión?" Algunos responden esta pregunta diciendo que el gran pecado es matar, adulterar, blasfemar o no creer. Lutero disentía. El concluyó que si el Gran Mandamiento era amar a Dios con todo el corazón, entonces la Gran Transgresión era no amar a Dios con todo el corazón. El vio un balance entre las grandes obligaciones y los grandes pecados.

La mayoría de la gente no piensa de esta manera. Ninguno de nosotros guarda el Gran Mandamiento por cinco minutos. Superficialmente, podemos pensar que lo hacemos, pero en los momentos de reflexión descubrimos que no es así. Tampoco amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Podemos hacer lo posible para evitar pensar profundamente sobre esto, pero siempre hay una incómoda sensación en el fondo de nuestra mente que nos acusa de quebrantar este mandamiento todos los días. Como Isaías, sabemos que nadie más guarda el Gran Mandamiento también, y es aquí donde encontramos consuelo: nadie es perfecto. Todos nos quedamos cortos en amar perfectamente a Dios, así que, ¿para qué preocuparse por ello? Eso no hace a la gente normal pasarse seis horas confesando. Si Dios castigara a todos los que fallan en

guardar el Gran Mandamiento, tendría que castigar a todo el mundo. La prueba es muy grande, demasiado exigente; no es justa. Dios tendrá que juzgarnos a todos sobre una curva.

Lutero no lo vio de esta manera. Él se dio cuenta que si Dios juzgara sobre una curva, tendría que comprometer su santidad. Suponer que Dios hará eso es una suprema arrogancia y necedad. Dios no rebaja sus propias medidas para acomodarse a las nuestras. Él siempre es absolutamente santo, recto y justo. Pero nosotros somos injustos, y allí radica nuestro dilema. La mente de Lutero era acosada con la pregunta, ¿Cómo puede una persona injusta sobrevivir en la presencia de un Dios justo? Lutero agonizaba en aquello en lo que de todos se sienten cómodos: "¿No saben que Dios habita en luz inaccesible? Nosotros, criaturas débiles e ignorantes, queremos probar y entender la incomprensible majestad de la indescifrable y maravillosa luz de Dios. Nos preparamos y nos acercamos, ¿Qué hay de extraño entonces que esa majestad nos sobrecoja y nos quebrante?"

Lutero era el polo opuesto al personaje bíblico del joven rico que vino a Jesús inquiriendo acerca de su salvación:

> *Un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. (Lucas 18:18–20)*

Hay algo que con frecuencia la gente pasa por alto en este conocido encuentro de Jesús con el joven rico: el significado del saludo de este hombre hacia Jesús. Él le llamó "Maestro bueno." Jesús no lo pasó por alto. Él supo de inmediato que estaba hablando con un hombre cuyo entendimiento de la palabra *bueno* era superficial. El hombre quería hablar con Jesús sobre la salvación. En lugar de eso, Jesús sutilmente cambió la conversación acerca de lo que era bueno, y aprovechó para enseñarle una inolvidable lección sobre el significado de qué es "bueno."

Jesús se fijaba en el saludo: *"¿Por qué me llamas bueno?*" y acentuaba la cuestión con una calificación rígida: *Ninguno hay bueno, sino sólo Dios."*

Levantamos un aviso aquí. Algunas personas, incluso teólogos eruditos, se han atropellado sobre estas declaraciones de Cristo. Algunos oyen a El diciendo en efecto, “¿Por qué me llamas bueno? No soy bueno. Solo Dios es bueno. No soy Dios y no soy bueno.” Pero aquí Jesús no estaba negando su divinidad, ni su bondad en ninguna manera. En el contexto de un buen conocimiento de Cristo, habría sido propio para el joven rico llamar a Jesús bueno, porque El era bueno. Era la encarnación de sumo bien. El punto es que el joven rico, no sabiendo esto, estaba honrando a Jesús como un gran maestro, sin saber que le estaba hablando al Dios encarnado.

Obviamente, el joven rico no conocía su Biblia. Había fallado en entender el Salmo 14:

> *“Dice el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, hacen obras abominables; no hay quien haga el bien. Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres para ver si había algún entendido que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.”* (Salmo 14:1–3)

Este salmo es citado y amplificado en el nuevo testamento por el apóstol Pablo. El mensaje es inconfundible. Nadie hace el bien, ni siquiera uno. Este “ni siquiera uno” borra toda posibilidad para la confusión. La acusación no permite excepciones salvo para el Hijo de Dios, quien es el único que hizo lo bueno. El espíritu humano se desentiende ante esta acusación universal. Seguramente las Escrituras exageran. Nosotros conocemos gente que hace lo bueno, algunos con frecuencia. Reconocemos que nadie es perfecto. Todos nos resbalamos ocasionalmente, pero aún hacemos cosas buenas de vez en cuando, ¿no es así? ¡No! Esto es precisamente la manera en que el joven rico pensaba. El medía la bondad con una regla equivocada; evaluaba las buenas obras desde la ventajosa posición del rasero humano y externo.

Dios manda que nosotros hagamos cosas buenas. Nos manda a dar a los pobres y nosotros damos a los pobres. Esta es una buena obra, ¿no es así? Pues, sí y no. Es buena en el sentido de que se ajusta a lo que Dios manda. Por ese lado, hacemos el bien con frecuencia. Pero Dios también mira el corazón. A El le interesan nuestras motivaciones. Para que una buena obra satisfaga la medida de la bondad de Dios, debe brotar de un corazón que ama a Dios y a su prójimo

perfectamente. Puesto que ninguno de nosotros alcanza ese perfecto amor por Dios y por el prójimo, todas nuestras obras externas están contaminadas. Ellas llevan la mancha de nuestras motivaciones corruptas. La lógica de la Biblia es ésta: Puesto que nadie tiene un corazón perfecto, nadie hace una obra realmente buena.

La ley de Dios es el espejo de la verdadera justicia. Cuando ponemos nuestras obras ante este espejo, el reflejo muestra nuestras imperfecciones. Jesús puso este espejo ante los ojos del joven rico: *"Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre."* (Lucas 18:20). Los mandamientos que Jesús mencionó al joven rico son los de la así llamada segunda tabla de la ley, que son los mandamientos que tratan con nuestra responsabilidad hacia nuestros semejantes. En este sumario están ausentes los primeros mandamientos que tratan explícitamente de nuestras obligaciones directas hacia Dios.

¿Cómo respondió el joven rico? A él no le afectó. Miró calmadamente al espejo y no vio imperfecciones. Él contestó, *"Estas cosas las he guardado desde mi juventud"* (Lucas 18:21). Imagine la arrogancia e ignorancia de este hombre. Encuentro difícil entender la paciencia de Jesús. Yo no habría podido contener mi indignación diciendo algo como, "¡Qué! ¿Has guardado los mandamientos desde que eras muchacho? Tú no has guardado ninguno de los mandamientos en los últimos cinco minutos. ¿No oíste el Sermón del Monte? ¿No te das cuenta que si te enojas injustamente con alguien haz violado el más profundo significado de la ley contra la muerte? ¿No sabes que si deseas a una mujer quiebras la ley más profunda del adulterio? ¿Nunca has codiciado? ¿Honras siempre a tus padres? Tú estás loco o ciego. Tu obediencia ha sido externa, cuando mucho. Tú sólo obedeces superficialmente.

Así es como yo hubiese reaccionado, mas no Jesús. Él fue más sutil y efectivo: *"Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa. Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme*" (Lucas 18:21).

Si alguna vez Jesús habló irónicamente fue aquí. Si tomásemos sus palabras literalmente concluiríamos que esta conversación la sostuvieron los dos hombres más justos de la historia, que fue un diálogo entre el Cordero sin

mancha y un cordero con una sola mancha. Me encantaría oír a Jesús diciéndome que a mi perfección moral sólo le falta una cosa, pero nosotros sabemos bien que esto no es así. Especulando y tratando de penetrar en los pensamientos secretos de Jesús, podemos imaginarnos que Él pensó algo como esto: *Oh, tú has guardado todos los mandamientos desde niño. Bueno, veamos. ¿Cuál es el primer mandamiento? Oh, sí, "No tendrás dioses ajenos delante de mí." Veamos cómo te va con ése*.

Jesús lo puso a prueba. Si había algo en el joven rico antes que Dios, era el dinero. Jesús lo desafió precisamente en este punto, el punto de su obediencia al mandamiento número uno: "Ve, vende todo lo que tienes …" ¿Qué hizo éste hombre? ¿Cómo lidió él con su única mancha? Él se fue con tristeza porque tenía grandes posesiones. El hombre fue puesto a prueba ante los Diez Mandamientos, y fracasó en la primera pregunta del examen. El punto de este relato no es establecer una ley que obligue al cristiano a deshacerse de todas sus propiedades privadas. El punto es que entendamos lo que es la obediencia y lo que la bondad requiere. Jesús le siguió la corriente a su pretensión y el hombre se desplomó.

Cuando Jesús conoció a otro hombre joven siglos más tarde, no tuvo que enseñarle una compleja lección para que entendiera su pecado. Él nunca le dijo a Lutero, "Una cosa te falta." Lutero ya sabía que a él le faltaban multitud de cosas. Él era un abogado; había estudiado la ley del antiguo testamento; conocía las demandas de un Dios puro y santo, y eso lo estaba volviendo loco. El genio de Lutero dilucidó un dilema legal que no pudo resolver. Parecía no haber solución posible. La pregunta que lo acosaba día y noche era cómo un Dios justo podía aceptar a un hombre injusto. Él sabía que su eterno destino dependía de la respuesta, pero él no podía hallarla. Mentes inferiores iban disfrutando alegremente la vida en su ignorancia. Ellos se satisfacían pensando que Dios comprometería su propia excelencia y los dejaría entrar al cielo. Después de todo, no sería tan maravilloso si los excluían a ellos. Dios tenía que calificar sobre una curva. Cada muchacho hace sus travesuras, y Dios es suficientemente grande como para no irritarse por unas cuantas faltas.

Dos cosas separaban a Lutero de los demás hombres: Primero, él sabía quién era Dios. Segundo, él entendía las demandas de la ley de Dios. Dominaba la

ley, y a menos que llegara a entender el evangelio, moriría en tormento. Entonces sucedió: la máxima experiencia religiosa de Lutero. No hubo rayos, ni tinteros volando. Tuvo lugar en su solitario estudio. La llamada “experiencia de la torre” de Lutero cambió el curso de la historia del mundo. Fue una experiencia que envolvía un nuevo entendimiento de Dios, un nuevo entendimiento de su divina justicia. Fue un entendimiento de cómo Dios puede ser misericordioso sin comprometer tal justicia. Fue una nueva comprensión de cómo un Dios santo expresa su santo amor:

> *“Yo anhelaba grandemente entender la Epístola de Pablo, a los Romanos y nada lo impedía sino una expresión, “la justicia de Dios,” porque yo pensaba que se refería a la justicia donde Dios es justo y trata justamente castigando al injusto. Mi situación era que, aun siendo un monje impecable, yo estaba frente a Dios como un pecador atormentado de conciencia, sabiendo que mis méritos no lo aplacarían. Como resultado, yo no amaba a un Dios justo y airado; más bien lo odiaba y murmuraba contra Él. Sin embargo, me aferraba al querido Pablo y tenía un gran anhelo por saber de qué estaba hablando. Noche y día yo reflexionaba hasta que vi la conexión entre la justicia de Dios y la declaración de que “el justo por la fe vivirá.” Entonces entendí que la justicia de Dios es esa justicia por la cual a través de la gracia y la pura misericordia Dios nos justifica por la fe. De allí en adelante sentí como si hubiese nacido de nuevo y hubiese entrado por las puertas del paraíso. Toda la Escritura tomó un nuevo significado, y donde antes la “justicia de Dios” me llenaba de odio, ahora llegó a ser para mí inexpresablemente dulce con gran amor. Este pasaje de Pablo fue para mí la puerta del cielo …”*

> *“Si tienes una verdadera fe en Cristo como tu Salvador, entonces tienes un Dios de gracia, porque esa fe te guiará hacia el corazón y la voluntad de Dios, abriéndote sus puertas para que conozcas la gracia pura y el amor desbordante. Ver a Dios en fe es que veas su fraternal y compasivo corazón, en el cual no hay ira, ni falta de gracia. El que ve a Dios como airado no ve en El correctamente, sino que mira a través de una cortina como si una nube negra se le hubiese puesto frente a su rostro.”*

Como Isaías antes de él, Lutero sintió la brasa ardiente sobre sus labios. Él sabía lo que significaba sentirse desolado; fue quebrantado por el espejo del Dios santo. Posteriormente, afirmó que antes de probar el sabor del cielo, Dios tuvo que colgarle sobre el abismo del infierno. Pero Dios no arrojó a su siervo al abismo, sino que lo salvó de caer en él. Él le probó a Lutero que era a la vez el Dios justo y el que justifica al pecador. Cuando Lutero entendió el evangelio por primera vez, las puertas del paraíso se abrieron de par en par, y él entró por ellas.

"El justo por la fe vivirá." Este fue el grito de batalla de la Reforma Protestante. La idea de que la justificación es sólo por la fe y por los méritos de Cristo solamente, es tan central para el Evangelio que Lutero le llamó "el artículo sobre el cual, la iglesia se sostiene o cae." Él sabía que eso sería el artículo sobre el cual él mismo se sostuviera o cayera.

Una vez que Lutero comprendió las enseñanzas de Pablo en Romanos, nació de nuevo. La carga de su culpa fue levantada. El enloquecedor tormento terminó. Esto significó tanto para este hombre, que lo hizo capaz de estar firme contra el Papa y el Concilio, el príncipe y el emperador, y si fuese necesario, contra todo el mundo. Él había entrado por las puertas del paraíso, y nadie iba a arrastrarlo de regreso. Lutero fue un protestante que sabía por qué estaba protestando. ¿Era un loco? Tal vez. Pero si lo era, nuestra oración es que Dios envíe a esta tierra una epidemia de este tipo de locura, para que nosotros también podamos saborear la justicia que es sólo por la fe.

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas

Mientras reflexiona sobre lo que ha aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas acerca de la santidad de Dios o discútalas con un amigo.

1. ¿Qué ve usted cuando mira en el espejo de la santidad de Dios? ¿Qué aprende sobre usted y sobre Dios?

2. ¿Qué hace usted con la culpa que siente por sus pecados?

3. ¿Qué significan personalmente para usted las palabras, "El justo por la fe vivirá"?

4. ¿Cómo puede usted adorar a Dios por haberlo justificado?

Capítulo Seis
La Justicia Santa

La justicia es considerada como la más elevada de todas las virtudes, más admirable que la estrella de la mañana y que la estrella de la noche.

ARISTOTELES

Martín Lutero entendió cuán serio es para la gente injusta el problema de vivir en la presencia de un Dios santo y justo. Así como él fue un monje ejemplar, Pablo fue un fariseo del mismo tenor. Ambos eran hombres brillantes y bien educados. Se dice de Pablo que cuando se convirtió, era el hombre más educado en Palestina. Al cumplir veintiún años, ya tenía el equivalente de dos doctorados. Tuvo así mismo, conflictos profundos con la ley, así como con el asunto de la justicia de Dios. Tanto Lutero el monje, como Pablo el fariseo fueron consumidos por el problema de la justicia santa. Ambos fueron estudiantes de la ley del antiguo testamento antes de ser promotores del evangelio.

Quien lea el antiguo testamento tendrá conflicto con la aparente brutalidad de los juicios de Dios que allí se encuentran. Para mucha gente, eso es todo lo que pueden llegar a leer. Ellos tropiezan a causa de los violentos pasajes que llamamos "las palabras duras." Algunos ven estos dichos como una razón suficiente para rechazar el cristianismo. Estas "palabras duras" parecen suficientes para menospreciar al Dios del antiguo testamento. Otros tratan de suavizar el impacto, tratando el antiguo testamento como una parábola religiosa, o aplicando un método de cortar y pegar, clasifican los pasajes más brutales como un mito primitivo. Algunos van más lejos, arguyendo que el Dios del antiguo testamento es diferente al del nuevo testamento—un Dios tenebroso con un mal temperamento, una especie de deidad demoníaca cuya ardiente ira está más allá de la dignidad del Dios de amor del Nuevo Testamento.

En este capítulo quiero ver al Dios del antiguo testamento directo a los ojos. Quiero examinar los pasajes más difíciles y ofensivos del antiguo testamento y tratar de encontrarles sentido. Veremos el inmediato y súbito juicio que vino sobre Nadab y Abiú, los hijos de Aarón. Veremos la inusual muerte de Uza por

tocar el arca del pacto; veremos la larga lista de crímenes por los cuales Dios ordenó la pena capital; veremos la masacre de mujeres y niños supuestamente hecha bajo las órdenes de Dios. Está advertido que este capítulo no es para personas débiles de estómago o de corazón. Así pues, viajaremos a los más terribles abismos, si están dispuestos a seguir leyendo.

Miremos primero a Nadab y Abiú. Ellos eran sacerdotes, hijos de Aarón, el Sumo Sacerdote. Junto a Moisés, Aarón había guiado al pueblo de Israel por el desierto.

> *"Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová."* (Levítico 10:1–2)

Más que cualquier otro, Moisés y Aarón tenían una relación íntima con Dios. Así, uno esperaría un poco de tolerancia de parte de Dios para con los hijos de Aarón. Pero no la hubo. Por una transgresión en el altar, Dios reaccionó inmediata y violentamente, aniquilándolos en el acto. No estaban profanando el altar con prostitutas u ofreciendo sacrificios humanos como lo hacían los adoradores de Moloc. Nada más Nadab y Abiú ofrecieron un "fuego extraño" del cual no sabemos con seguridad qué era. Suena como si todo era un asunto de sacerdotes jóvenes experimentando creativamente con la adoración. Una ofensa censurable, quizás. Pero, ¿la pena de muerte, sin el beneficio de un tribunal? Esto es, ¿ejecución sumaria e inmediata? A través de los años la gente ha tratado de ofrecer una explicación natural de lo que le pasó a Nadab y Abiú. Emmanuel Velikovsky, un científico amigo de Alberto Einstein, fue uno de ellos.

Velikovsky escandalizó al mundo geológico con su teoría de que los cambios en la superficie de la tierra fueron provocados súbitamente por un planeta o cometa gigante que se acercó revirtiendo sus polos magnéticos, haciéndola girar en dirección opuesta. Imagine un trompo girando velozmente. De repente, se le hace girar en la dirección opuesta. Si hubiese agua dentro del trompo, ¿qué sucedería? Pues, se convertiría en una marejada vista hacia atrás. Parte de la teoría de Velikovsky sugiere que una lluvia de meteoritos llenos de

petróleo bombardeó la tierra, llenando su superficie de fisuras y formando grandes depósitos de petróleo bajo la superficie (por ejemplo, las regiones ricas en petróleo del Medio Oriente).

Esta teoría sugiere que Nadab y Abiú encontraron algo de este petróleo, y sin saber qué era decidieron experimentar, mezclándolo con substancias combustibles en el altar. Cuando lo pusieron en el fuego, whoosh, se encendió y explotó, matando instantáneamente a ambos sacerdotes. En una sociedad primitiva, esto sería visto como un repentino acto de juicio divino. Según Velikosky, la muerte de Nadab y Abiú fue accidental, un trágico caso en que dos muchachos perecen a causa de su imprudencia, jugando con un fuego desconocido.

Contrariamente la Biblia dice que fue un juicio sobrenatural de Dios. Pudo haber sido producido por medios naturales, pero es claro que no fue un accidente. Tiene que ser atribuído a la ira y el juicio de Dios. ¿Cómo vio Aarón este evento? Supongo que estaba airado y dolorido. Fue una calamidad para él y el resto de su familia. Él había dedicado su vida entera al servicio de Dios. Sus hijos habrían de seguir sus pasos. Él podía recordar el día de su consagración y el orgullo que sintió al ser separado para el sacerdocio. Era un asunto de casta y ¿Qué gratitud recibió él del Dios al cual servía? Nada. Simplemente ejecutó sumariamente a sus hijos por lo que parecía ser una infracción menor de las reglas del altar.

Aarón corrió a ver a Moisés para contarle lo que pasó. Era como si él estuviera diciendo, "Está bien Dios, voy a ir con Moisés y Tú tendrás que explicarnos este asunto." Aarón le presentó su caso a Moisés:

> *"Entonces dijo Moisés a Aarón: esto es lo que habló Jehová diciendo: en los que a mí se acercan me santificaré y en presencia de todo el pueblo seré glorificado."* (Levítico 10:3)

Moisés le dio a Aarón la respuesta del Señor, le recordó la consagración original de los sacerdotes. Ellos habían sido separados para una tarea sagrada, y solemnemente hechos responsables de requerimientos precisos en su ministerio. Tendrían el privilegio de ministrar delante de un Dios santo. Cada vasija en el tabernáculo estaba hecha a la medida, y todo estaba santificado por

el mandato de Dios. No había ambigüedad en los mandamientos. Con respecto al altar del incienso, Aarón y sus hijos fueron instruidos especificamente en la manera de proceder. Dios había dicho:

> *"No ofreceréis sobre él incienso, ni holocausto, ni ofrenda; ni tampoco derramaréis sobre él libación. Y sobre sus cuernos hará Aarón expiación una vez en el año con la sangre del sacrificio por el pecado para expiación; una vez en el año sobre él, por vuestras generaciones; sera muy santo a Jehová."* (Exodo 30:9–10)

Las instrucciones eran claras. El altar del incienso fue declarado "muy santo" por Dios. Cuando Nadab y Abiú ofrecieron fuego ilícito y no autorizado sobre él, estaban desafiando abiertamente a Dios. Su acto era una rebelión deliberada, una profanación inexcusable del lugar santo. Era un pecado de arrogancia y de traición contra Dios. Estaban profanando el lugar santo. El juicio de Dios fue inmediato. Su explicación a Moisés fue clara: *"En presencia de todo el pueblo seré glorificado."* Esta no fue una predicción. Cuando Dios dijo, "seré," lo dijo como un mandamiento que nadie debía contradecir. El clímax de esta historia se encuentra en Levítico 10:3: *"Y Aarón calló."* ¿Qué más podía hacer Aarón? El debate había culminado. La evidencia estaba allí y Dios había emitido su veredicto. A ellos se les había prohibido explícitamente ofrecer ese fuego. Ellos desobedecieron y Dios hizo caer el mazo de su justicia sobre ellos. Así que Aarón calló. Él lo aceptó y no tuvo ninguna excusa que ofrecer, ni protesta que hacer. Como los pecadores en el juicio final, su boca fue enmudecida.

Este es un ejemplo de la justicia penal de Dios, la justicia por la cual El castiga al culpable. Pero, ¿Es este castigo cruel e inusual? ¿No traspasa los límites de la justicia para hacerse injusticia? Nuestro concepto de justicia conlleva la idea de que el castigo debe ajustarse al crimen. Si el castigo es más severo que el crimen, se comete injusticia. La Biblia aclara que Nadab y Abiú no podían argumentar inocencia por su pecado. Dios había sido claro con ellos. Ellos sabían que no se les permitiría fuego extraño en el altar. Es fácil ver que ellos pecaron. Pero ellos jamás se imaginaron que su pecado era tan serio, que haría que Dios los ejecutara en el acto. Este es un ejemplo que nos habla a gritos de la severidad de la mano de Dios, de un castigo que es demasiado cruel e

inusual para el crimen. Tal medida de castigo no sólo nos confunde, sino que nos asombra. ¿Cómo cuadramos este relato con lo que Génesis nos enseña sobre el carácter de la justicia de Dios? Génesis asegura que el Juez de toda la tierra hará *lo que es recto* (Gén. 18:25). El concepto básico de Israel es que los juicios de Dios son siempre justos. Su justicia nunca es desproporcionada, caprichosa, ni tiránica. Es imposible para Dios ser injusto, porque su justicia es santa.

Si tenemos dificultad con la historia de Nadab y Abiú, la historia de Uza es aún más difícil. Cuando David ascendió al trono de Israel, trabajó rápidamente para consolidar su reino. Reunió a sus oficiales y decidió traer la sagrada arca del pacto, que se encontraba en "retiro", para un lugar central. Los filisteos habían capturado el arca en un día fatídico en que la gloria se alejó de Israel. Cuando el arca fue capturada, el más grande tesoro de Israel fue robado y llevado al templo pagano de Dagón. Al regresar, el arca fue colocada en un lugar seguro, esperando el momento para su restauración pública a una posición de preeminencia en la nación. Finalmente vino la hora, y David deseaba ver la gloria de nuevo. Él dijo:

> *Traigamos el arca de nuestro Dios a nosotros, porque desde el tiempo de Saúl no hemos hecho caso de ella. Y dijo toda la asamblea que se hiciese así, porque la cosa parecía bien a todo el pueblo*. (1 Crón. 13:3–4)

El arca fue el punto de reunión nacional. Era el trono de Dios, el asiento sagrado del altísimo. Fue construido y adornado según el estricto diseño de Dios mismo. Tendría que ser guardado en el Lugar Santísimo. Era un cofre hecho de madera de acacia, cubierto de oro por dentro y por fuera. Tenía una moldura de oro alrededor, cuatro anillos de oro a los lados para atravesar las varas de madera de acacia, cubiertas con oro, para cargarla. La tapa del cofre era llamada el "propiciatorio." También era de oro y tenía dos querubines hechos del mismo metal labrado, colocados frente a frente con sus alas extendidas. Este fue el objeto sagrado que David ordenó traer de regreso a Jerusalén:

> *Y llevaron el arca de Dios de la casa de Abinadab en un carro nuevo; y Uza y Ahío guiaban el carro. Y David y todo Israel se regocijaban delante de Dios con todas sus fuerzas, con cánticos, arpas, salterios, tamboriles, címbalos y trompetas*.

> *Pero cuando llegaron a la era de Quidón, Uza extendió su mano al arca para sostenerla, porque los bueyes tropezaban. Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió, porque había extendido su mano al arca; y murió allí delante de Dios*.
>
> *Y David tuvo pesar, porque Jehová había quebrantado a Uza; por lo que llamó aquel lugar Pérez-uza, hasta hoy*. (1 Crón. 13:7–11)

Si Dios provocó la cólera de David con este violento arranque de ira, ¿cuánto más perplejo puede sentirse un lector que no sabe de teología? David era un hombre conforme al corazón de Dios, un rey, un gran músico y un guerrero victorioso, pero también era un teólogo de primera. Más que con el caso de Nadab y Abiú, la ejecución de Uza produce protestas de lectores enseñados que Dios es un Dios de amor y bondad. La Biblia dice que Dios es lento para la ira y grande en misericordia. Pero obviamente no se tomó mucho tiempo para que su ira se encendiera contra Uza. Uza tocó el arca y ¡wham! Dios explotó en furia. Nuevamente, se han hecho esfuerzos para suavizar la severidad de este relato, exponiendo la muerte de Uza como algo más natural. Se ha sugerido que Uza respetaba tanto el arca, que al tocarla fue abrumado con miedo y tuvo un ataque al corazón que lo mató al instante. Esta explicación absuelve a Dios de toda responsabilidad. La interpretación del escritor bíblico es meramente un ejemplo de superstición primitiva de la cual está salpicada el antiguo testamento.

La gente busca estas explicaciones no sólo porque nuestra cultura tiene una alergia incurable a todas las cosas sobrenaturales, sino porque también esta historia ofende nuestro sentido de justicia. Veamos de nuevo lo que sucedió. El arca era transportada por una carreta de bueyes. Era un día de gozo y celebración nacional. La gloria estaba regresando a la Ciudad Santa. Las multitudes llenaban las calles, el desfile era realzado por el sonido de arpas, liras, tamborines, címbalos y trompetas. Imagine el espectáculo: era como un desfile de setenta y seis trombones. La gente danzaba en las calles. De repente los bueyes tropezaron, y el carro se balanceó. El cofre se resbaló y estaba a punto de caerse al suelo y enlodarse. Era impensable que este precioso objeto fuese deshonrado cayendo en la suciedad.

Seguramente la reacción de Uza fue instintiva. El hizo lo que cualquier judío piadoso habría hecho para evitar que el arca cayera en el lodo. Extendió su mano hacia la tambaleante arca para proteger este santo utensilio. No fue un acto premeditado de desafío a Dios. Fue un reflejo. Desde nuestra perspectiva parece como un acto de heroísmo. Pensaríamos que Uza escucharía la voz de Dios desde el cielo gritando, "Gracias Uza."

Pero Dios no lo hizo, y en lugar de ello, lo mató. Lo aniquilo allí mismo. Otra ejecución sumaria. ¿Cuál fue el pecado de Uza? Para responder eso, debemos recordar cómo Dios instituyó el sacerdocio y el mandamiento que les dio. Para ser sacerdote en Israel, uno tenía que ser de la tribu de Leví. Todos los sacerdotes eran Levitas, pero no todos los Levitas eran sacerdotes. Una rama especial de la familia de los Levitas era el clan de los Coatitas. Ellos eran descendientes de Coat, y estaban consagrados por Dios para una tarea muy especializada. Eran entrenados para ejecutar un trabajo básico—cuidar de los artículos sagrados del tabernáculo: *"El oficio de los hijos de Coat en el tabernáculo de reunión, en el lugar santísimo, será éste"* (Núm. 4:4).

Es importante recordar que el tabernáculo era una carpa y era portátil. Cuando las tribus de Israel se movían, llevaban el tabernáculo para que Dios estuviera con ellos. Cuando el tabernáculo era transportado, era necesario primero, cubrir y proteger los utensilios santos. Nosotros leemos,

> *Y cuando acaben Aarón y sus hijos de cubrir el santuario y todos los utensilios del santuario, cuando haya de mudarse el campamento, vendrán después de ello los hijos de Coat para llevarlos*; pero no tocarán cosa santa, no sea que mueran. *Éstas serán las cargas de los hijos de Coat en el tabernáculo de reunión*. (Números 4:15, *énfasis agregado*)

Para reforzar este mandamiento, Dios agrega más provisiones y estipulaciones:

> *Habló también Jehová a Moisés y a Aarón diciendo, "No haréis que perezca la tribu de las familias de Coat de entre los levitas. Para que cuando se acerquen al lugar santísimo vivan, y no mueran, haréis con ellos esto: Aarón y sus hijos vendrán y los pondrán a cada uno en su*

oficio y en su cargo. No entrarán para ver cuando cubran las cosas santas, porque morirán.” (Númoro 4:17–20)

Uza era probablemente un Coatita. Él sabía exactamente cuáles eran sus tareas. Había sido entrenado en la disciplina de su llamado. Entendía que tocar el arca era una ofensa capital. A ningún Coatita, bajo ninguna circunstancia, se le permitía tocar el arca. Ninguna emergencia era motivo para quebrantar ese mandamiento inviolable. La elaborada construcción del arca, completa con sus argollas de oro a través de las cuales las varas eran insertadas, era tal que hacía claro que no se le podía tocar. Los hombres comisionados a transportar el arca sólo podían tocar las argollas y las varas, y era su tarea cargar el arca por las varas. Nada se había dicho acerca de acelerar el proceso, transportando el arca en una carreta de bueyes. En primer lugar, ¿Qué estaba haciendo el arca en una carreta de bueyes? Dios era tan estricto acerca de las cosas santas del tabernáculo, que los Coatitas no podían ni siquiera ver el arca. Esto era también un crimen capital. Dios decretó que, si un Coatita tan sólo miraba por un instante el arca en el lugar santísimo, moriría. De modo que Uza no sólo tenía prohibido tocar el arca, sino aún mirarla.

Pero él la tocó de todas maneras. Alargó su mano y la colocó sobre el arca para evitar que cayera al suelo. ¿Fue esto un acto de heroísmo santo? ¡No! Fue un acto de arrogancia, un pecado de pretensión. Uza asumió que su mano estaba menos contaminada que la tierra. Pero no era la tierra o el lodo lo que profanaría el arca. Era el toque del hombre. La tierra es una criatura obediente, hace lo que Dios le dice que haga. Produce su cosecha a su tiempo, obedece las leyes de la naturaleza que Dios estableció. Cuando la temperatura baja a cierto punto se congela. Cuando se le agrega agua a la arena se hace lodo, tal como Dios lo diseñó. La tierra no comete traición cósmica. No hay nada contaminado acerca de la tierra. Dios no quería que su santo trono fuese tocado por nada contaminado con el pecado, con lo que se le hubiera rebelado, aquello que hubiese hecho que la creación completa se arruinase y que la tierra, el cielo y las aguas gimieran juntas con dolores de parto, esperando el día de la redención. Era el toque del hombre lo que Dios había prohibido. Uza no fue un hombre inocente. A él no se le castigó sin advertencia. El no fue castigado sin haber violado una ley. Este acto de justicia divina no fue caprichoso. No hubo nada arbitrario o errático acerca de lo que Dios hizo, aunque fue inusual, y por esa

razón la ejecución repentina y radical nos sorprende, nos escandaliza y nos ofende.

Hay una razón por la cual nos ofendemos y nos enojamos por historias como las de Uza y la de Nadab y Abiú. Encontramos estas cosas difíciles de digerir, porque no entendemos cuatro conceptos bíblicos de vital importancia: *santidad*, *justicia*, *pecado y gracia*. No entendemos lo que significa ser santo, no entendemos qué es la justicia, no entendemos qué es el pecado y no entendemos qué es la gracia. La historia de Uza es un ejemplo de justicia, no de misericordia divina. Pero ni siquiera podemos comenzar a entender la misericordia divina hasta que entendamos algo de la justicia divina.

Cuando la Biblia habla de la justicia de Dios, la conecta usualmente a la rectitud de divina. La justicia de Dios es conforme a su rectitud. No existe justicia sin rectitud; así, siendo Dios rectitud total, así será su justicia. La justicia de Dios siempre es y será una expresión de su carácter santo. La palabra *justicia* en la Biblia se refiere a la conformidad a una regla o norma. Dios actúa por las reglas. La norma final de justicia es su propio carácter santo. Su justicia es de dos clases. Por un lado, está la rectitud interna de Dios, y por el otro su rectitud externa. Lo que Dios hace es siempre consistente con quién es Dios. El siempre actúa conforme a su carácter santo. La rectitud interna de Dios es la excelencia moral de su carácter y está arraigada en su absoluta pureza. En El no hay “sombra de variación.” Siendo Dios santo, Él es absolutamente incapaz de un acto impío. Sólo los seres impíos cometen actos injustos y perversos.

En Dios y su orden, hay una constancia de “derecho”. La injusticia humana a veces se describe en términos de no ponerse derecho. Nosotros somos desviados, por eso se describe a los criminales como que necesitan enmendarse. Dios es recto, y esto se manifiesta en su conducta externa; así, esta coherencia habla de su justicia. Dios jamás ha hecho una cosa desviada. El mató a Nadab y Abiú; El mató a Uza e hizo lo mismo con Ananías y Safira en el nuevo testamento. Todos estos fueron actos rectos de juicio.

La Biblia enseña claramente que Dios es el Juez supremo del universo. Después de leer acerca de Uza nos preguntamos, ¿Está Dios calificado para este trabajo? Pues para ser el Juez supremo de cielo y tierra El debería de ser justo. Si el juez supremo es injusto, no podemos esperar que la justicia prevalezca

alguna vez. Nosotros sabemos que los jueces terrenales pueden ser corruptos. Tales reciben sobornos, muestran parcialidad, a veces actúan con ignorancia o cometen errores. Pero no es así con Dios. En El no hay corrupción, nadie puede sobornarlo, Él no es parcial, no muestra favoritismo. *“Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho”* (Deuteronomio 10:17). Nunca actúa en ignorancia y nunca comete errores. La gente puede pedir que se procese a los políticos, pero sólo un necio pediría que se procesara a Dios.

El patriarca Abraham lidiaba con el tema de la justicia de Dios, cuando Él le anunció que iba a destruir a Sodoma y Gomorra. La destrucción de las ciudades sería total—hombres, mujeres y niños. Abraham se turbó, preocupado porque a causa de esta ira divina sobre las ciudades, gente recta perecería junto con los culpables. Si Dios arrasaba las ciudades en un acto de juicio, Abraham temía que el juicio sería indiscriminado, así como un maestro castiga a toda la clase por los pecados de un alumno:

> *Y se acercó Abraham y dijo: ¿Destruirás también al justo con el impío? Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás también y no perdonarás al lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él? Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?* (Génesis 18:23–25)

“El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” Jamás se ha hecho una pregunta más retórica que ésta. Abraham asumió que matar a los justos junto con los malos estaba lejos de toda posibilidad con Dios. “Lejos de Ti el hacer tal.” En realidad, Abraham no podía concebir cuán lejos era de Dios un acto así. No había la mínima posibilidad de que Dios condenara a los rectos junto con los culpables, porque Dios no hace eso. Si lo hiciera, cesaría de ser santo, cesaría de ser Dios.

Dios estuvo dispuesto a condescender con Abraham y le dijo que si encontrara a cincuenta justos en la ciudad, Él la perdonaría. O lo haría por cuarenta y cinco, o por treinta, o por diez. En este punto, Abraham sólo tenía que encontrar diez personas justas para que Dios perdonara la ciudad. El texto

implica que Dios hubiera perdonado la ciudad por una sola persona, si Abraham la hubiese encontrado. ¿Y qué sucedió a Sodoma y a Gomorra?

> *Y subió Abraham por la mañana al lugar donde había estado delante de Jehová. Y miró hacia Sodoma y Gomorra, y hacia toda la tierra de aquella llanura miró; y he aquí que el humo subía de la tierra como el humo de un horno*. (Génesis 19:27–28)

El Juez del cielo y de la tierra hizo lo recto. Ninguna persona inocente fue castigada. La justicia de Dios nunca está divorciada de su rectitud. El jamás condena al inocente, nunca absuelve al culpable, nunca castiga con severidad excesiva, y nunca falla en recompensar a los justos, porque su justicia es perfecta. Pero Dios no siempre actúa con justicia. Algunas veces actúa con misericordia. La misericordia no es justicia, pero tampoco es injusticia. La injusticia viola la rectitud, mientras que la misericordia manifiesta bondad y gracia sin transgredir la justicia. Nosotros podemos ver *no-justicia* en Dios, que es *misericordia*, pero jamás veremos *injusticia* en El.

De nuevo preguntamos, ¿Por qué la diferencia tan obvia entre el tono del nuevo testamento y el del antiguo? El antiguo testamento parece mostrar a un Dios más severo que el que muestra el nuevo. Consideremos el asunto de la pena capital. El antiguo testamento registra numerosos crímenes que son castigados con la muerte, incluyendo los siguientes:

Golpear o maldecir a los padres
Prácticas homosexuales
Profanar las ofrendas de sacrificios
El incesto
El homicidio
La bestialidad
El secuestro
La prostitución de vírgenes
La idolatría
La violación
El sacrificio de niños
Practicar falsas profecías
La blasfemia

Divorcio ilegal
Desobedecer el veredicto
Dar falso testimonio en un
de los jueces caso capital
Consultar videntes y brujos
Profanar los días de reposo

Esta es una lista parcial de los crímenes del antiguo testamento que merecían la pena de muerte. Comparado con el tono del nuevo testamento, la lista parece severa.

Hace unos años, la revista *Time* reportó un incidente que sucedió en Maryland. El conductor de un camión fue arrestado por embriaguez y conducta desordenada. Cuando los policías llegaron a arrestar al hombre, este se portó abusivamente; usó un lenguaje soez y actuó de manera escandalosa insultando a los oficiales. Los policías se enfurecieron con su abuso verbal. Cuando el hombre fue traído frente al magistrado, seguía insultando. La pena máxima que el magistrado podía imponerle por embriaguez y conducta desordenada era una multa de cien dólares y treinta días de cárcel. El magistrado se enojó tanto, que quiso sentenciarlo al máximo. Así que encontró una antigua ley en los libros de Maryland que, aunque estaba en desuso, aún estaba vigente. El estatuto prohibía la blasfemia pública.

Puesto que el hombre había profanado y blasfemado públicamente el nombre de Dios mientras insultaba a la policía, el magistrado le impuso otros cien dólares de multa además de otros treinta días de cárcel. Los editores de *Time* reportaron el incidente en un espíritu de indignación moral. Su queja no era que las multas por blasfemia envolvían una violación de la separación de iglesia y estado. Su indignación era porque a ellos les parecía que encarcelar a un hombre por sesenta días y multarlo por doscientos dólares era una injusticia grotesca. Tal castigo era demasiado severo. Era cruel e inusual.

Evidentemente el editor de la revista no estaba molesto por las multas impuestas por embriaguez y conducta desordenada. Era el castigo por la blasfemia lo que él no podía tolerar. Esto está en abierto contraste al código de la ley de Dios establecido en Israel. Así, el conductor del camión podía regocijarse de no haber sido arrestado por Aarón. En el antiguo testamento los

mejores abogados de Israel no podrían haber logrado una multa de cien dólares por una blasfemia pública. La pregunta es, ¿Qué es peor, emborracharse y crear un disturbio público, o insultar públicamente a Dios? El editor de la revista dio su opinión. Dios dio una diferente. Pues, si las leyes del antiguo testamento estuvieran vigentes, todos los ejecutivos de las cadenas de televisión habrían sido ejecutados hace largo rato.

No podemos negar que el nuevo testamento parece reducir el número de ofensas capitales. En comparación, el antiguo testamento parece radicalmente más severo. Lo que no tomamos en cuenta, sin embargo, es que la lista del antiguo testamento reduce masivamente el número de crímenes capitales incluidos en la lista original. El código del antiguo testamento muestra una condescendencia de la paciencia y la tolerancia divina. La ley del antiguo testamento está asombrosamente llena de gracia.

¿Asombrosamente llena de gracia? Lo diré de nuevo, la lista del antiguo testamento reduce masivamente el número de crímenes capitales incluidos en la lista original. Es una asombrosa medida de gracia. El registro del antiguo testamento es principalmente un registro de la gracia de Dios. ¿Cómo puede ser eso? Pues, debemos volver al principio, a las reglas originales del universo. ¿Cuál fue la pena por el pecado en el orden de la creación original? "*El alma que pecará, ésa morirá*" (Eze. 18:4). En la creación, todo pecado es considerado digno de muerte. Todo pecado es una ofensa capital.

En la creación Dios no estaba obligado a darnos el don de la vida. Él no tiene deuda con nosotros. El regalo de la vida viene por su gracia, y permanece bajo su autoridad divina. La responsabilidad dada a la humanidad en la creación es dar testimonio de la santidad de Dios, llevar su imagen. Fuimos hechos para ser el espejo y el reflejo de la santidad de Dios. Somos hechos para ser sus embajadores. Dios puso a Adán y Eva a prueba y les dijo, "Si ustedes pecan, morirán." El pecado trajo la pérdida del don de la vida. El derecho a vivir es cancelado por el pecado. Cuando alguien peca renuncia a cualquier reclamo sobre Dios para existir. Ahora la gran pregunta: ¿Cuándo se había de exigir la pena por el pecado en la creación? ¿Acaso dijo Dios, "Si tú pecas, algún día morirás"? ¡No! La pena por el pecado fue claramente expresada por Dios: "*Porque el día que de él comieras, ciertamente morirás*" (Gén.2:17). En la

creación la pena por el pecado no era sólo la muerte, sino la muerte instantánea, el mismo día; tan inmediata como la de Nadab y Abiú; tan repentina como la de Uza; tan rápida como la de Ananías y Safira. “El día que peques ciertamente morirás.”

Muchos comentaristas han tratado de suavizar las advertencias divinas interpretando la “muerte” de Génesis 2 como una especie de muerte espiritual. Eso no es lo que dice el texto. La advertencia del castigo de muerte que Dios dio, fue la muerte real en el sentido completo de la palabra. Por cierto, Adán y Eva murieron espiritualmente ese mismo día, pero Dios tuvo misericordia de ellos en términos de la medida total del castigo. Se dice que “la justicia retrasada es justicia denegada.” Pero no siempre. En el caso de la creación y la caída del hombre, la medida total de la justicia fue retrasada, para que la gracia tuviera tiempo de actuar. Aquí, el retraso de la justicia no fue una negación de la justicia, sino el establecimiento de la gracia y la misericordia.

Sin embargo, la pena de muerte fue impuesta y aún está vigente. Toda la gente muere. Podemos vivir hasta cierto número de años y después morir. Pero moriremos porque estamos bajo la pena de muerte por el pecado. Todos estamos sentados en la lista de los sentenciados a muerte esperando la ejecución. El más grande asesino en masa de la historia no fue Adolfo Hitler o José Stalin, sino la naturaleza. Todos caen víctimas de la naturaleza, la cual no opera independiente de Dios. La naturaleza es meramente la vengadora de un Dios santo.

¿Fue injusto que Dios dijera a Adán y a Eva que morirían cuando pecaran? Fíjese, ¿Fue malo que Dios impusiera la pena de muerte por el pecado? Si dices que sí, ten cuidado porque te estás expresando de en una forma caída y pecaminosa que te expone a la pena de muerte. Si dices que sí, estás afrentando el carácter de Dios. Si dices que sí, estás haciendo violencia a su santidad. Si dices que sí, estás atacando al Juez justo de toda la tierra. Si dices que sí, jamás has entendido lo que es el pecado. No tenemos que decir que sí. Tenemos que decir que no y decirlo con convicción. ¿Es injusta la pena de muerte por el pecado? De ninguna manera. Recordemos que Dios nos creó voluntariamente y nos dio el más elevado privilegio de llevar su imagen. Él nos hizo un poco menos que los ángeles. Nos dio el dominio de toda la tierra. Nosotros no somos

tortugas, ni luciérnagas, ni gusanos, ni coyotes. Somos personas. Además, llevamos la imagen del santo y majestuoso Rey del cosmos.

Nosotros no hemos usado el regalo de la vida para el propósito que Dios quería. La vida en este planeta ha llegado a ser el lugar donde diariamente cometemos una traición cósmica. Nuestro crimen es mucho más serio y destructivo que el de un traidor político. Ningún traidor a la patria o al rey ha cometido una traición tan perversa como la que nosotros cometemos delante de Dios. El pecado es una traición cósmica en contra de un Soberano puro y perfecto. Es un acto de suprema ingratitud hacia aquél a Quien le debemos todo, a Quien nos ha dado la vida misma.

¿Ha considerado usted alguna vez las profundas implicaciones del menor de los pecados, del más diminuto pecadillo? ¿Qué le estamos diciendo a nuestro Creador cuando le desobedecemos en lo más pequeño? Le estamos diciendo no a su justicia, le estamos diciendo, "Dios, tu ley no es buena; mi juicio es mejor que el tuyo; tu autoridad no tiene que ver conmigo, yo estoy por encima y más allá de tu jurisdicción, yo tengo el derecho de hacer lo que quiera, no lo que tú me mandes."

El pecado más pequeño es un acto de desafío contra la autoridad cósmica. Es un acto rebelde en el cual nos ponemos en oposición a Quien se lo debemos todo. Es un insulto a su santidad. Nos convierte en falsos testigos de Dios. Cuando pecamos, siendo portadores de la imagen de Dios, le estamos diciendo a la creación entera, a toda la naturaleza bajo nuestro dominio, a las aves del cielo y a las bestias del campo: "Así es Dios. Así es como el Creador se comporta. Miren en este espejo; mírennos y verán el carácter del Todopoderoso." Le decimos al mundo, "Dios es codicioso, cruel, amargado, homicida, ladrón, mentiroso, adúltero. Dios es todas estas cosas que nosotros hacemos."

Cuando la gente se une en el pecado, ellos hablan de "reyes y reinos." Es la peor conspiración. Nosotros pretendemos la corona y conspiramos contra el trono diciéndole a Dios, "Nosotros no queremos que tú reines sobre nosotros." El salmista lo puso así:

¿Por qué se amotinan las gentes, Y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, Y príncipes consultarán unidos Contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, Y echemos de nosotros sus cuerdas. (Salmo 2:1–3)

Cuando pecamos, no sólo cometemos traición contra Dios, sino que también para con nuestros semejantes. El pecado viola a la gente. No hay nada abstracto acerca de ello. Con mi pecado yo hiero seres humanos, lastimo su personalidad, los despojó de sus bienes, arruino su reputación, les robo su calidad preciosa de vida, desmenuzo sus sueños y aspiraciones de ser felices, y demás calamidades. Cuando deshonro a Dios, deshonro a toda la gente que es hecha a su imagen. ¿Es entonces extraño que Dios tome el pecado tan seriamente?

Hans Küng, el controversial teólogo católico-romano, escribiendo acerca de los aparentes severos juicios de Dios en el antiguo testamento, dice que el aspecto más misterioso del pecado no es que el pecador merezca morir, sino que el pecador siga viviendo en la mayoría de los casos. Küng hace la pregunta correcta. El problema no es por qué Dios castiga el pecado, sino por qué El permite que la rebelión humana continúe. ¿Qué príncipe, rey o gobernante desplegaría tanta paciencia con una población tan continuamente rebelde?

La clave para la observación de Küng es que él habla de pecadores que siguen sobreviviendo en el caso común; es decir, que es usual en Dios que Él sea condescendiente. Por cierto, Él es paciente, tolerante, y lento para la ira. De hecho, Él es tan lento para airarse que cuando su ira se desata, nos escandalizamos y nos ofendemos por ello. Con ligereza, nosotros olvidamos que la paciencia de Dios es para guiarnos al arrepentimiento, para darnos más tiempo para la salvación. Y en lugar de aprovechar su paciencia, viniendo humildemente a Él para ser perdonados, abusamos de esa gracia para cometer más pecado, y cada vez más grande en insolencia. Nos engañamos a nosotros mismos si pensamos que a Dios no le importa nuestro pecado o que no puede castigarnos.

La necedad suprema es cuando pensamos que a pesar de nuestra rebelión saldremos bien librados. De manera que, lejos de ser la historia de un Dios cruel, el antiguo testamento es el registro de un Dios que es extremadamente paciente; pues, es la historia de un pueblo de cerviz dura que se rebeló repetidamente

contra Dios. Cuando este pueblo fue esclavo en tierra extraña y clamó a Dios, El escuchó sus gemidos y lo redimió. Les partió el mar Rojo para sacarlos de su esclavitud y ellos respondieron adorando a un becerro de oro.

Pero aún tenemos que resolver la difícil pregunta de lo que sucedió en la conquista de Canaán. Allí, Dios mandó explícitamente la masacre de hombres, mujeres y niños. Israel poseyó la tierra prometida con espada y sangre, sangre de niños y mujeres. Fue Dios quien dio la orden directa para este baño de sangre:

> *Cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra en la cual entrarás para tomarla, y haya echado de delante de ti a muchas naciones, al heteo, al gergeseo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, siete naciones mayores y más poderosas que tú, y Jehová tu Dios las haya entregado delante de ti, y las hayas derrotado, las destruirás del todo; no harás con ellas alianza, ni tendrás de ellas misericordia*. (Deut. 7:1–2)

¿Por qué dio Dios ese mandato? ¿Cómo pudo haber ordenado la masacre de mujeres y niños? Aquí de nuevo encontramos intentos modernos para suavizar estos eventos. Un curso de estudios para estudiantes de escuela superior preparado por una gran organización cristiana en los Estados Unidos explica que a la luz de la revelación del amor de Dios en el nuevo testamento, sabemos que Dios jamás ordenó algo tan violento. El antiguo testamento es solamente el registro de un grupo de guerreros hebreos primitivos que trataron de justificar sus prácticas crueles, atribuyéndoselas al mandato divino. Los escritores del curso no creyeron que Dios hubiese dado jamás ese mandamiento. Para ellos, fue el caso de una intrusión de mitología dentro del registro bíblico. Pero tales interpretaciones pasan por alto algunos aspectos vitales del asunto.

Primero, hay un precedente histórico mucho más severo que el de la conquista de Canaán que es el diluvio. En el diluvio Dios destruyó la población entera del mundo excepto a Noé y su familia. El diluvio fue un "conquista de Canaán" a gran escala. Segundo y más importante, esta interpretación no entiende la naturaleza del pecado. La suposición de los comentaristas es que Dios arrasó con gente inocente en Canaán. Pero de la multitud de mujeres y niños viviendo en Canaán, ninguno era inocente. La conquista de Canaán fue una expresión explícita del justo juicio de Dios sobre una nación perversa. Él le

aclaró este punto a Israel, y también les aclaró que ellos tampoco eran inocentes. No fue como si Dios hubiese destruido a un pueblo perverso por causa de un pueblo justo. Dios derramó su justicia sobre los cananeos, pero sobre los judíos derramó su misericordia. Él fue claro en advertirle y recordarle a los judíos estas sentencias:

> *No pienses en tu corazón cuando Jehová tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas naciones Jehová las arroja de delante de ti. No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de estas naciones Jehová tu Dios las arroja de delante de ti, y para confirmar la palabra que Jehová juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. Por tanto, sabe que no es por tu justicia que Jehová tu Dios te da esta buena tierra para tomarla; porque pueblo duro de cerviz eres tú*. (Deut. 9:4–6)

Tres veces en este pasaje Dios le recordó al pueblo de Israel que no fue por su justicia que El derrotó a los cananeos. Él quería dejar esto claro para que Israel no fuera tentado a pensar que Dios estaba “de parte de ellos” por ser mejores que las naciones paganas. El anuncio de Dios hizo imposible esta inferencia. La santidad de Dios es la esencia de la conquista de Canaán. Fue por su santidad que este acto fue ordenado. Por un lado, Dios actuó para castigar el insulto a su santidad que era perpetuado diariamente por los cananeos. Por el otro, El estaba preparando una tierra y una nación para un propósito santo. Dios mandó que no fuese mostrada misericordia hacia los habitantes de la tierra. Su explicación fue esta:

> *Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo. Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor de Jehová se encenderá sobre vosotros, y te destruirá pronto. Mas así habéis de hacer con ellos: sus altares destruiréis, y quebraréis sus estatuas, y destruiréis sus imágenes de Asera, y quemaréis sus esculturas en el fuego. Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra*. (Deut. 7:3–6)

Dios no escogió a Israel porque era una nación santa. El la escogió para hacerla santa. Israel fue llamada a ser santa en dos sentidos. Por un lado, estaba llamada a ser diferente, a ser apartada como un vehículo para el plan redentor de Dios. Por el otro, estaba llamada a ser santa en el sentido de ser purificada. Las prácticas paganas debían estar ausentes de Israel. Los israelitas iban a ser santificados acercándose a Dios, y la salvación para las naciones vendría a través de ellos. La tierra prometida sería el lugar de donde procedería el Mesías. No había espacio para los santuarios o los ritos paganos. Dios ordenó que la región fuese arrasada, a fin de purgar la tierra para la salvación futura.

Hemos tratado los problemas de los actos de justicia divina que se encuentran en el antiguo testamento. Hemos procurado mostrar que la justicia de Dios no fue caprichosa, ni sin causa. Pero tenemos que agregar que no hay conflicto entre el Dios del antiguo y el del nuevo testamento. Fue el Dios del Antiguo Testamento a quien Cristo llamó, “Padre.” Fue el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, quien de tal manera amó al mundo, que envió a su único Hijo para redimirlo. La comida y la bebida de Jesús fue hacer la voluntad de este Dios. Fue el celo por este Dios lo que consumió a Cristo, el Dios que mató a Nadab, Abiú y a Uza. El mismo Dios que destruyó al mundo con un diluvio, es el mismo que derrama las lluvias de su gracia sobre nosotros.

El falso conflicto entre los dos testamentos puede ser visto en el más brutal acto de la venganza divina jamás registrado en la Escritura. No se encuentra en el antiguo, sino en el nuevo testamento. La más violenta expresión de la ira y la justicia de Dios se puede ver en la cruz. Si alguien ha tenido razones para quejarse de injusticia, fue Jesús. Él fue el único hombre inocente al que Dios ha castigado. Si nos tambaleamos ante la ira de Dios, tambaleémonos ante la cruz. Es aquí donde nuestro asombro debe estar enfocado. Si tenemos causa para indignarnos moralmente, dirijamos esa indignación hacia el Gólgota.

La cruz fue a la vez el ejemplo más horrible y el más hermoso de la ira de Dios. Fue el acto más justo y más lleno de gracia en la historia. Dios hubiera sido más que injusto, hubiera sido diabólico en castigar a Jesús, si Jesús no hubiese estado dispuesto a tomar sobre sí los pecados del mundo. Una vez que Cristo se hizo voluntariamente el Cordero de Dios, cargando nuestros pecados, entonces Él se convirtió en la cosa más vil y grotesca sobre este planeta. Con la

carga de nuestro pecado que El cargó, se hizo completamente repugnante al Padre. Dios derramó su ira sobre esta cosa obscena. Dios hizo a Cristo maldito por el pecado que El llevaba.

Aquí fue donde la justicia de Dios se manifestó perfectamente, y todo fue hecho por nosotros. Pues Él tomó lo que la justicia demandaba de nosotros. Este aspecto, “por nosotros”, es lo que despliega la majestad de la gracia de la cruz, en donde se manifestó al mismo tiempo la gracia y la justicia, la ira y la misericordia. Es demasiado extraordinario para comprenderlo.

Nosotros nos sobrecogemos ante la justicia de Dios porque su expresión es tan inusual. Como Küng observó, el curso usual de Dios es de gracia. De manera que la gracia ya no nos asombra. Nos hemos acostumbrado a ella. La damos por hecho. Tal vez la mejor ilustración de esto se encuentra en las enseñanzas de Jesús:

> *En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*. (Luc. 13:1–5)

Esta es una de las más difíciles “palabras duras” de Jesús. La pregunta es, ¿Qué hay de la gente que Pilato masacró, o de los inocentes que murieron cuando se cayó la torre en Siloé? ¿Estaba Dios en estos eventos? La pregunta era, ¿Cómo podía Dios permitir que estas cosas sucedieran? En realidad, esta pregunta era una acusación disimulada. El conflicto como siempre era, ¿Cómo puede Dios permitir que gente inocente sufra?

Nosotros podemos escuchar las protestas implicadas en esta pregunta. Las dieciocho personas inocentes estaban caminando en la calle, ocupadas de sus propios asuntos. Ellos no estaban interrumpiendo a los constructores de la torre. No estaban huyendo después de haber robado un banco. Sólo estaban allí, en el

lugar equivocado en el momento equivocado, y sufrieron las consecuencias de un fatal accidente. Note la respuesta de Jesús. El no dijo, “Siento mucho escuchar de esta tragedia. Estas cosas suceden y no hay mucho que decir. Fue la mala suerte; fue un accidente. Como buenos cristianos debemos aprender a aceptar lo bueno y lo malo. Sean firmes, pues yo les he enseñado que el que guarda a Israel no se duerme. Pero eso es en realidad una declaración poética un poquito exagerada. ¿No se dan cuenta qué difícil es para mi Padre controlar el universo? Es cansado; de vez en cuando Él tiene que tomar una siesta. La tarde que sucedió esto, Él estaba muy cansado y cabeceó un poco, y estando adormitado la torre se cayó. Lo siento, le voy a hablar a El de su dolor y le diré que sea un poco más cuidadoso en el futuro.”

Jesús no dijo, “Yo sé que les he dicho que mi Padre controla la caída de los pajarillos y tiene contados los cabellos de nuestra cabeza. ¿No se dan cuenta cuántos pajarillos hay volando por allí? ¡Y los cabellos en su cabeza! La tarde que la torre se cayó mi Padre estaba ocupado contando los cabellos de un hombre con mucho pelo. Él estaba tan concentrado en la cabeza de este individuo que no se dio cuenta de la caída de la torre. Le voy a sugerir que ponga sus prioridades en orden y no use demasiado tiempo con los pajarillos y el cabello.” No, en lugar de eso, Jesús reprendió a la gente por asombrarse de lo que no debía. Él les dijo, “Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.” En efecto, Jesús les estaba diciendo: “Ustedes están haciendo la pregunta equivocada. Lo que deberían estar preguntando es, ‘¿Por qué la torre no cayó sobre mi cabeza?’ ”. En dos décadas de enseñar Teología, muchos estudiantes me han preguntado por qué Dios no salva a todos. Sólo en una ocasión un estudiante vino y me dijo, “Hay algo que no puedo explicarme. ¿Por qué Dios me salvó a mí?”

A nosotros no nos sorprende que Dios nos haya redimido. Muy profundamente dentro de nosotros, en la cámara secreta de nuestro corazón, pensamos que Dios tiene que tener misericordia de nosotros. El cielo no sería lo mismo si nosotros estuviésemos excluidos de él. Sabemos que somos pecadores, pero no tan malos como podríamos serlo. Hay suficientes cualidades para redimir en nuestra personalidad, que si Dios es realmente justo, Él nos incluirá entre los salvos. Lo que nos asombra es la justicia, no la gracia.

Nuestra tendencia a asumir que merecemos la gracia fue poderosamente demostrada mientras enseñaba a estudiantes universitarios. Yo enseñaba un curso del antiguo testamento a doscientos cincuenta estudiantes en una universidad cristiana. El primer día de clases expliqué cuidadosamente las tareas del curso. Por experiencia sé que los reportes escritos requieren una elaboración especial. Así, este curso ameritaba tres reportes cortos. Acto seguido, expliqué a los estudiantes que el primero debía estar en mi escritorio el último día de septiembre por la tarde. No habría extensiones, excepto para estudiantes hospitalizados o bien para casos de esa índole. Si este reporte no se entregaba a tiempo, el estudiante recibiría un cero. Los estudiantes dijeron haber entendido los requerimientos.

El último día de septiembre, doscientos veinticinco estudiantes me entregaron sus reportes, otros veinticinco se pararon frente a mí, temblando aterrorizados y llenos de remordimiento. Ellos exclamaron, “Oh profesor Sproul, lo sentimos mucho, no organizamos nuestro tiempo adecuadamente, y todavía no nos hemos ajustado a la universidad, por favor no nos dé un cero, denos una extensión.” Yo cedí. “Muy bien,” les dije, “Les daré una oportunidad en esta ocasión, pero recuerden que la próxima tarea es para el último día de octubre.” Los estudiantes me agradecieron profusamente e hicieron solemnes promesas de ser puntuales para su próxima tarea.

Cuando vino el último día de octubre, doscientos estudiantes vinieron con sus reportes. Cincuenta vinieron con las manos vacías. Se veían nerviosos, pero no con pánico. Cuando les pregunté por sus reportes, se mostraron contritos: “Oh, profesor, fue una semana de fiesta. Además, es la época de exámenes y hemos tenido otras tareas en otras clases. Por favor denos otra oportunidad. Le prometemos que no volverá a suceder.” Una vez más accedí y les dije, “Está bien, pero ésta es la última vez. Si se retrasan para su próxima tarea les daré un cero. No excusas, no lamentos—cero. ¿Está claro?” “Oh, sí profesor, es usted maravilloso.” Espontáneamente la clase comenzó a cantar, “Lo amamos profesor Sproul, oh sí, lo amamos.” Me convertí en el señor Popularidad.

¿Pueden imaginarse lo que sucedió el último día de noviembre? Exacto. Ciento cincuenta estudiantes vinieron con sus reportes. Los otros cien entraron a la clase completamente indiferentes. “¿Dónde están sus reportes?” les

pregunté. Un estudiante respondió, “Oh, no se preocupe profesor, estamos trabajando en ellos. Se los traeremos en un par de días. No se afane.”

Yo tomé mi mortal libro negro de calificaciones y comencé a llamarlos por sus nombres.

“Johnson, ¿tienes tu reporte?”
“No señor,” fue la respuesta.
“Cero,” dije, mientras escribía la calificación en el libro.
Muldaney, tienes tu reporte?”
De nuevo, “No señor,” fue la respuesta. Anoté otro cero en el libro.

Los estudiantes reaccionaron con furia incontrolable. Lamentaron, protestaron y gritaron, “¡Eso no es justo!”.

Miré a uno de los estudiantes protestadores y le pregunté, “Lavery, ¿piensas tú que esto no es justo?” “Sí,” respondió. “Ya veo. ¿Es justicia lo que quieres? Me parece que tú entregaste tarde tu reporte la última vez. Si insistes en recibir justicia, la recibirás. No te voy a dar un cero sólo por este reporte, sino también por el anterior.”

Los estudiantes se quedaron petrificados. El no tuvo más argumentos; se disculpó por precipitarse y repentinamente se mostró feliz de tener un cero en lugar de dos.

Los estudiantes habían tomado fácilmente mi misericordia como obligatoria, asumiendo que se la merecían. Cuando de repente la justicia llegó, no estaban preparados y se sintieron conmocionados e indignados. Esto fue sólo después de dos dosis de misericordia en el espacio de dos meses.

Normalmente, la actividad de Dios conlleva más misericordia de la que yo mostré con mis estudiantes. La historia del antiguo testamento cubre cientos de años. Durante este tiempo, Dios fue repetidamente misericordioso. Cuando su juicio divino cayó sobre Nadab o Uza, la respuesta fue conmoción e indignación. Una vez que nos acostumbramos a que Dios sea misericordioso, el próximo paso es fácil: la demandamos. Cuando ésta no llega, nuestra primera respuesta es enojo contra Dios, aunado a la protesta: “Eso no es justo.”

Olvidamos rápidamente que con nuestro primer pecado hemos renunciado a todos los derechos del regalo de la vida, que el tener aire para respirar por la mañana es un acto de misericordia divina. Dios no me debe nada. Yo le debo a El todo. Si El permite que una torre caiga sobre mi cabeza, yo no puedo reclamar injusticia.

Uno de nuestros problemas básicos es la confusión de la justicia con la misericordia. Vivimos en un mundo donde suceden las injusticias. En algún momento, todos hemos sido víctimas de injusticias a manos de otras personas. La gente se relaciona una a la otra con injusticia. Una cosa es cierta: no importa cuanta injusticia haya yo recibido de manos de otra persona, yo nunca he sufrido la más mínima injusticia de la mano de Dios.

Supongamos que una persona me acusa falsamente de robar dinero, y soy arrestado y llevado a la prisión. Humanamente he sido víctima de una gran injusticia y tengo todo el derecho de clamar a Dios y pedirle reivindicación en este mundo. Puedo quejarme de haber sido perseguido falsamente. Dios está airado con la gente que me ha puesto injustamente en la prisión y promete reivindicarme algún día. Las injusticias son reales y suceden todos los días en este mundo.

Pero todas estas injusticias que sufrimos son de naturaleza horizontal. Ellas suceden entre los personajes de este mundo. Sin embargo, mas allá y por encima de este mundo está el gran Juez de todos. Mi relación con Él es vertical. En términos de esa relación vertical, yo nunca sufro injusticia. Aunque la gente me maltrate, Dios nunca lo hace. El hecho de que Dios permita a una persona tratarme injustamente es justo de parte de Dios. Aunque yo puedo quejarme con Dios acerca de esta injusticia humana, horizontal, que he sufrido, yo no puedo acusar a Dios de cometer una injusticia vertical por permitir que tal injusticia caiga sobre mí. Dios sería perfectamente justo si permitiese que me arrojaran en una prisión de por vida por un crimen que yo no cometí. Yo puedo ser inocente delante de otra gente, pero soy culpable delante de Dios.

Con frecuencia culpamos a Dios por las injusticias hechas contra nosotros y abrigamos en nuestras almas la amarga sensación de que Dios no ha sido justo con nosotros. Aun si reconocemos que Él es un Dios de gracia, pensamos que no lo ha sido lo suficiente con nosotros. Pensamos que merecemos más. Por

favor, fíjese en esta oración de nuevo: *Nosotros pensamos que merecemos más gracia*. ¿Cuál es el problema con esta oración? Gramáticalmente está bien. Pero hay algo terriblemente equivocado con su contenido y significado.

Es imposible que alguien, en algún lugar, en algún momento merezca la gracia. La gracia es por definición inmerecida. Tan pronto como hablamos de merecer algo, ya no estamos hablando de gracia sino de justicia. Sólo la justicia puede ser merecida. Dios nunca está obligado a ser misericordioso. La misericordia y la gracia tienen que ser voluntarias o ya no son misericordia y gracia. Dios nunca "debe" gracia. Él nos recuerda más de una vez: "Tendré misericordia de quien yo tenga misericordia" (Ex. 33:19). La misericordia es una prerrogativa divina. Dios se reserva para sí mismo el supremo derecho de otorgar clemencia.

Suponga que diez personas cometen el mismo pecado. Suponga que Dios castiga a cinco de ellos y tiene misericordia de los otros cinco. ¿Es esto injusticia? ¡No! En este caso, cinco personas reciben justicia y cinco misericordia. Ninguno recibe injusticia. Lo que nosotros usualmente asumimos es esto: si Dios es misericordioso con cinco, tiene que ser igualmente misericordioso con los otros cinco. ¿Por qué? Él nunca está obligado a ser misericordioso. Si Él tiene misericordia de nueve personas entre diez, la décima no puede reclamar ser víctima de injusticia. Dios nunca le debe misericordia a nadie. Dios no está obligado a tratar a toda la gente de la misma manera. Tal vez sería bueno decir esto de nuevo: *Dios no está obligado a tratar a toda la gente de la misma manera*. Si Él alguna vez fuese injusto con nosotros, tendríamos razón para quejarnos. Pero simplemente porque le otorga su misericordia a mi vecino, yo no puedo reclamar que Él la tenga conmigo. De nuevo, debemos enfatizar que la misericordia siempre es voluntaria. *"Tendré misericordia de quien yo tenga misericordia."*

Lo único que yo puedo recibir de Dios es justicia o misericordia. Yo nunca recibiré injusticia de su mano. Nosotros podemos pedir que Dios nos ayude a obtener justicia de las manos de otra gente, pero sería absolutamente descabellado pedirle que nos haga justicia El mismo. Yo advierto a mis estudiantes: "Jamás le pidan a Dios justicia—podrían conseguirla." Es la confusión entre la justicia y la misericordia, la que nos hace encogernos de

horror cuando leemos las historias de Nadab, Abiú y Uza. Cuando la justicia de Dios cae, nos sentimos ofendidos porque pensamos que Dios nos debe perpetua misericordia. Pero no debemos tener su gracia como algo obligatorio. Nunca debemos perder la capacidad de maravillarnos por su gracia. Nosotros cantamos el himno, *Sublime Gracia*, pero cuya letra tendemos a tornar así:

Asombrosa justicia, aguda y cruel
Que a este santo hirió;
Si soy tan bueno, absurdo fue,
¡La torre en mi cayó!

Recuerdo haber predicado un "sermón de práctica" en mi clase de predicación en el seminario. En este sermón yo estaba exaltando las maravillas de la gracia de Dios. Como dice el himno, yo hablé de la "gracia de Dios, infinita gracia."

Al final de mi sermón el profesor me preguntó, "Sr. Sproul, ¿de dónde sacó usted la idea de que la gracia de Dios es infinita? ¿Acaso no hay límite para la gracia?" Tan pronto como me hizo esa pregunta, yo supe que había un problema. Le cité las estrofas y las líneas del himno que me enseñaba eso, pero de ninguna manera pude encontrar ningún verso bíblico que enseñara que la gracia de Dios es infinita. La causa por la cual no encontré ese versículo para apoyar mi afirmación, es porque no hay ninguno. La gracia de Dios no es infinita. Dios es infinito y es lleno de gracia. Nosotros experimentamos la gracia de un Dios infinito, pero la gracia no es infinita. Dios ha puesto límites a su paciencia y tolerancia. Él nos advierte una y otra vez que algún día el hacha caerá y su juicio será derramado.

Puesto que nuestra tendencia es a asumir que la gracia siempre tiene que demostrarse, yo supongo que Dios vio la necesidad de recordarnos, de vez en cuando, que su gracia no debe ser asumida. En ciertos momentos, raros y dramáticos, muestra el terrible poder de su justicia. El mató a Nadab y a Abiú, mató a Uza, ordenó la masacre de los cananeos, como si estuviera diciendo, "Tengan cuidado. Mientras ustedes disfrutan los beneficios de mi gracia, no se olviden de mi justicia. No olviden la gravedad del pecado. Recuerden que yo soy santo."

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas

Mientras que reflexiona sobre lo que ha aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas o discútalas con un amigo:

1. ¿De qué modo lo atemoriza la justicia de Dios? ¿De qué manera le consuela?
2. ¿Cuál es su respuesta cuando usted se da cuenta que merece morir por causa de su pecado?
3. ¿Cuál es su respuesta cuando se da cuenta que la justicia de Dios exigió la muerte de Cristo por usted?
4. ¿De qué manera le ha mostrado Dios su misericordia?

Capítulo Siete
Paz y Guerra con un Dios Santo

Si el hombre no está hecho para Dios ¿por qué sólo en Dios es feliz? Si el hombre es hecho para Dios ¿por qué es tan opuesto a Dios?

BLAISE PASCAL

El registro bíblico contiene historias de hombres y mujeres que han luchado con Dios. El nombre *Israel* significa "el que pelea con Dios." Dios es santo, trascendente, superior a nosotros; sin embargo, es un Dios con el cual podemos luchar. En tal contienda, la meta no es la guerra final, sino la paz final. Y algunos la han encontrado. En este capítulo, miraremos ejemplos de personas que han ido al cuadrilátero con Dios y han salido con paz. Veremos a Jacob, a Job, a Habacuc y a Saulo de Tarso. Luego examinaremos lo que significa estar en paz con Dios.

Jacob fue un bribón. Su nombre significa "suplantador." Engañó a su padre, le hizo fraude a su hermano, y se alió en una impía conspiración con su madre. Es duro imaginarse que el hijo de Isaac y el nieto de Abraham pudiera ser tan corrupto. Pero en el curso de su vida, Jacob atravesó por una radical transformación. Comenzó en Betel:

> *Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán. Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar*. (Génesis 28:10–11)

Viajar en la antigua Palestina era con frecuencia una aventura arriesgada. La noche estaba llena de peligros de ladrones y bestias salvaje. En la ruta de Jacob no había lugares donde él pudiera alojarse. Cuando el sol se ocultó, acampó bajo las estrellas y usó una piedra como almohada. Esa noche tuvo un sueño que estaba destinado a cambiar su vida:

> *Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella, el cual*

dijo: Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho. (Génesis 28:12–15)

La "escalera de Jacob" que vio en su sueño, sirvió como un puente entre el cielo y la tierra. Hasta ese momento Jacob no tenía relación con las cosas celestiales. Él tenía una profunda conciencia de la *ausencia de Dios*. Parece extraño que un hijo de Isaac y nieto de Abraham fuera tan "secular." Abraham había hablado con Dios. Seguramente el joven Jacob se había sentado alrededor de las fogatas y escuchado las historias de su padre y su abuelo. Él tuvo que haber conocido acerca del mandato de Dios a Abraham para sacrificar a Isaac sobre un altar en el monte Moria.

Jacob vivió una vida mundana. Las conversaciones sobre asuntos celestiales le habían hecho muy poca impresión. Su mente estaba fija en la tierra. Hasta donde él sabía, había una brecha sin puente entre el cielo y la tierra. Si había un Dios, era tan remoto, tan absolutamente trascendente que no tenía relevancia en su vida. Este Dios de quien sus padres hablaban era demasiado alto para alcanzarlo, hasta que tuvo el sueño.

El sueño era de una escalera, un punto de contacto entre lo santo y lo profano. Sobre la escalera Jacob vio ángeles ascendiendo y descendiendo del cielo hacia la tierra y viceversa. El tráfico era continuo. En el tope de la escalera Jacob vio la figura de Dios quien le habló confirmándole la promesa que le había hecho anteriormente a Abraham y a Isaac. Esa promesa continuaría por las futuras generaciones pasando a través de él, convirtiéndolo así en el transmisor del pacto que Dios había jurado. Dios prometió estar con Jacob dondequiera que él fuera, hasta que las promesas se cumpliesen.

¿Qué le sucedió a la escalera de Jacob? La imagen desapareció virtualmente de la historia del antiguo testamento. Pasaron los siglos sin que se le mencionara. Repentinamente, apareció de nuevo en el nuevo testamento:

Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret.

Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno?

Le dijo Felipe: Ven y ve.

Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño.

Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.

Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel.

Respondió Jesús y le dijo: ¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que estas verás. Y le dijo: De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre. (Juan 1:45–51)

Las palabras de Jesús a Natanael fueron radicales. En esta conversación El declaró que El mismo es la escalera de Jacob. Él es el puente entre el cielo y la tierra; es El que cierra el abismo entre el Trascendente y los simples humanos. Los ángeles de Dios ascienden y descienden sobre El, y hace que el Dios ausente se haga presente entre nosotros. ¿Fue esto lo que Jacob vio indistintamente en forma de penumbra?

Cuando Jacob despertó de su sueño, estaba conmocionado. Fue sobrecogido por el poder de esta visión nocturna:

"Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo." (Gén. 28:16–17)

El nombre del lugar donde Jacob tuvo su sueño llegó a ser conocido como Betel. En Hebreo, la palabra *Betel* significa "casa de Dios." Allí no había tabernáculo, templo o iglesia. Jacob le llamó la casa de Dios, porque allí el Santo se reveló a sí mismo. Las palabras de Jacob son típicas de la forma en que la cultura contemporánea se siente. La nuestra es época en que la gente siente la ausencia de Dios. No vemos zarzas ardientes, pilares de fuego, ni Cristos encarnados caminando entre nosotros. Nos sentimos abandonados, lanzados a las aguas de un universo hostil, o aún peor, indiferente. Parece que estuviésemos encerrados en un mundo en el cual no hay salida, ni escalera para las estrellas.

Jacob sintió lo mismo hasta que tuvo este sueño. Sus palabras son relevantes para nuestros días: *"Ciertamente Jehová está en este lugar y yo no lo sabía."* Dios había estado allí todo el tiempo. Él no estaba lejos de Jacob, pero Jacob había vivido toda su vida sin estar consciente de su presencia. Esta trágica ignorancia de la presencia de Dios es escenificada diariamente en la vida de millones de personas en nuestros días. Dios está aquí, pero nosotros estamos ajenos. En el momento en que nos hacemos conscientes de su divina presencia, también comienza el más profundo conflicto personal que una persona puede experimentar. El sueño no fue el fin del conflicto de Jacob. Fue el principio de un conflicto que habría de permanecer, y desde ese momento en adelante, el comenzó a luchar por su propia alma.

"¡Cuán terrible es este lugar!" Esta fue la respuesta de Jacob al encontrarse en la casa de Dios. Normalmente la gente no se siente así en la iglesia. No hay sentido de asombro al estar en la presencia de Uno que nos hace temblar. La gente asombrada nunca se queja de estar aburrida en la iglesia. Los académicos no se ponen de acuerdo sobre el momento preciso de la conversión de Jacob. Algunos dicen que fue en Betel; otros, que fue más tarde, cuando tuvo su terrible y decisiva lucha con Dios:

> *Y se levantó aquella noche, y tomó sus dos mujeres, y sus dos siervas, y sus once hijos, y pasó el vado de Jaboc. Los tomó, pues, e hizo pasar el arroyo a ellos y a todo lo que tenía. Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se*

descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba.

Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices.

Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre?

Y él respondió: Jacob.

Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.

Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre.

Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí.

Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma. (Gén. 32:22–30)

Obviamente, el "varón" contra el cual Jacob luchó era más que un hombre—era el ángel de Dios. La batalla fue fiera, extendiéndose toda la noche sin que ninguno de los contendientes ganara ventaja. Finalmente, el ángel de Dios usó el abrumador poder de Dios para tocar el encaje de la cadera de Jacob. La "victoria" de Jacob no fue de conquista sino de sobrevivencia. El salió del duelo, pero quedó cojeando por el resto de su vida.

La discusión con el ángel acerca de los nombres es significativa. El ángel demandó a Jacob su nombre, lo cual era una costumbre similar a la que existe hoy de indicar sometimiento, usando la palabra "jefe." Para un contendiente decir su nombre significaba que reconocía la superioridad de su contrincante. Cuando Jacob sometió su nombre, él sometió su alma, renunció a la autoridad sobre su vida. Con el sometimiento, vino un nuevo nombre y una nueva identidad, *Israel*.

En la derrota Jacob aún esperaba un retiro, un empate que dejara su orgullo intacto. Aún una decisión dividida ayudaría. Él le dijo al ángel, "por favor, dime tu nombre." Note la diferencia en el asunto del intercambio de nombres. El ángel le demandó su nombre a Jacob y él lo sometió. Jacob, cortésmente le preguntó su nombre al ángel y no lo logró. Este fue el acto final de la conquista

divina. No hay decisiones divididas con Dios. Cuando luchamos con el todo Todopoderoso perdemos. Él es el invencible campeón del universo.

El Dios santo no puede ser derrotado en un combate personal. Pero hay consolación aquí: Jacob luchó con Dios y vivió. Fue derrotado, quedó lastimado, pero sobrevivió la batalla. Al menos, de esto podemos aprender que Dios se comprometerá con nosotros en nuestras luchas honestas. Podemos pelear con el Santo. Ciertamente, para que el poder transformador de Dios cambie nuestras vidas, debemos pelear con El. Si queremos saber lo que significa experimentar la dulzura de someter nuestros nombres, debemos saber lo que es pelear con Dios toda la noche.

Nadie jamás tuvo un debate más vivo y estridente con Dios que Job. Si algún hombre parece haber tenido el derecho de desafiar a Dios, fue Job quien había sido declarado justo por Dios mismo y a pesar de ello fue afligido con inmensurable miseria. El pobre Job luce en este drama como si fuese nada más que una pieza en una batalla cósmica entre Dios y Satanás. Dios permitió que Job fuese puesto bajo prueba. Sus posesiones fueron robadas; su familia fue destruida; y finalmente fue afligido con sarna. El no encontró alivio para su dolor. Su angustia física pronto afectó su alma.

Una vez hablé con una anciana que combatía el cáncer con quimioterapia, y que sufría los efectos laterales de náusea por el tratamiento. Le pregunté cómo se sostenía su estado de ánimo, y me ofreció una honesta respuesta: "Es duro ser cristiano cuando su cabeza está en el inodoro." La mujer entendía la estrecha conexión entre el cuerpo y el alma. Es extremadamente difícil ser espiritual cuando el cuerpo está afligido con dolores incesantes. Pero Job no blasfemó. El exclamó, *"He aquí, aunque El me matare, en El esperaré"* (Job 13:15). Aun su esposa trató de convencerlo que se suicidara. Su consejo fue simple y directo: *"Maldice a Dios y muérete"* (Job 2:9). Job rehusó tomar la salida fácil. El sufrió el consejo de los necios al escuchar las palabras de sus amigos. Finalmente, desafió a Dios respecto a su situación. Enfrentó a Dios solo, luchando y batallando por respuestas a su miseria. La respuesta de Dios realmente no fue muy alentadora:

> *Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino, y dijo: ¿Quién es ése que oscurece el consejo Con palabras sin sabiduría? Ahora ciñe*

> *como varón tus lomos; Yo te preguntaré, y tú me contestarás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios? ¿Quién encerró con puertas el mar, cuando se derramaba saliéndose de su seno, cuando puse yo nubes por vestidura suya, y por su faja oscuridad, y establecí sobre él mi decreto, le puse puertas y cerrojo, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas?* (Job 38:1–11)

Este fue un examen oral difícil. Job demandó respuestas de Dios. En lugar de respuestas, recibió a cambio un manojo de preguntas. Dios reprendió a Job por arrojar una sombra oscura sobre la sabiduría divina con su ignorancia. Era como si Dios le dijera: “Muy bien Job, ¿Tú quieres interrogarme? Está bien, yo te contestaré, pero primero tengo algunas preguntas para ti.” Como balas de una ametralladora, Dios disparó sus preguntas, cada una más temible que la anterior. Finalmente, Job habló:

> *Entonces respondió Job a Jehová, y dijo: He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca. Una vez hablé, mas no responderé; Aun dos veces, mas no volveré a hablar*. (Job 40:3–5)

Considere la imagen que Job usó. Él dijo que pondría su mano sobre su boca. Se ató a sí mismo. Cubrió sus labios con su mano para que ya no salieran más palabras necias. Estaba apenado por haber desafiado a Dios. Reconoció que sus palabras habían sido pretenciosas. Había dicho todo lo que quería decir. Mas la interrogación continuó. Dios aún no había terminado con su examen. El hizo una serie de preguntas que abrumaron a Job: “¿Invalidarás mi juicio? ¿Me condenarás a mí para justificarte tú?” (Job 40:8).

Aquí el asunto es sencillo. El desafío de Job vuela entre los dientes de la justicia divina. Sus acusaciones eran un insulto a un Dios santo. La pregunta de Dios resonó en los oídos de Job: ¿Me condenarás a mí para justificarte tú? No hay duda que Job deseaba ser justificado. Estaba cansado de las acusaciones de sus amigos. No entendía por qué era tan miserable. El oró para ser vindicado, pero su deseo había ido muy lejos. Estaba al borde de negociar la justicia de

Dios por la suya. Había cruzado la línea en el debate, sugiriendo que tal vez Dios había hecho maldad. Dios le pidió que rectificara, "¿Quieres condenarme para ser tú exonerado?"

El peso completo de las preguntas de Dios cayó sobre Job. Casi fue aplastado por ellas. Finalmente quitó su mano de su boca y habló de nuevo. Esta vez no hubo acusaciones en sus palabras. El rompió su voto de silencio sólo para expresar su contricción:

> *Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; Te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza*. (Job 42:2–6)

Al leer esta sección del libro de Job, podemos tener la idea de que Dios estaba intimidando a Job. Él estaba preguntando, y Dios le dijo a Job que le contestaría sus preguntas, pero las respuestas nunca vinieron. En realidad, había una condición conectada a la promesa de responder: Job tenía que dar sus respuestas primero. Pero Job falló el examen. Entonces Dios no le dio sus respuestas.

Sin embargo, Job quedó satisfecho, Aunque Dios no le dio respuestas, las preguntas de Job cesaron. El recibió una respuesta más elevada que la que una réplica directa le habría provisto. Dios respondió a las preguntas de Job no con palabras sino consigo mismo. Tan pronto como Job vio quién es Dios, quedó satisfecho. Ver la manifestación de Dios fue todo que él necesitó. Fue capaz de dejar todos los detalles en las manos de Dios. Una vez que Dios ya no estuvo envuelto en el manto del misterio, Job pudo vivir cómodamente con unas pocas preguntas sin contestar. Cuando Dios apareció, Job estaba tan ocupado arrepintiéndose que ya no tuvo tiempo para otros desafíos. Su indignación fue redirigida hacia sí mismo: *"Me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza."*

Ocupémonos ahora de otro hombre del antiguo testamento que desafió a Dios. Fue el profeta Habacuc quien fustigó a Dios por hacer cosas que ofendían

su sentido de justicia. El profeta se sintió agraviado de que el pueblo de Dios sufriera a manos de una nación que era más perversa que ellos mismos. Aparentemente, lucía como si Dios hubiese olvidado sus promesas a los judíos y se hubiese cambiado de bando, aliándose con la perversa Babilonia. Para Habacuc esto era comparable a que un judío moderno se preguntara si Dios estaba del lado de Hitler durante el holocausto. La queja de Habacuc quedó registrada con una ruidosa protesta:

> *¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás? ¿Por qué me haces ver iniquidad, y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de mí, y pleito y contienda se levantan. Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad; por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia*. (Habacuc 1:2–4)

Habacuc estaba encendido en cólera. Su queja fue tan ardiente que se sobrepasó un poco. Él dijo, “La justicia nunca prevalece.” Ciertamente en este mundo hay injusticias que esperan una rectificación final, pero decir que la justicia *nunca* prevalece es sobrepasarse. Igual que Job, Habacuc demandó respuestas. Entró al cuadrilátero con Dios y estaba preparado para la contienda. Se puso sobre su guardia esperando una respuesta del Todopoderoso. Cuando Dios finalmente habló, la reacción de Habacuc fue como la de Job:

> *“Oí, y se conmovieron mis entrañas; A la voz temblaron mis labios; Pudrición entró en mis huesos, y dentro de mí me estremecí;”* (Habacuc 3:16)

La respuesta del profeta fue como la de un pequeño niño que es azotado por su padre. Su corazón palpitó y sus labios comenzaron a temblar. Todos hemos visto a los niñitos al borde de las lágrimas. Ellos tratan de contenerse, pero el temblor de su labio inferior los delata. Aquí estaba un hombre adulto cuyos labios temblaban en la presencia de Dios. El sentía una especie de corrosión interna, una decadencia que invadía sus huesos. La estructura esquelética de este hombre se sentía desplomar. El temblor del *misterium tremendum* atacó sus piernas; sus rodillas chocaban una con otra. Acto seguido, retiró de su contienda con Dios, pero con piernas tambaleantes.

Con la aparición de Dios, todas las airadas protestas de Habacuc cesaron. Repentinamente el tono de sus palabras cambió de un amargo desánimo a una inconmovible confianza y esperanza:

> *Aunque la higuera no florezca, Ni en las vides haya frutos, Aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; Con todo, yo me alegraré en Jehová, Y me gozaré en el Dios de mi salvación*. (Habacuc 3:17–18)

Habacuc era ahora tan intenso en su gozo como lo había sido en su desánimo. Él pudo descansar absolutamente en la soberanía de Dios. Sus palabras, traducidas al lenguaje moderno sonarían algo así: “Aunque el presupuesto nunca esté balanceado y el mercado de valores caiga, aunque el precio de la comida se vaya hasta las nubes y mi hijo nunca se recobre de su enfermedad, aunque pierda mi trabajo y aunque perdamos nuestra casa, con todo, yo me regocijaré en el Dios de mi salvación.”

Jacob, Job y Habacuc, todos le declararon la guerra a Dios. Ellos arremetieron contra las fortalezas del cielo. Todos ellos fueron derrotados, sin embargo, salieron de la batalla con sus almas elevadas. Pagaron un precio en pena. Dios permitió el debate, pero la batalla fue intensa antes de que la paz fuese establecida.

Saulo de Tarso sintió la misma abrumadora conquista de parte de Dios. Él era un fanático del fariseísmo que repudiaba totalmente la aparición de una nueva secta llamada, cristianismo. Estaba resuelto a hacer desaparecer el cristianismo de la faz de la tierra. Comisionado por las autoridades, él fue de casa en casa acosando a los cristianos y arrojándolos a la prisión. Estuvo presente cuando apedrearon a Esteban y aplaudió el acto. Se regocijó cuando fue asignado a ir a Damasco para continuar con su masacre de cristianos. Fue en el camino de Damasco que se encontró con el Santo. El recuerda la escena durante su juicio ante el rey Agripa:

> *Cuando a mediodía, oh rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo. Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una*

voz que me hablaba, y decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.

Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor?

Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.

Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial. (Hechos 26:13–19)

Saulo era celoso en su búsqueda de la justicia. Él era un fariseo de fariseos, un hombre dedicado a la perfección moral. Lo irónico de su celo es que mientras este crecía, aumentaba su oposición por la obra de Dios. No porque Dios esté opuesto a la búsqueda de la justicia, sino porque Él se opone al orgullo y la arrogancia. Él se opone a aquellos que se envanecen en propia justicia. Mientras Saulo estaba convencido de que luchaba por Dios, en realidad estaba luchando contra Él. En esta irónica batalla, él estaba destinado a una confrontación definitiva con el mismo Cristo al que se oponía.

Uno de los nombres por los cuales Dios se reveló en el antiguo testamento es el nombre de *El Shadai*. Este nombre significa “el tronador” o “el Todopoderoso.” Fue con este nombre que Dios se apareció a Job. Lo que Job experimentó fue el sobrecogedor poder de un Dios soberano que se impone sobre todo hombre y que no puede ser dominado por nadie. Saulo se encontró con el poder del Todopoderoso en el camino de Damasco.

La experiencia de Saulo en el camino del desierto comenzó con la aparición de una luz refulgente. El camino del desierto al mediodía era un lugar donde la brillantez del sol era particularmente fuerte. Bajo condiciones normales la luz del sol allí es intensa. Para que cualquier otra luz fuese notada en medio del sol del desierto, tiene que haber sido una luz extraordinaria. Saulo habló de ella

como una luz más brillante, más radiante que el sol. El la describió como una luz del cielo.

La expresión “luz del cielo” no significa una luz desde el cielo. Saulo estaba en la presencia de la gloria celestial de Dios. La gloria de Dios es la manifestación externa de su santidad. La refulgencia de su gloria es tan titilante, tan brillante, que eclipsa al sol del mediodía. En el libro de Apocalipsis nosotros leemos de la apariencia de la nueva Jerusalén, la ciudad que desciende del cielo:

> *Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera*. (Apocalipsis 21:22–23)

La nueva Jerusalén no tiene sol simplemente porque no tiene necesidad de sol. La gloria de Dios y de su Cristo es tan brillante que el sol mismo es opacado por ella. Saulo fue enceguecido por sus rayos. Considere lo que sucede a la gente si ellos miran directamente hacia el sol. En tiempos de eclipse solar la gente es atraída por el extraño espectáculo de una sombra pasando sobre el sol. Hay una fuerte tentación de mirar hacia él; sin embargo, aun con eclipse nosotros encontramos que es doloroso y peligroso mirar directamente al sol. Los noticieros nos advierten no hacerlo, pues corremos el peligro de dañar nuestros ojos. Si no es posible mirar directamente hacia el son durante un eclipse, ¿cuánto más severa sería la brillantez que literalmente deslumbra al sol? La gloria de Dios alcanza una magnitud de brillantez mucho más allá de la que el sol alcanza cuando brilla en toda su fuerza.

Ningún ángel se apareció para pelear con Saulo. Pero una fuerza sobrenatural lo derribó al suelo. En un instante Saulo quedó ciego. No hubo advertencia, ni susurro de viento que lo alertara. Soberana y poderosamente fue derribado por completo al suelo del desierto. Con la luz del cielo, vino una voz descrita más tarde como el sonido de muchas aguas, una voz que ruge como una explosiva catarata que cae sobre rocas. Saulo dice que la voz le habló en Arameo, el lenguaje nativo de Jesús. La voz se dirigió personalmente a Saulo repitiendo su nombre: “Saulo, Saulo.” Esta doble forma de dirigirse indicaba una intimidad personal. Fue la manera en que Dios se dirigió a Moisés en la

zarza ardiendo y a Abraham en el monte Moria. Fue la forma en que Jesús lloró sobre Jerusalén y se dirigió a su Padre en las horas tenebrosas de la cruz.

"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Note que la voz no preguntó a Saulo por qué estaba persiguiendo a la iglesia de Cristo. Fue más bien, "¿Por qué me persigues *a mí*? Atacar a la iglesia de Cristo es atacarlo a Él. Luego preguntó: "¿Por qué das coces contra el aguijón?" Los aguijones eras agudos clavos implantados en un marco de madera pegado a las carretas detrás de los bueyes que las tiraban. Si un buey se ponía terco y rehusaba moverse hacia delante, a veces manifestaba su terquedad dando patadas hacia atrás en los clavos. Imagine cuán absurdo sería que un buey después de patear los clavos, se pusiera tan furioso que los volviera patear una y otra vez. Mientras más da coses contra los clavos, más dolor se provoca a sí mismo. Es como si un hombre se golpeara la cabeza contra la pared, encontrando alivio en cuán bien se siente al dejar de hacerlo.

La voz le estaba diciendo a Saulo, "¡Tú, buey necio! ¡Cuán estúpido es seguir dando coses contra los aguijones. Tú no puedes ganar. Tu batalla es fútil. Es el momento de rendirse." La respuesta de Saulo fue a una simple, aunque significativa pregunta: "¿Quién eres tú Señor?". Saulo no sabía la identidad de Aquel que lo estaba doblegando, pero de una cosa estaba seguro, quienquiera que fuera, Él era el Señor. Esta experiencia convirtió a Saulo en Pablo, así como Jacob se había convertido en Israel. La batalla había terminado. Saulo batalló con Dios y perdió. Aquí como Isaías, Pablo recibió su llamado, su comisión al apostolado. Su vida fue cambiada, y con ello el curso de la historia del mundo. En la derrota Pablo encontró paz.

Después de contarle su historia al rey Agripa, Pablo agregó estas palabras: *"Por lo cual oh, Rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial."* (Hechos 26:19). Con todo lo celoso que Pablo fue en su lucha contra Cristo, él llegó a ser aún más celoso en su lucha por Cristo. Tuvo una visión tan intensa de la santidad de Dios que nunca la olvidó. La contempló y expuso su significado en sus epístolas llegando a ser un hombre que entendió lo que significaba ser justificado. Para él, la guerra santa terminó y entró en una paz santa. Llegó a ser el apóstol cuyos escritos despertaron a Lutero en el monasterio y le dieron a la iglesia cristiana la receta para vivir en paz con Dios.

El conflicto que tenemos con un Dios santo está arraigado en el conflicto entre la justicia de Dios y nuestra injusticia. Él es justo y nosotros somos injustos. Esta tensión crea miedo, hostilidad y enojo dentro de nosotros contra Dios. La persona injusta no desea la compañía de un juez justo. Nos convertimos en fugitivos, huyendo de la presencia de Uno cuya gloria puede enceguecernos, y cuya justicia puede condenarnos. Estamos en guerra con El a menos que o hasta que somos justificados. Sólo la persona justificada puede sentirse cómoda en la presencia de un Dios santo.

El apóstol Pablo define los beneficios inmediatos en los frutos de la justificación. En su epístola a los Romanos él explica lo que nos sucede cuando somos justificados, cuando somos cubiertos con la justicia de Cristo que es por fe:

> *Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*. (Romanos 5:1–2)

El primer fruto de nuestra justificación es *paz con Dios*. Para el antiguo judío la paz era algo precioso, pero difícil para conseguir. El conflicto moderno en el medio oriente parece como una repetición de la historia antigua. Desde los días de la conquista de Canaán hasta el período de la ocupación romana en el nuevo testamento, fueron muy pocos los años cuando Israel no estuvo en guerra. La localización de Palestina como un vital puente terrestre entre Africa y Asia, lo hizo no sólo un corredor para el comercio sino también para la guerra. La pequeña Israel con frecuencia se encontraba atrapada entre los poderes mundiales que competían entre sí, y era usada como una bola de ping-pong golpeada por raquetas de generales.

Los judíos ansiaban la paz. Ellos anhelaban el día cuando las espadas fuesen convertidas en arados; esperaban la era cuando el Príncipe de Paz traería a su fin las incesantes hostilidades. Era tan importante para ellos su búsqueda por la paz, que la misma palabra paz se convirtió en su saludo diario. Así como nosotros decimos *hola* o *adiós* ellos decían simplemente *shalom*. Hasta este día, el saludo shalom es una parte integral del vocabulario judío. La palabra *paz* se refería primariamente a la cesación del conflicto militar. Pero tiene otro

significado más profundo. Los judíos siempre estuvieron profundamente interesados en la paz interna, porque el tranquilo descanso del alma significaba el fin para un espíritu atribulado. Esto es similar a lo que para nosotros es la “paz mental.”

Recuerdo un caluroso día de verano en 1945 en que yo jugaba beisbol en las calles de Chicago. En aquellos días mi mundo consistía en el terreno que se extendía de una base de beisbol a la otra. Todo lo que me importaba era que mi turno al bate llegara. Me irrité mucho cuando el primer lanzamiento se interrumpió por un ruido y un gran desorden alrededor mío. La gente comenzó a salir corriendo de sus departamentos gritando y haciendo sonar ollas con paletas de madera. Por un momento pensé que podía ser el fin del mundo. Era ciertamente el final de mi juego de beisbol.

En la multitudinaria confusión, vi a mi madre corriendo hacia mí con lágrimas en su rostro; me cubrió con sus brazos y me apretó diciendo con sollozos incesantes, “Se acabó, se acabó.” Fue el día de la victoria aliada en 1945. Yo no estaba seguro de lo que eso significaba, pero una cosa estaba clara, significaba que la guerra había terminado y que mi padre iba a venir a casa. No más correo aéreo al extranjero, no más oír las noticias diarias y los reportes acerca de las víctimas, no más banderas de seda adornadas con estrellas colgando en la ventana, no más cupones de racionamiento. La guerra había terminado y por fin la paz había llegado.

Ese momento de júbilo dejó una permanente impresión en mi mente infantil. Aprendí que la paz es una cosa importante, una causa de celebración incontenible, celebración al adquirirla y de amargo remordimiento al perderla. La impresión que tomé ese día en las calles de Chicago fue que la paz había arribado para siempre. Yo no tenía idea de cuán frágil era. Me pareció poco tiempo antes que las noticias reportaran cómo Gabriel Heater estaba dando tenebrosas predicciones acerca de la formación de tropas en China, de la amenaza nuclear de Rusia y del bloqueo de Berlín. La paz de América fue corta, dando lugar una vez más a la guerra en Corea y luego en Vietnam.

Frágil, inestable, tenue: estas son las condiciones normales de la paz terrenal. Los tratados de paz, como las regulaciones, parecen ser hechas para quebrarlas. Un millón de Neville Chanberlains en sus balcones con las manos

extendidas declarando, “Hemos logrado la paz para nuestros tiempos” no aseguran que la historia humana no sea más que una continua guerra.

Pronto aprendemos a no confiar demasiado en la paz. La guerra se entromete muy rápido y fácilmente. Sin embargo, ansiamos una paz permanente en la cual podamos depender. Esto es precisamente la clase de paz que el apóstol Pablo declaró en su epístola a los Romanos. Cuando nuestra guerra santa con Dios cesa, cuando nosotros como Lutero, caminamos a través de las puertas del paraíso, cuando somos justificados por la fe, la guerra termina para siempre. Con la purificación del pecado y la declaración del perdón divino entramos en un tratado de paz eterno con Dios. El primer fruto de nuestra justificación es la paz con Dios. La paz es una paz santa, una paz sin mancha y trascendente, que no puede ser destruida.

Cuando Dios firma un tratado de paz, es confirmado para perpetuidad. La guerra cesa para siempre. Por supuesto nosotros aún pecamos, aún nos rebelamos, aún cometemos actos de hostilidad hacia Dios. Pero Dios no es cobeligerante. Él no es traído en una guerra con nosotros. Nosotros tenemos un Abogado para con el Padre, tenemos un Mediador que mantiene la paz. El regula la paz porque Él es tanto el Príncipe de Paz como *nuestra* paz. Ahora somos llamados los hijos de Dios, un título otorgado en bendición a aquellos que son hacedores de paz. Nuestros pecados ahora son tratados por un Padre, no por un comandante militar. Tenemos paz; es nuestra posesión, sellada y garantizada para nosotros por Cristo.

Nuestra paz con Dios no es frágil; es estable. Cuando pecamos, Dios se desagrada, y así Él se moverá para corregirnos y convencernos de nuestro pecado. Pero ya no va a la guerra contra nosotros. Su arco ya no está preparado, y los dardos de su ira ya no están dirigidos a nuestros corazones. El no desenvaina su espada cada vez que quebramos el tratado. La paz que viene por la justificación no es sólo externa, es decir la cesación de guerra. Los más profundos anhelos por una paz interna también están cumplidos en Cristo. Fue San Agustín que una vez oró, “Tú nos has hecho para Ti mismo, y nuestro corazón está inquieto hasta que halla su descanso en Ti.” Todos sabemos lo que significa ser golpeado con una inquietud interna. Sabemos el amordazante sentimiento de vacío y culpa que viene de estar separados de Dios. Una vez que

nuestra paz es establecida, ese terrible vacío es llenado, y nuestros corazones pueden estar quietos.

El nuevo testamento le llama a esta paz “la paz que sobrepasa todo entendimiento.” Es una paz santa, una paz diferente a la paz común y terrenal. Es la clase de paz que sólo Cristo puede brindar, la clase de paz que El mismo posee. Nosotros sabemos por los registros de los evangelios que Jesús tuvo pocas posesiones en este mundo. Él no tenía negocios, ni acciones de compañías. Su única posesión era su manto. Ese valioso manto le fue robado por los designados a ejecutarlo. Parecía entonces que El moriría sin un centavo, sin herencia que otorgarle a sus herederos.

Nosotros somos los herederos de Cristo. A primera vista parecería que somos herederos sin herencia. Pero la Biblia aclara que a Dios le ha placido dar su reino a su amado Hijo. Jesús tuvo una herencia de sus Padre, y esa herencia Él la pasa a nosotros. El prometió que algún día nosotros escucharemos las palabras, *“Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.”* (Mateo 25:34).

El reino de Dios no es nuestra única herencia. En su última voluntad y testamento, Jesús dejó a sus herederos algo más, algo muy especial: *“Mi paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da yo os la doy. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo”* (Juan 14:27). Este es el legado de Cristo: *paz*. Su paz es nuestra herencia la cual él nos da no como el mundo la da. No hay motivos ocultos, ni trampas siniestras. Él nos da su paz no para su beneficio, sino para el nuestro. Es un regalo de fuera de este mundo, dado en una manera diferente al mundo, y es para que lo tengamos para siempre.

La paz es un resultado inmediato de la justificación, pero hay algo más agregado a esta paz santa: *acceso*. El acceso es crucial para cualquiera que ha luchado alguna vez con un Dios santo. Nosotros vemos señales de acceso por todas partes. Algunas dicen, “No Hay Paso,” y otras, “Acceso Limitado.” En cierta época en la historia, un signo de “No Acceso” fue colocado en las puertas del paraíso. Aun el templo del antiguo testamento no permitía a la gente ordinaria acceso al trono de Dios. Pues, aun el sumo sacerdote tenía un acceso limitado, una vez al año bajo cuidadosas circunstancias. Un grueso velo

separaba el Lugar Santísimo del resto del templo. Estaba fuera de los límites, área restringida. Ninguna admisión era permitida al creyente común y corriente.

En el momento en que Jesús fue inmolado, en el instante en el que el Justo moría por los injustos, el velo en el templo fue roto. La presencia de Dios se hizo accesible para nosotros. Para el cristiano, ha sido removida la señal de "No Acceso" de las puertas del paraíso. Ahora nosotros podemos caminar libremente en tierra santa. Tenemos acceso a su gracia, más aún, tenemos acceso a Él. La gente justificada ya no necesita decirle al Santo, "Apártate de mí porque soy hombre pecador." Ahora podemos sentirnos bienvenidos en la presencia de un Dios santo. Podemos llevar nuestras preguntas a Él. Él no está demasiado remoto para escuchar nuestro clamor. Venimos cubiertos por la justicia de Cristo. Repito: *Podemos sentirnos bienvenidos en la presencia de Dios*. Por supuesto, aún venimos asombrados, en un espíritu de reverencia y adoración, pero la maravillosa noticia es:

> *Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*. (Hebreos 4:14–16)

La Biblia nos invita a acercarnos al trono de gracia *con confianza*. También se usa la palabra *certeza*. Siendo justificados podemos tener seguridad al acercarnos a Dios. Tener certeza o confianza no debe ser confundido con ser arrogante o pretencioso. Uza fue más que confiado, él fue arrogante. Nadab y Abiú abusaron de la confianza, insultando la majestad de Dios. Nosotros debemos venir a su presencia confiados y seguros. No hay necesidad de retirarnos de Él o vacilar para entrar en su presencia. Pero cuando nos acercamos, debemos recordar dos cosas: (1) quién es El, y (2) quiénes somos nosotros.

Para el cristiano, la guerra se ha terminado; la paz ha sido establecida. El acceso al Padre es nuestro, pero aún debemos temblar delante de nuestro Dios. El aún es santo. Nuestro temblor es el temblor de la admiración y la veneración,

no el temblor de la cobardía o del miedo de un pagano que se asusta por el ruido de una hoja. Lutero lo explicó así: Temamos a Dios, no con un miedo servil como de un prisionero ante su atormentador, sino como hijos que no desean desagradar a su amado Padre. Venimos a Él en confianza; venimos a Él con seguridad; tenemos acceso. Tenemos una paz santa.

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas

A medida que usted reflexiona sobre lo que ha aprendido y redescubierto sobre la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas en lo concerniente a la santidad de Dios, o discútalas con un amigo.

1. ¿Ha sido usted involucrado por Dios en un conflicto honesto como lo hizo con Jacob? ¿Cuál fue el resultado?
2. ¿Ha desafiado usted alguna vez a Dios como lo hizo Job? ¿Cuál fue la respuesta de Dios?
3. La batalla de Habacuc con Dios terminó en una atrevida declaración de fe: “Aunque ________ suceda, sin embargo, yo me regocijaré en el Señor.” ¿Cuáles son los “aunques” en su vida? ¿Está usted dispuesto a someterlos al Señor?
4. ¿Qué significa personalmente para usted que la muerte de Cristo nos ofrezca una paz eterna con Dios?
5. ¿Cómo adorará usted a Dios por darnos un ilimitado acceso a su presencia?

Capítulo Ocho
Sed Santos Porque Yo Soy Santo

Apolión, cuidado con lo que haces Porque yo estoy en el camino del Rey, El camino de santidad; Por lo tanto, mira por ti mismo.

JUAN BUNYAN

Los cristianos en la iglesia primitiva eran llamados santos. Desde aquel tiempo la palabra *santo* ha sufrido fuertes cambios en nuestro vocabulario. Hoy día la palabra *santo* evoca imágenes de una persona super-recta, una persona de extraordinaria piedad y poder espiritual. La iglesia Católico-Romana la ha convertido en un título para quienes han sido canonizados en una lista especial de héroes y heroínas espirituales.

Más la Biblia usa la palabra *santo* para el creyente común y corriente. En el nuevo testamento todo el pueblo de Dios disfruta el título *santo*. La palabra simplemente significa "uno que es santo." Los creyentes del Nuevo Testamento eran los santos. Quizás parece extraño que el término sea usado para creyentes que luchaban con toda clase de pecado, sin embargo, cuando leemos las epístolas de Pablo, nos asombra el hecho de que él dice a la gente santos, y luego los reprende por su conducta necia y pecaminosa.

Los santos de la Escritura eran llamados así, no porque fueran ya puros, sino porque eran gente llamada a la pureza. La palabra *santo* tiene los dos mismos significados cuando se aplica a la gente, que cuando se aplica a Dios. Cuando la palabra santo se usa para describir a Dios, no sólo tiene el sentido de que El es diferente o aparte de nosotros, pero también se refiere a su absoluta pureza. Pero nosotros no somos Dios, no somos trascendentes, ni somos puros. ¿Cómo puede entonces la Biblia llamarnos "los santos"?

Para responder a esa pregunta debemos mirar hacia el antiguo testamento. Cuando Dios sacó a Israel de la esclavitud en Egipto y los hizo una nación especial, El los apartó, los llamó su pueblo escogido y les dio una comisión especial. Él les dijo, *"Sed santos porque yo soy santo"* (Lev. 11:44). Este llamado especial a Israel no fue realmente nuevo. No comenzó con Moisés, o aun con Abraham. El llamado a la santidad fue dado primero a Adán y Eva.

Esta fue la asignación original de la raza humana. Nosotros fuimos creados a la imagen de Dios que significa, entre otras cosas, que fuimos hechos para imitar y reflejar el carácter de Dios. Fuimos creados para hacer brillar sobre el mundo la santidad de Dios. Este fue el principal fin del hombre, la razón misma de nuestra existencia.

Las iglesias presbiterianas han usado el Catecismo de Westminster en la instrucción de los niños. La primera pregunta del catecismo lee: "¿Cuál es el fin principal del hombre? La pregunta inquiere sobre la responsabilidad primaria, que tiene cada ser humano. La respuesta a la pregunta lee: "El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de El para siempre."

Yo tuve dificultades con esa pregunta cuando era niño. No podía reconciliar las dos partes de la respuesta, pues era incapaz de ver cómo el gozo encajaba con glorificar a Dios. Me daba cuenta que glorificar a Dios involucraba alguna clase de obediencia a su santa ley. Eso no suena muy divertido. Yo ya sabía el conflicto entre mi propio disfrute y la obediencia a las leyes de Dios. Pero obedientemente yo recitaba la respuesta requerida, aun cuando no tenía un entendimiento real de ella. Yo veía a Dios como un estorbo para el gozo. Vivir para su gloria como mi principal meta no era lo que yo tenía en mente. Me parece que Adán y Eva tuvieron un poco de problema con eso también.

Una de las grandes dificultades que tuve que enfrentar en mi juventud era que yo no entendía la diferencia entre la felicidad y el placer. Me gustaría decirles que desde que soy un adulto, me he desecho de todas las cosas infantiles. Pero tristemente, no es ése el caso. Aún hay cosas infantiles que se han quedado conmigo en mi vida adulta. Aún tengo conflicto con la diferencia entre la felicidad y el placer. Yo sé la diferencia en mi cabeza, pero aún no ha alcanzado mi corriente sanguínea.

He cometido muchos pecados en mi vida, y ninguno de ellos me ha hecho feliz. Ninguno ha agregado jamás ni un gramo de felicidad a mi vida. Por el contrario, el pecado le ha dado a mi vida abundancia de infelicidad. Me maravillo de esas personalidades famosas que en entrevistas de televisión o de revistas declaran que, si pudieran vivir sus vidas de nuevo, ellas no harían nada diferente. Tal necedad desafía mi imaginación. Hay multitud de cosas que me encantaría poder hacer de nuevo. Es posible que, con una segunda oportunidad,

yo cometería los mismos errores, pero aun así me gustaría la oportunidad de probar.

Mis pecados no me han traído felicidad, aunque me han dado placer. A mí me gusta el placer. Yo aún me siento muy atraído al placer. El placer puede ser muy divertido, y no todos los placeres son pecaminosos. Se puede encontrar mucho placer en la justicia. Pero aún sigue la diferencia entre el placer y la felicidad. El pecado puede ser placentero, pero nunca trae felicidad.

Pues, si yo entiendo todo esto, ¿Por qué siempre soy tentado a pecar? Parece absurdo que alguien que conoce la diferencia entre la felicidad y el placer, continúe cambiando la felicidad por el placer. Es absolutamente estúpido para una persona hacer algo que sabe que le robará su felicidad. Sin embargo, lo hacemos. El misterio del pecado no es sólo que es malvado y destructivo, sino también que es totalmente estúpido. Yo fumé por años. Nunca hice la cuenta, pero calculo que, durante esos años, cientos de personas llamaron mi atención al hecho de que fumar no era una cosa buena para mí. Ellos sólo estaban señalando lo obvio, diciéndome lo que todo fumador en América ya sabe. Antes de que me convirtiese al cristianismo, yo sabía bien que fumar era dañino para mí. Lo sabía antes de que se comenzara a poner la etiqueta de advertencia en las cajas de cigarrillos. Lo sabía antes de que me fumara mi primer cigarro. Sin embargo, lo seguí haciendo. ¿Locura total? Pues así es el pecado.

¿Alguna vez ha hecho usted algo por ganas, aunque su cabeza le dice que es erróneo? Si usted contesta que no a esa pregunta, está mintiendo o está engañado. Todos caemos en esta trampa. Hacemos lo que sentimos ganas de hacer, en lugar de hacer lo que sabemos que deberíamos hacer. No es extraño que exclamemos como Pablo, *"Miserable hombre de mí, ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?"* (Rom. 7:24). Nuestro problema es que hemos sido llamados a ser santos, y no lo somos. Pero de nuevo surge la pregunta, si no somos santos, ¿por qué la Biblia nos llama santos? La Biblia nos llama santos porque hemos sido consagrados a Dios. Hemos sido separados, hemos sido llamados a una vida que es diferente. La vida cristiana es una vida de no-conformidad. La idea de no-conformidad es expresada en Romanos 12:1–2:

> *Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios,*

que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

En el antiguo testamento, la adoración se centraba en el altar con presentación de sacrificios y granos que se ofrecían como ofrendas por el pecado. En sí mismos, los sacrificios animales no tenían poder para expiar los pecados. Ellos eran símbolos que apuntaban hacia el gran Sacrificio que sería hecho sobre la cruz. Después de que el Cordero perfecto fue inmolado, los sacrificios sobre el altar cesaron. En la iglesia cristiana no se ofrecen sacrificios animales, porque ya no hay necesidad de ellos. Ofrecerlos ahora sería un insulto a la perfección del sacrificio de Cristo.

Puesto que los días de los sacrificios animales han pasado, mucha gente asume que Dios aborrece cualquier sacrificio que se le ofrezca. Esto simplemente no es verdad. Aquí el apóstol Pablo nos llama a una nueva clase de sacrificio, el *sacrificio vivo* de nuestros cuerpos. Debemos darle a Dios no nuestros granos o animales, sino nosotros mismos. Este nuevo sacrificio no es un acto de expiación; no es una ofrenda por el pecado. El sacrificio de nuestros cuerpos a Dios es una ofrenda de gratitud. Viene después de que Pablo dice *así que*.

Cuando en la Biblia se usa la expresión *así que* es señal de que una conclusión se acerca. La expresión *así que* conecta lo que ha sido dicho previamente a lo que está a punto de concluirse. En Romanos 12 el "así que" se refiere a todo lo que el apóstol ha declarado en los capítulos previos relacionados con la obra salvadora de Cristo. La expresión nos conduce hacia la única conclusión apropiada que puede brotar de su obra. A la luz de la misericordiosa justificación que Cristo ha logrado por nosotros, la única conclusión razonable es que debemos presentarnos por completo a Dios como sacrificios vivientes, que caminan, que respiran.

¿Cómo luce un sacrificio vivo? Pablo lo describe primero en términos de no-conformidad. "No os conforméis a este mundo." Este es el punto en el cual muchos cristianos se han desviado. Es claro que debemos ser no-conformistas. Pero es difícil entender precisamente qué clase de no-conformidad es ésta. La

no-conformidad es un asunto poco confuso, y puede ser reducido fácilmente a la superficialidad.

Es una tragedia que el asunto de la no-conformidad haya sido tratado por los cristianos a un nivel de trivialidad. La manera simplista de no conformarse, es observar lo que está de moda en nuestra cultura y luego hacer lo opuesto. Si el pelo corto está de moda, los no-conformistas lo usan largo. Si ir al cine es popular, entonces los cristianos evitan las películas como "mundanas." El caso extremo de esto se puede ver en grupos que rehusan vestir con botones o usar electricidad, porque tales cosas también son mundanas.

Un estilo superficial de no-conformidad es la clásica trampa farisaica. El reino de Dios no es botones, películas o bailes. El interés de Dios no está enfocado en lo que comemos o bebemos. El llamado a la no-conformidad es un llamado a un nivel más profundo de justicia que va más allá de lo externo. Cuando la piedad es definida exclusivamente en términos de lo externo, se pierde completamente el punto de la enseñanza del apóstol. De alguna manera hemos fallado en escuchar las palabras de Jesús de que no es lo que entra a la boca, lo que contamina a una persona, sino lo que sale de su boca. Aún queremos hacer del reino de Dios un asunto de comidas o bebidas.

¿Por qué son tan comunes tales distorsiones en los círculos cristianos? La única respuesta que puedo dar es el pecado. Nuestras marcas de piedad pueden ser en realidad marcas de impiedad. Cuando hacemos primario lo secundario y agrandamos desproporcionadamente detalles insignificantes, imitamos a los fariseos. Cuando hacemos el baile o las películas la prueba de la espiritualidad, somos culpables de sustituir una moralidad vana por la genuina. Hacemos estas cosas para oscurecer los asuntos más profundos de la justicia. Cualquiera puede evitar bailar o ir al cine. Esto no requiere un gran esfuerzo o coraje moral. Lo que es difícil es controlar la lengua, actuar con integridad o mostrar el fruto del Espíritu en nuestra vida.

Nunca he oído un sermón sobre la codicia. He escuchado muchos sobre los males del whisky, pero ninguno sobre los males de la codicia. ¡Qué extraño! Ciertamente la Biblia declara que la borrachera es un pecado, pero no se encuentra en la lista de los diez más graves. Los verdaderos no-conformistas dejan de codiciar, detienen el chisme y los falsos testimonios, dejan de odiar y

guardar la amargura; comienzan a practicar los frutos del Espíritu. Jesús reprendió a los fariseos por su preocupación por los asuntos externos:

> *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!* (Mateo 23:23–24)

Jesús reprendió a los escribas y a los fariseos por descuidar los asuntos importantes y sobre enfatizar los menores. El no vio esto como un asunto de *lo uno o lo otro*, sino como de *lo uno y lo otro*. Los diezmos debían ser pagados, pero no como substituto para prestar gran atención a los asuntos de la justicia, la misericordia y la fidelidad. Los fariseos se preocupaban de los asuntos externos y visibles de la piedad, pero ignoraban los asuntos más elevados de la espiritualidad.

Cualquiera puede ser un no-conformista sólo por ser noconformista. De nuevo quiero enfatizar que esto es una piedad vana. Al fin y al cabo, nosotros somos llamados a más que ser no-conformistas, somos llamados a ser transformados. Notemos que las palabras *conforma* y *transforma* tienen ambas la misma raíz, *"forma"*. La diferencia entre las dos se encuentra en los prefijos. El prefijo *con* implica estar de acuerdo "con la estructura o con la forma." En nuestra cultura un conformista es alguien que está "con ella." Un no-conformista puede ser considerado "fuera de ella." Si la meta del cristiano es estar "fuera de ella," entonces temo que hemos tenido mucho éxito.

El prefijo *trans* significa "a través" o "más allá." Cuando somos llamados a ser transformados, significa que debemos levantarnos por encima de las formas y las estructuras de este mundo. No ser guiados por el mundo, sino atravesarlo y levantarnos por encima, hacia un llamado y un estilo más elevado. Es un llamado a la excelencia trascendente, no a un mediocre "estar afuera." Los cristianos que se ofrecen como sacrificio vivo y adoran de esta manera son gente con una alta medida de disciplina. Ellos no se satisfacen con formas superficiales de justicia.

Los “santos” son llamados a una rigurosa búsqueda del reino de Dios. Son llamados a la profundidad en su entendimiento espiritual. El método clave que Pablo subraya como el medio de la vida transformada es “la renovación de la mente.” Esto significa nada más y nada menos que educación. Educación seria, educación profunda, educación disciplinada en las cosas de Dios. Es un llamado al dominio de la Palabra de Dios. Necesitamos ser gente cuyas vidas han cambiado porque nuestras mentes hayan cambiado.

La verdadera transformación viene por ganar un nuevo entendimiento de Dios, de nosotros mismos y del mundo. Encima de todo, lo que buscamos es ser conformados a la imagen de Cristo. Debemos ser como Jesús, aunque no en el sentido que podamos ganar divinidad. No somos hombres-dios, mas nuestra humanidad es para reflejar y proyectar la perfecta humanidad de Jesús. ¡Un llamado elevado!

Para ser conformados a Jesús, debemos comenzar a pensar como Jesús lo hizo. Necesitamos la “mente de Cristo.” Tenemos que valorar las cosas que El valora y despreciar las que El desprecia. Tenemos que tener las mismas prioridades que Él tiene. Tenemos que considerar cruciales las cosas que El considera cruciales. Esto no puede suceder sin el dominio de su Palabra. La clave para el crecimiento espiritual es una educación cristiana profunda, la cual requiere un nivel serio de sacrificio. Este es el llamado a la excelencia que hemos recibido. No debemos contentarnos como el resto del mundo, con un entendimiento superficial de Dios. Debemos estar insatisfechos con la leche, y anhelar más y más el alimento sólido espiritual.

Ser un santo significa ser separado, pero no sólo eso. Una persona santa ha de estar envuelta en el proceso vital de santificación. Debemos ser purificados diariamente en una búsqueda creciente de la santidad. Si somos justificados, tenemos que ser también santificados. Lutero usó una frase maravillosa en latín para describir el estado de un pecador justificado: *simul justus et peccator*. Examinemos esta frase palabra por palabra para discernir su significado para nosotros. *Simul* es la palabra latina de la cual se deriva nuestra palabra simultáneo; significa “a uno y al mismo tiempo.” *Justus* es el latín de donde viene nuestra palabra “justo,” y *et* es la palabra latina para “y.” La palabra *peccator* es probablemente la más familiar para nosotros. En español, nosotros

derivamos las palabras “impecable” y “pecadillo” de ella. Es la palabra latina para “pecador.” Poniendo todas las palabras juntas, tenemos *simul justus et peccator*: “al mismo tiempo justo y pecador.” Esto es lo que son los santos, gente que es al mismo tiempo justa; sin embargo, pecadora.

Que los santos son aún pecadores es obvio. ¿Cómo pueden entonces ser justos? Los santos son justos porque han sido justificados. En sí y de sí mismos, ellos no son justos. Ellos han sido hechos justos a los ojos de Dios por la justicia de Cristo. De esto se trata la justificación por fe. Cuando nosotros ponemos nuestra confianza personal para nuestra salvación en Cristo y en El solamente, entonces Dios acredita a nuestra cuenta, toda la justicia de Cristo. Su justicia pasa a ser nuestra, cuando creemos en El. Es una transacción legal. La transferencia de la justicia es como una transacción contable, donde no es una propiedad real la que se transfiere. Es decir, Dios pone la justicia de Jesús en mi cuenta, mientras yo sigo siendo pecador aún.

Quizás todo esto suena como un fraude, como si Dios estuviese jugando un juego legal. Él nos da por justos aun cuando no lo somos. ¡Pero éste es el Evangelio! La buena nueva es que nosotros ahora poseemos una cuenta de justicia perfecta ante el trono de juicio de un Dios justo y santo. Es la justicia de Cristo que llega a ser nuestra por la fe. No es un fraude y mucho menos un juego. La transacción es real. La declaración de Dios es seria. La justicia de Cristo es realmente puesta a nuestra cuenta. Dios nos ve rectos porque hemos sido cubiertos y vestidos por la justicia de Jesús.

No es simplemente que Jesús paga nuestras deudas al morir. Su vida es tan importante para nosotros como su muerte. Cristo no sólo toma nuestros pecados, deudas y deméritos, sino que también nos da su obediencia, sus propiedades y sus méritos. Ésta es la única manera en que una persona injusta puede estar en la presencia de un Dios justo y santo.

Este concepto de una transferencia de justicia está cargado de peligros, pues puede ser fácilmente malentendido y seriamente abusado. Alguna gente asume que, si creemos en Cristo, ya no tenemos nunca que preocuparnos de cambiar nuestra vida. La justificación por fe se puede ver como una licencia para pecar. Si tenemos la justicia de Cristo, ¿por qué debemos preocuparnos de cambiar nuestra vida de pecado? Puesto que nuestras buenas obras no nos llevan al cielo,

¿por qué preocuparnos acerca de ellas? Tales preguntas nunca deberían pasar por los labios de una persona verdaderamente justificada.

Cuando Lutero osadamente proclamó la doctrina bíblica de la justificación sólo por fe, él dijo, "La justificación es por la fe solamente, pero no por una fe que es sola." Santiago lo había dicho anteriormente en una manera diferente. Él dijo que "la fe sin obras es muerta" (Santiago 2:26). La verdadera fe, o fe salvadora, es lo que Lutero llamó una *fides viva*, una fe viva. Es una fe que inmediatamente trae los frutos de arrepentimiento y justicia. Si nosotros decimos que tenemos fe, pero las obras no la siguen, esto es una clara evidencia que nuestra fe no es genuina. La verdadera fe siempre produce una conformidad real a Cristo. Si la justificación nos sucede, entonces la santificación seguramente la seguirá. Si no hay santificación, significa que nunca hubo justificación.

En el instante en que creemos, somos inmediatamente justificados. Dios no espera que aparezcan nuestras buenas obras antes de que Él nos declare justos. Nosotros somos aún pecadores cuando llega esa declaración. ¿Cuánto tiempo pasa antes de que el pecador comience a ser puro? La respuesta es *ninguno*. No hay un período de tiempo entre nuestra justificación y el *comienzo* de nuestra santificación. Pero sí hay un gran período de tiempo entre nuestra justificación y la *conclusión* de nuestra santificación.

Lutero usó una simple analogía para explicarlo. El describió la condición de un paciente que está mortalmente enfermo. El doctor dice que él tiene la medicina que curará al enfermo. En el instante que la medicina es administrada, el doctor declara al paciente recuperado. En ese momento el paciente aún está enfermo, pero tan pronto como la medicina pasa por sus labios y entra en su cuerpo, el paciente comienza a recuperarse. Así es nuestra justificación. Tan pronto como creemos realmente, en ese mismo instante comenzamos a estar mejor; el proceso de llegar a ser puros y santos se ha iniciado, y su futura conclusión es segura.

La meta del crecimiento cristiano es alcanzar la justicia. En el mundo cristiano de hoy, tal afirmación puede sonar radical. Los cristianos raramente hablan de la justicia. La palabra se ha convertido en casi una mala palabra. Se prefiere casi cualquier otro término en lugar de la palabra *justicia*. Yo jamás he

tenido un estudiante, un miembro en mi iglesia, o cualquier otra persona que venga y me pregunte, "¿Cómo puedo ser justo? Mucha gente me ha hablado sobre llegar a ser ético, moral, espiritual o aun piadoso. Pero nadie parece querer hablar acerca de ser justo. Ser espiritual tiene sólo un propósito real. Es un medio para alcanzar un fin, no es el fin en sí mismo. La meta de todo ejercicio espiritual tiene que ser la meta de la justicia. Dios nos llama a ser santos. Cristo establece la prioridad de la vida cristiana: *"Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas os serán añadidas"* (Mateo 6:33). La meta final es la justicia.

¿Cómo saber si estamos avanzando en nuestra búsqueda de la justicia? ¿Cómo podemos saber si estamos progresando en nuestro llamado a ser santos? La Biblia nos ilumina para estas preguntas. La gente justa es conocida por sus frutos. Ellos progresan en santidad por el poder santificador del Espíritu Santo trabajando en ellos y sobre ellos. El Espíritu Santo conoce lo que es la santidad. Él es llamado el Espíritu Santo no sólo porque es santo, sino porque trabaja para producir santidad en nosotros.

El fruto de la justicia es aquel fruto obrado en nosotros por el Espíritu Santo. Si queremos ser santos, si tenemos verdadera hambre por la justicia, entonces tenemos que enfocar nuestra atención en el fruto del Espíritu Santo. El fruto del Espíritu se pone en lúcido contraste con el fruto de nuestra naturaleza pecaminosa:

> *Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios*. (Gálatas 5:19–21)

En este pasaje Pablo hace eco a las advertencias de Jesús sobre la pérdida del reino de Dios. La gente cuya vida es caracterizada por los pecados mencionados arriba, no heredará el reino de Dios. Esto no es para decir que cualquier pecado que nosotros cometamos signifique nuestra exclusión del cielo. Pablo está hablando de un estilo de vida que es habitual y constantemente, caracterizado por los vicios mencionados. La lista incluye tanto pecados

externos como internos, pecados del cuerpo y pecados del corazón. Los pecados listados pueden ser descritos como grotescos y abominables.

El nuevo testamento reconoce grados de pecados. Algunos pecados son peores que otros. Este es un punto importante que con frecuencia pasa desapercibido entre los cristianos. Los protestantes particularmente tienen conflicto con este concepto, lo cual se debe en parte a una reacción a la idea católico-romana de que hay dos clases de pecados: mortales y veniales. Roma le llama a ciertos pecados "mortales" porque son tan serios que puede matar la gracia que hay en el alma. Los pecados menores son llamados "veniales" porque no pueden destruir la gracia salvadora.

Nosotros tendemos a pensar que ningún pecado es más grande que otro. Pensamos en la enseñanza de Jesús en el Sermón del Monte de que codiciar a una mujer es ser culpable de adulterio. Estamos conscientes de que la Biblia enseña que si pecamos en un punto de la ley, hemos pecado contra toda la ley. Estas dos enseñanzas bíblicas pueden confundirnos fácilmente acerca de los grados de pecado.

Cuando Jesús dijo que la codicia es violar la ley contra el adulterio, El no dijo o implicó que la codicia es de tan igual maldad como el acto total del adulterio. Su punto era que la medida completa de la ley prohibía más que el solo acto del adulterio. La ley tiene una aplicación más amplia. Los fariseos pensaban que estaban libres de pecado contra la ley, puesto que nunca cometían el acto del adulterio. Ellos asumían que si se refrenaban de matar gente, estaban libres de la ley contra el asesinato. Fallaban en ver que el enojo injusto y el odio también estaban incluidos en el significado más amplio de la ley en contra de matar.

Jesús enseñó que el odio es un pecado contra la vida de otra persona. El odio viola a las personas. No es tan severo como la muerte literal, pero es un pecado. El pecado más pequeño envuelve una transgresión contra toda la ley. La ley es la norma de santidad para nosotros. En nuestra más leve transgresión, nosotros pecamos contra aquella norma; nosotros violamos el llamado a la santidad. De nuevo, eso no implica que todo pecado es tan malo como cualquier otro pecado. Jesús repetidamente habló de los grados de castigo en el infierno, tanto como de aquellos cuya culpa era más grande que la de otros.

Es importante recordar la idea de grados de pecado, para entender la diferencia entre el *pecado* y el *pecado grave*. De nuevo, todos nuestros pecados requieren perdón. Todos nuestros pecados son actos de traición contra Dios. Necesitamos un Salvador para nuestros pecados pequeños tanto como para los grandes. Pero algunos pecados son más significativos que otros, y necesitamos identificar cuáles son, no sea que caigamos en la trampa farisaica de enfatizar lo secundario.

Considere la atención que se le da al problema del sobrepeso en nuestra sociedad. Cada año la gente gasta millones de dólares en dietas. Hay algunas excelentes razones para mantener el peso de nuestro cuerpo bajo control. Sabemos que la obesidad es un problema serio de salud. También sabemos que la glotonería es un pecado. Somos propensos a rellenar y dejar engordar el templo del Espíritu Santo. Pero el énfasis que hay en nuestra sociedad por la delgadez no está tan enfocado en la salud como en la apariencia personal. Queremos ser delgados para lucir bien. Quizás no hay nada malo con eso, pero la delgadez no es la más alta medida que encontramos para la santidad. Nadie me ha ofendido a mí por ser gordo. Los que me han lastimado, lo han hecho mediante calumnias. Nos gastamos poco dinero en controlar el problema de la calumnia. Tal vez es porque algunas cosas son más difíciles que controlar que el peso. Alguna gente ha dominado el arte de controlar el apetito, pero nadie ha dominado el arte de controlar la lengua.

Piense en la gente a quien usted considera ser la más piadosa que usted conoce. ¿Qué lugar tiene el peso en la piedad que usted le admira? ¿Cuántas de estas personas piadosas tienen lenguas viciosas? Es una contradicción de términos, ¿no es así? La piedad y una lengua sin control no son compatibles.

El fruto del Espíritu contrasta vívidamente con los pecados de la carne. El fruto del Espíritu proyecta las virtudes que nosotros reconocemos en la gente piadosa. Considere el fruto que Pablo menciona: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza;”* (Gálatas 5:22–23). Estas son las marcas de una persona que está creciendo en santidad. Estas son las virtudes que somos llamados a cultivar. Para producir los frutos del Espíritu, debemos practicar los frutos del Espíritu. El Espíritu está obrando dentro de nosotros para ayudarnos en la práctica de ese

fruto, pero nosotros somos llamados a luchar con todas nuestras fuerzas para producir ese fruto.

En esta lista del fruto del Espíritu, el apóstol nos da una receta para nuestra santificación. A todos nos gusta aprender cosas en diez lecciones fáciles, pero llegar a ser santo no tiene nada de fácil. Sin embargo, la Biblia nos facilita conocer cómo es que luce la santidad. El fruto del Espíritu—allí es donde debe estar nuestro enfoque. Pablo lo simplifica para nosotros. El agrega las siguientes palabras a la lista de virtudes que describen el fruto del Espíritu:

> *Contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros*. (Gálatas 5:23–26)

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas

Mientras reflexiona en lo que ha aprendido y redescubierto acerca de la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas en lo concerniente a la santidad de Dios, o discuta sus respuestas con un amigo.

1. ¿Qué significa para usted ser santo, vivir una vida santa?
2. ¿Cómo está usted tratando de renovar su mente?
3. ¿Cómo responde usted cuando se da cuenta que Dios lo ha justificado transfiriendo a su cuenta toda la justicia de Cristo?
4. ¿Qué fruto ha estado desarrollando el Espíritu Santo en su vida?
5. ¿En qué maneras quiere usted crecer en santidad?

Capítulo Nueve
Dios en las Manos de Pecadores Airados

Casi todos los hombres naturales que escuchan sobre el infierno, se engañan a sí mismos pensando que escaparán de él.

JONATHAN EDWARDS

Quizás el sermón más famoso jamás predicado en América es, "Pecadores en las Manos de un Dios Airado" por Jonathan Edwards, que ha sido reproducido en innumerables catálogos de predicación y en la mayoría de las antologías de literatura americana. Esta vívida representación de la terrible condición de los inconversos amenazados con la condenación del infierno es tan escandalosa que algunos analistas modernos lo han calificado de absolutamente sádico.

El sermón de Edwards está lleno de imágenes gráficas de la furiosa ira de Dios y de los horrores del inexorable castigo de los malvados en el infierno. Sermones como éste son muy impopulares en nuestra era; se les considera de muy mal gusto, propios de una teología medieval. La predicación que enfatiza la fiera ira de un Dios santo y que procura alcanzar los corazones impenitentes no concuerda con la atmósfera alegre de las iglesias evangélicas modernas. Los arcos góticos, los vitrales y los sermones que alborotan el alma con angustia moral son considerados cosa del pasado. La nuestra es una generación de positivismo, que busca el auto-mejoramiento y cuyas ideas respecto al pecado son amplias.

Nuestro pensamiento es más o menos así: Si acaso hay un Dios, Él no es santo. Si por casualidad es santo, no es justo. Mas si es santo y justo, no tenemos que temer porque su amor y su misericordia sobrepasan su santa justicia. Si acaso digerimos su santo y justo carácter, podemos descansar en esto: Él no es un Dios de ira. Si pensamos sobriamente por cinco segundos, veremos nuestro error. Ciertamente, si Dios existe como Dios, si Él es santo en verdad, si tiene un gramo de justicia en su carácter, ¿cómo puede ser posible que no esté airado con nosotros? Nosotros hemos violado su santidad; hemos insultado su justicia;

hemos tomado su gracia con ligereza. Es imposible que estas cosas le complazcan.

Edwards entendió la naturaleza de la santidad de Dios; percibió que la gente sin santidad tiene muchas razones para temerle, por esto no había necesidad de justificar una teología de miedo. A él lo consumía la necesidad de predicar sobre la santidad de Dios de una manera vívida, enfática, convincente y poderosa, no por el deleite sádico de atemorizar a la gente, sino por compasión. Amaba suficientemente a su congregación como para atreverse a advertirles sobre las pavorosas consecuencias de enfrentar la ira de Dios. Su interés no era darles un complejo de culpabilidad, sino despertarlas a los peligros que enfrentarían si permanecían inconversas. Examinemos una sección de este sermón para probar su sabor:

El Dios que te sostiene sobre el abismo del infierno, de la manera que se sostiene una araña o algún despreciable insecto sobre el fuego, te aborrece y se encuentra terriblemente provocado. Su ira arde como el fuego en contra tuya; Él ve que de lo único que tú eres digno es de ser lanzado al fuego; sus ojos son demasiado puros para soportar que estés delante de su mirada; eres diez mil veces más abominable delante de sus ojos de lo que es la más odiosa serpiente venenosa delante de los nuestros. Lo has ofendido infinitamente más que un necio rebelde ofende a su príncipe. Sin embargo, no es otra cosa sino su mano la que impide que tú caigas al fuego en cualquier momento. No es debido a ninguna otra cosa que tú no hayas ido al infierno mientras dormías por la noche y que hayas podido despertar hoy después de haber cerrado tus ojos. Y no existe ninguna otra razón para que no hayas sido arrojado al infierno desde que te levantaste esta mañana, sino que la mano de Dios te ha sostenido. No puede haber otra razón por lo que no te hayas ido al infierno puesto que tú estas sentado aquí en la casa de Dios provocando sus ojos puros por la manera malvada y pecaminosa en que te comportas durante esta solemne adoración. Sí, no hay ninguna otra razón por la que tú en este mismo momento no seas lanzado al infierno.

¡Oh pecador! Considera el terrible peligro en el que te encuentras: es un gran horno de ira, un inmenso abismo sin fondo, lleno del fuego de la ira sobre el cual tú cuelgas sostenido por la mano de Dios, cuya ira es provocada y

encendida por ti, tanto como por los que ya están condenados en el infierno. Tú cuelgas de un delgado hilo, con las llamas de la ira divina ardiendo al alrededor y listas para arder y quemarla en cualquier momento. Y tú no tienes interés en ningún mediador, y nada de que sostenerte para salvarte, nada que te libre de las llamas de la ira, nada de ti mismo, nada que tú hayas hecho jamás, nada que puedas hacer, para inducir a Dios a que te libre por un momento.

El ritmo intenso del sermón continúa sin tregua. Edwards lanza golpe tras golpe a la conciencia herida de los corazones de su congregación. Él recoge imágenes gráficas de la Biblia, todas designadas a advertir del peligro a los pecadores. Les dice que ellos están caminando sobre lugares resbalosos en peligro de caer por su propio peso. Dice que están atravesando el abismo del infierno sobre un puente de madera apoyado por vigas podridas que se pueden quebrar en cualquier segundo. Habla de flechas invisibles que, como una pestilencia, vuelan al mediodía. Advierte que el arco de Dios está preparado y que las flechas de su ira están apuntando a sus corazones. Describe la ira de Dios como grandes corrientes de agua que se apresuran contra las compuertas de un dique. Si el dique se quiebra, los pecadores serían inundados por un diluvio. El recuerda a sus oyentes que no hay nada entre ellos y el infierno sino aire:

Tu maldad te hace tan pesado como el plomo, y te empuja con gran peso y presión hacia el infierno; y si Dios te dejara ir, te hundirías de inmediato, y rápidamente descenderías y te sumergirías en ese golfo sin fondo, y tu saludable constitución, tu cuidado y prudencia, tus mejores planes, y toda tu justicia no tendrían más fuerza para sostenerte y librarte del infierno de la que tendría una tela de araña para sostener una roca.

En la parte aplicativa del sermón, Edwards pone un gran énfasis en la naturaleza y severidad de la ira de Dios. La noción de que un Dios santo tiene que ser también un Dios de ira es central en su pensamiento. Él pone en la lista varios puntos clave acerca de la ira de Dios que no debemos atrevernos a pasar por alto:

1. La ira de Dios es divina. La ira de la cual Edwards predicó es la ira de un Dios infinito. El contrasta la ira de Dios con la ira humana o la ira de un rey por

su súbdito. La ira humana cesa, tiene un punto final, es limitada. La ira de Dios continuará sin límite.

2. La ira de Dios es fiera. La Biblia repetidamente compara la ira de Dios con un lagar de furia. En el infierno no hay moderación, ni se concede misericordia. La ira de Dios no es una simple molestia o un ligero disgusto. Es una cólera que consume al impenitente.

3. La ira de Dios es eterna. No hay fin para la ira de Dios dirigida contra los que están en el infierno. Si nosotros tuviésemos compasión por la gente, nos lamentaríamos ante el pensamiento de que uno solo de ellos cayera en el abismo del infierno. Nosotros no podríamos soportar escuchar los gritos de los condenados ni por cinco segundos. Ser expuesto a la ira de la furia de Dios por un momento sería más de lo que podemos soportar. Contemplarla por la eternidad es demasiado terrible para pensar en ello. Con sermones como éste nosotros no queremos ser despertados. Nosotros preferimos la tranquilidad de sentirnos adormecidos, de reposar pacíficamente.

La tragedia para nosotros es que a pesar de las claras advertencias de la Escritura y de las solemnes enseñanzas de Jesús sobre el tema, continuamos estando cómodos ante el castigo futuro de los malvados. Si Dios es digno de ser creído, tenemos que enfrentar la terrible realidad de que algún día, su ira feroz será derramada. Edwards observa:

> *Casi todo hombre natural que oye acerca del infierno se engaña a sí mismo pensando que escapará; depende de sí mismo para su propia seguridad; se gloria en lo que ha hecho, en lo que hace, o en lo que intenta hacer. Cada uno pone en su mente ideas de cómo habrá de evitar la condenación y se adula a sí mismo de que sus planes y sus esquemas no le fallarán.*

¿Cómo reaccionamos nosotros ante el sermón de Edwards? ¿No nos provoca una sensación de miedo? ¿No nos enoja? ¿Nos sentimos como las multitudes que no hacen sino burlarse de la idea del infierno y del castigo eterno? ¿Consideramos la ira de Dios como un concepto obsceno y primitivo? ¿Es la sola noción del infierno un insulto para nosotros? Si es así, es claro que el Dios que adoramos no es un Dios santo; de hecho, no es Dios en absoluto. Si

despreciamos la justicia de Dios, no somos cristianos. Estamos en una posición que es tan precaria como la que Edwards describe tan gráficamente. Si odiamos la ira de Dios, es porque odiamos a Dios mismo. Podemos protestar vehementemente contra estas acusaciones, pero nuestra vehemencia sólo confirma nuestra hostilidad hacia Dios. Podemos decir enfáticamente: "No, no es a Dios a quien yo odio; es a Edwards. Dios es sólo dulzura para mí. Mi Dios es un Dios de amor." Pero un dios amoroso que no tiene ira no es Dios. Es un ídolo de nuestra propia imaginación, tanto como si lo hubiésemos labrado en piedra.

Jonathan Edwards predicó otro famoso sermón que es, por decirlo así, una secuela de "Pecadores en las Manos de un Dios Airado." Su título es "Los Hombres, Enemigos Naturales de Dios." Si me atreviese a mejorar el título del sermón de Edwards, sugeriría en su lugar, "Dios en las Manos de Pecadores Airados." Si somos inconversos, una cosa es absolutamente cierta, *odiamos a Dios*. La Biblia no deja lugar a dudas acerca de esto. Somos enemigos de Dios. Internamente, hemos jurado la destrucción total de Dios. Es natural para nosotros odiar a Dios como es natural para la lluvia humedecer la tierra cuando cae. Ante esto, nuestra molestia se puede convertir en indignación. Nosotros renegamos con todo el corazón de lo que yo he escrito. Estamos listos para reconocer que somos pecadores. Admitimos de inmediato que no amamos a Dios tanto como deberíamos. Pero, ¿quién entre nosotros admitirá que odia a Dios?

Romanos 5:10 enseña claramente: *"siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo."* El tema central del nuevo testamento es el de la reconciliación. La reconciliación no es precisamente para quienes se aman. El amor de Dios hacia nosotros no está en duda. La sombra de duda cae sobre nosotros. Es nuestro amor por Dios, el que es cuestionable. La mente humana, a la cual la Biblia llama "mente carnal," está en enemistad con Dios.

Nosotros mostramos nuestra hostilidad natural para con Dios por lo poco que lo estimamos. Lo consideramos indigno de nuestra total devoción. No nos deleitamos en contemplarlo. Aun para los cristianos, la adoración es con frecuencia difícil y la oración una obligación pesada. Nuestra tendencia natural es estar tan lejos como sea posible de su presencia. Su Palabra rebota de nuestra

mente como una pelota de basket rebota en un tablero. Por naturaleza, nuestra actitud hacia Dios no es de una mera indiferencia. Es una postura de malicia. Nos oponemos a su gobierno y rehusamos su control. Nuestros corazones terrenales están vacíos de afecto por El; son fríos, congelados para con su santidad. Por naturaleza, el amor de Dios no está en nosotros.

Como Edwards lo señaló, no es suficiente decir que la mente natural mira a Dios como un enemigo. Tenemos que ser más precisos. Dios es nuestro enemigo *mortal*. El representa la amenaza más alta posible para nuestros deseos pecaminosos. Él nos es absolutamente repugnante sin límite posible. No importa cuánto traten de persuadirnos los filósofos o los teólogos, ellos no pueden inducirnos a amar a Dios. Nosotros despreciamos su sola existencia y haríamos cualquier cosa en nuestro poder para librar al universo de su santa presencia. Si Dios tuviera que poner su vida en nuestras manos, no estaría seguro ni por un segundo. Nosotros no solo lo ignoraríamos; lo destruiríamos.

Esta acusación puede parecer extravagante e irresponsable hasta que examinamos una vez más lo que sucedió cuando Dios apareció en la persona de Cristo. A Cristo no lo mataron simplemente, *le mataron con sádica malicia*. Las multitudes clamaron por su sangre. No fue suficiente deshacerse de Él, sino que tuvo que hacerse con burla y humillación. Nosotros sabemos que su naturaleza divina no pereció en la cruz. Fue su humanidad la que murió. Si Dios hubiese expuesto su naturaleza divina a la ejecución, si la hubiese hecho vulnerable a los clavos de sus ejecutores, entonces Cristo aún estaría muerto y Dios estaría ausente del cielo. Si la espada hubiese atravesado el alma de Dios, la revolución de los pecadores fuese una victoria total y la humanidad estaría ahora como rey.

“Pero esas cosas,” decimos nosotros, “No se aplican a nosotros que somos cristianos, que decimos amar a Dios, que hemos experimentado la reconciliación, que hemos nacido de nuevo por el Espíritu y sobre cuyos corazones el amor de Dios ha sido derramado.” Pero debemos tener cuidado, recordando que, al convertirnos, nuestra naturaleza carnal no fue aniquilada. Aún quedan vestigios de nuestra naturaleza caída con la cual debemos luchar cada día. Aún hay una esquina del alma que no se deleita en Dios, y vemos su

filo en nuestro continuo pecado o en nuestra adoración insípida. Se manifiesta aun en nuestra teología.

Históricamente, ha habido tres tipos genéricos de teología compitiendo por ser aceptadas en la iglesia cristiana: Pelagianismo, Semi-Pelagianismo y Agustinianismo. El Pelagianismo no es cristiano. No es que sea sub-cristiano, sino que es totalmente anti-cristiano. Es básicamente una teología de incredulidad. El hecho de que es defendido por muchas iglesias es un testimonio del poder de la enemistad natural de la gente contra Dios. Para el pelagiano o liberal, no existe lo sobrenatural. Ellos no creen en los milagros, en la expiación, en la divinidad de Cristo, en su resurrección, su ascensión o su segunda venida. En una palabra, no hay cristianismo bíblico para ellos. El Pelagianismo es puro paganismo con máscara de piedad.

¿Qué sobre el Semi-pelagianismo? Este es claramente cristiano, pues confiesa apasionadamente la divinidad de Cristo y cree en la expiación, la resurrección y esas otras doctrinas. Entre los cristianos evangélicos, el Semi-pelagianismo es lo que la mayoría cree, y probablemente representa la teología de la vasta mayoría de la gente que lee este libro. Pero yo estoy convencido que con todas sus virtudes, el semi-pelagianismo aún representa una teología de compromiso con nuestras inclinaciones naturales. Tiene una clara deficiencia en su entendimiento de Dios. Si bien saluda la santidad de Dios y reclama fuertemente que cree en la soberanía de Dios, aún entretiene ilusiones acerca de nuestra habilidad para buscar a Dios y hacer la "decisión" de nacer de nuevo.

Declara que la gente caída que está en enemistad con Dios puede ser persuadida a reconciliarse, aun antes de que sus corazones pecaminosos sean cambiados. Dice que gente que aún no es nacida de nuevo puede ver y entrar al reino que Cristo declaró, no se puede ver ni obtener sin regeneración. Los evangélicos de hoy invitan a los pecadores inconversos a venir por sí mismos a la vida, eligiendo nacer de nuevo. Cristo dejó bien claro que la gente muerta no puede elegir nada, que la carne no cuenta para nada, y que debemos nacer del Espíritu antes de que podamos siquiera ver el reino de Dios, mucho menos entrar. La falla de los evangélicos modernos reside en la forma en que captan la santidad de Dios. Si eso pudiera ser entendido correctamente, no se hablaría más de que los enemigos de Cristo pueden venir a Jesús por sus propias fuerzas.

Sólo el Agustinianismo ve la gracia como central en su teología. Cuando entendemos el carácter de Dios, cuando captamos algo de su santidad, entonces comenzamos a entender el carácter radical de nuestro pecado e impotencia. Los pecadores impotentes sólo pueden sobrevivir por gracia. Nuestra fuerza es fútil en sí misma; somos espiritualmente impotentes sin el poder de un Dios misericordioso. Nos puede desagradar prestarle atención a la ira y a la justicia de Dios, pero hasta que nos inclinemos a estos aspectos de la naturaleza de Dios, nunca apreciaremos lo que nos ha sido otorgado por la gracia. Aun el sermón de Edwards sobre los pecadores en las manos de Dios no fue designado para enfatizar las llamas del infierno. El resonante énfasis cae, no en el feroz abismo sino en las manos del Dios que nos sostiene y nos rescata de él. Las manos de Dios son manos de gracia. Sólo ellas tienen el poder de rescatarnos de una destrucción segura.

¿Cómo podemos nosotros amar a un Dios santo? La respuesta más simple que puedo dar a esta vital pregunta es que no podemos. Amar a un Dios santo está más allá de nuestro poder moral. La única clase de Dios que nosotros podemos amar por nuestra pecaminosa naturaleza es un dios sin santidad, un ídolo hecho por nuestras propias manos. A menos que seamos nacidos del Espíritu de Dios, a menos que Dios derrame su santo amor en nuestros corazones, a menos que Él se incline en su gracia para cambiar nuestros corazones, nosotros no lo amaremos. Es El que toma la iniciativa de restaurar nuestras almas. Sin El no podemos hacer nada justo. Sin El seríamos condenados a una separación eterna de su santidad. Nosotros le podemos amar sólo porque Él nos amó primero. Amar a Dios requiere una gracia suficientemente fuerte para quebrantar nuestros corazones endurecidos y despertar nuestras almas moribundas.

Si estamos en Cristo, ya hemos sido despertados, hemos sido resucitados de la muerte espiritual *a la* vida espiritual. Pero aún tenemos “adormecedores” en nuestros ojos, y a veces andamos caminando como zombis. Aún retenemos cierto temor de acercarnos mucho a Dios; aún temblamos al pie de su santo monte. Sin embargo, a medida que crecemos en nuestro conocimiento de Dios, alcanzamos un profundo amor por su pureza y un sentido más profundo de dependencia en su gracia. Aprendemos que Él es absolutamente digno de nuestra adoración. El fruto de nuestro creciente amor por Él es el incremento de

la reverencia por su Nombre. Nosotros lo amamos ahora porque hemos visto su amor; le adoramos porque hemos visto su majestad; le obedecemos porque su santo Espíritu habita en nosotros.

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas

A medida que reflexiona sobre lo que a aprendido y redescubierto sobre la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas en lo concerniente a la santidad de Dios, o discuta sus respuestas con un amigo.

1. ¿Cómo responde usted al sermón de Jonathan Edwards? ¿Es misericordioso y compasivo?
2. ¿Cómo el entendimiento de la ira de Dios le ayuda a honrarlo como un Dios santo?
3. ¿En qué forma necesita usted que Dios le ayude para poder amarlo?

Capítulo Diez
Mirando Más Allá de las Sombras

La verdad siempre comprende algo, pero la realidad es aquello que la verdad comprende.

C. S. LEWIS

El salmista se llenó de sentimientos de asombro y reverencia al contemplar el entorno en el que vivía. Cuando volvió su mirada hacia la dimensión celestial, se sintió motivado a expresar sus más profundos pensamientos:

> *Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra*. (Salmo 8:3–5)

Este no fue el sentimiento de un astrónomo profesional o un astrólogo primitivo. Fueron las reflexiones de una personal ordinaria que contemplaba su pequeño espacio en este vasto universo. El salmista no conocía el concepto de un universo en expansión que contenía billones de estrellas e innumerables galaxias. No tenía idea de la Nova que explotó o de la espiral nebulosa. No había oído de la cosmología del Big-Bang. Desde su ventajoso punto de vista en el espacio y el tiempo, el cielo le parecía como una cobertura en forma de cúpula, cuyas luminarias parecían estar a unas pocas millas en el cielo.

Me pregunto, ¿Qué habría pensado David si alguien le hubiese sugerido que la luz de la estrella más cercana (aparte de nuestro sol) se tardaba cuatro años y medio en llegar a la tierra viajando a una velocidad de 186,000 millas por segundo? Es casi imposible para nosotros imaginarnos tal enormidad de distancia y espacio, aun viviendo en este lado de la revolución copérnica. Cuando consideramos que la circunferencia de nuestro planeta es de veinticinco mil millas, y que la luz puede ir alrededor del mundo siete veces y media en un solo segundo, somos reducidos al absoluto asombro. El asombro se multiplica casi al infinito cuando pensamos en el número de segundos que tiene un día, sin mencionar el número de segundos que hay en cuatro años y medio. Y esto sólo refiriéndonos a la distancia de la estrella más cercana. No tenemos analogías

significativas para comparar la distancia de la estrella más lejana. De hecho, no sabemos cuál es la estrella más lejana porque con toda probabilidad, ni siquiera la hemos descubierto.

Con los escasos recursos que el salmista tenía al contemplar el cielo nocturno de Palestina, fue sobrecogido por el enorme sentido de contraste entre la magnificencia de los cielos y la relativa oscuridad e insignificancia de su propia vida. Al considerar las estrellas, se tuvo que hacer la pregunta suprema acerca de su propia existencia: "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria?" (Salmo 8:4). Parecería que David se consideraba a sí mismo virtualmente coma si fuese nada, un insignificante punto en la pantalla del radar de la historia o una partícula sin importancia en un desierto cósmico. Pero no era esa su conclusión. El expresó una visión elevada de la importancia de la vida sobre este planeta y del valor y la dignidad de la humanidad. El habló de la corona de gloria y honor con la cual el Creador tocó esta pequeña parte la creación.

¿Cómo fue capaz el salmista de arribar a un optimismo tan elevado? ¿Fue solamente un caso de delirio de grandeza? ¿Estaba el salmista armado con el conocimiento que lo capacitara para atravesar el enorme abismo entre el cielo y la tierra? Quizás fue porque el salmista pudo percibir algo para lo cual nosotros estamos completamente ciegos. Tal vez fue porque el vio que más allá de las estrellas y la luna, estaba Aquel que las estableció en los cielos. En su carta a los Romanos, el apóstol Pablo escribió de la revelación que Dios hace de sí mismo en y a través de la naturaleza. Él dice, *"Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa."* (Rom. 1:20).

Lo que Pablo dice aquí es asombroso. El reconoce la invisibilidad de Dios. Pero él habla de las cosas invisibles de Dios como siendo vistas. Si algo se ve, no es invisible; si es invisible, no puede ser visto. ¿Por qué habla entonces el apóstol de ver lo que es invisible? Pablo no estaba hablando tonterías, ni diciendo adivinanzas. Lo que él quiere decir es esto: Lo que no se puede ver *directamente* puede ser visto *indirectamente*. En el terreno de la teología, Pablo está describiendo lo que se conoce como *revelación mediata*.

La revelación mediata envuelve una comunicación o un descubrimiento realizado a través de algún medio. El término *médium* es usado para referirse a una fuente de comunicación tal como los periódicos, la radio y la televisión. Nosotros recibimos la información que llamamos noticias, no siendo testigos directos de los eventos sino leyendo sobre ellos en los medios impresos, oyéndolos en la radio o viéndolos en la televisión. La televisión es un medio tan poderoso que, viéndola, podemos *pensar* que estamos siendo testigos presenciales de los eventos que vemos en la pantalla. Mientras miramos un juego de fútbol en vivo, sentimos que estamos allí en la escena. Pero por supuesto, no es así. Lo que vemos son imágenes transmitidas, o fotografías del evento. El juego es "visible" para nosotros solo vía "televisión," un medio de comunicación.

Cuando volvemos nuestra atención a las estrellas, nos involucramos en el uso de otro medio. Mirar a una estrella o a la luna no es mirar al rostro de Dios. Es mirar la obra de Dios. Cuando observamos el cuadro de Rembrandt, "La Ronda de la Noche" en el Rijksmuseo en Ámsterdam, no estamos viendo a Rembrandt. Estamos viendo una pintura que vino de su mano. Esa pintura nos dice algo acerca del hombre que la pintó, pero ciertamente no nos dice todo acerca de él.

Por supuesto, la naturaleza en su plenitud es una obra de arte, mucho más grande que cualquiera que Rembrandt creara jamás. La naturaleza nos provee un retrato mucho más grande que "La Ronda de la Noche." Y revela mucho más de su Creador que lo que una pintura pueda hacerlo de su artista. Pablo declara que el medio de la naturaleza hace visible el invisible poder y deidad de Dios. Pablo aclara que todos ven esta manifestación de la majestad de Dios. Esta revelación es claramente visible para todos. La fuerza de la declaración de Pablo es que toda persona que ha vivido, sabe que hay un Dios y está consciente de su trascendente majestad y santidad. El medio que Dios ha seleccionado para revelarse a sí mismo universalmente es tan claro y tan potente que deja a todos sin excusa. Es un medio mucho más poderoso y efectivo para cumplir su cometido, que una transmisión de televisión. Una entrevista con Dios en un programa televisor no mostraría tanto de El como lo hace la naturaleza.

Si bien toda la gente recibe este conocimiento de Dios, no todos ellos están dispuestos a reconocerlo. Después de que el apóstol remueve todas las excusas de las manos de la gente, declara:

> *Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles*. (Romanos 1:21–23)

¿Conoce usted a Michael Jordan? Yo podría contestar a esa pregunta de dos maneras. Podría decir, "Sí, lo conozco. Lo he visto y le he hablado." O podría decir, "No, nunca lo he conocido." Ambas respuestas serían verdad hasta cierto punto. A un lado, lo he visto a Michael Jordan. Lo he visto en la televisión. Le he hablado, le he gritado mirándolo jugar con los Bulls por la televisión. Pero también es verdad que jamás lo he conocido. Usualmente cuando hablamos de esta manera agregamos el calificativo, "en persona." Nosotros entendemos la diferencia entre la persona real y la imagen de la persona.

Pablo está diciendo que la persona real de Dios es conocida realmente a través de la revelación real que encontramos en la dimensión de la naturaleza. Pero el problema es que, en el caso de Dios, nosotros distorsionamos nuestro conocimiento de Él, reemplazándolo con imágenes que creamos nosotros mismos. Esta es la esencia de la idolatría: reemplazar la realidad con una falsedad. Nosotros distorsionamos la verdad de Dios, y manipulamos nuestro concepto de El conforme a nuestra conveniencia, que al fin nos deja con un dios que es cualquier cosa, menos santo.

Nuevamente es importante notar que Pablo hace una acusación universal contra la humanidad, pero no por causa de desconocer a Dios. Ese no es nuestro problema. No es que fallemos en conocer que Dios existe y quién es El; es que rehusamos *creer* lo que sabemos que es verdad. Aquí encaramos un problema que no es intelectual. Es un problema moral. Es el problema de la deshonestidad.

Toda idolatría está basada en esta deshonestidad fundamental. Pablo describe esto en términos de un intercambio, el cual es un intercambio deshonesto: *"Ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén."* (Rom. 1:25). Este intercambio deshonesto es la substitución de la criatura por el creador, un intercambio que es deshonesto precisamente porque nosotros sabemos lo que es verdad. El difunto Carl Sagan habló del sentido de asombro y reverencia que él sintió cuando contempló lo intrincado del cosmos. Pero Sagan aclaró que esta reverencia no era por el Autor del cosmos, sino por el cosmos mismo. La respuesta de Sagan a las estrellas fue diametralmente opuesta a la del salmista, quien se sintió motivado a adorar al Dios que creó la naturaleza y se revela a sí mismo a través de ella, no a adorar a la naturaleza misma. Esto refleja la diferencia esencial entre la piedad y el paganismo. Los paganos confunden la criatura con el Creador. Ellos le atribuyen a la criatura, la gloria que solamente le pertenece a Dios.

Pablo ve el pecado de los hombres en términos de su rechazo a honrar a Dios como Dios, a pesar de que conocen su eterno poder y deidad como Creador. Es este rechazo a honrar a Dios como Dios, lo que creo que Pablo tiene en mente cuando declara que la humanidad rechaza creer lo que ellos saben que es verdad acerca de Dios. La notable conclusión a la que arribamos a través de la enseñanza del apóstol es que la santidad de Dios no es un secreto obscuro o antiguo, que sólo puede ser descubierto por algún grupo elite. Más bien, la santidad de Dios está a la vista diariamente, para que todos la vean. De nuevo, no está revelada sólo a aquellos que la investigan afanosamente. El punto de Pablo es que la santidad de Dios es *visible*, y que se puede ver claramente.

En otros lugares el apóstol indica que tal conocimiento de Dios dado a través de la creación, no es un conocimiento que recibimos y abrazamos con gusto. Más bien, nuestra naturaleza aborrece este conocimiento de la santidad de Dios. Es característico de la mente reprobada no querer retener a Dios en su conocimiento. Nosotros preferimos manipular lo santo en lo no-santo. Es este rechazo de la majestad de Dios lo que nos deja con mentes entenebrecidas. Resulta en una necedad masiva, que tiene consecuencias desastrosas para nuestras vidas. Una vez que rechazamos honrar a Dios como Dios, toda nuestra visión de la vida y del mundo se distorsiona.

Regresemos al Salmo 8. Antes de que el salmista hable de su contemplación de las estrellas y de la luna y los cielos, expresa una conmovedora doxología: *"¡Oh Jehová, Señor nuestro, Cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra! Has puesto tu gloria sobre los cielos;"* (Salmo 8:1). El punto crucial que se afirma en este salmo es que la gloria de Dios está *sobre los cielos*. La gloria de Dios trasciende la gloria de toda criatura. De hecho, la gloria que se pueda encontrar en este mundo es prestada o derivada de la mano del Creador. El salmista es obviamente un hombre regenerado que se complace en honrar a Dios como Dios, y en reconocer la verdad de la revelación dada en la naturaleza. El alza sus ojos mucho más allá del esplendor de los cielos, y se regocija en la gloria que es revelada a través de ellos.

En su obra *La República*, Platón usa una famosa ilustración. El habla de hombres que están encadenados en el oscuro interior de una cueva. Reciben calor y luz de un pequeño fuego. Todo lo que los hombres pueden observar son las traslucientes sombras que el fuego arroja sobre las paredes de la cueva. Esta es la extensión de su visión. Toda la realidad que ellos conocen es la de las sombras. No es hasta que son liberados de los confines de las tinieblas y emergen a la luz del día que ellos pueden percibir la realidad como es. Mientras tanto, confunden las sombras sobre la pared con la realidad.

Platón usó esta analogía para ilustrar la diferencia entre lo que el llamó *conocimiento* y *opinión*. La opinión se apoya en lo que se asume por las sombras, lo cual falla en penetrar la verdad. Para Platón todo el conocimiento que se apoya solamente en la observación de este mundo externo, no es verdadero conocimiento sino una mera sombra de la verdad. Para alcanzar la verdad, uno tiene que ir más allá de la dimensión inmediata de los sentidos, hacia la dimensión eterna de la realidad suprema. Platón busco ir más allá del fenómeno, para llegar a la verdad y la realidad final.

Si bien la analogía de Platón fue escrita siglos atrás, puede muy bien ser un comentario adecuado para el espíritu de nuestra época. Nosotros nos gloriamos en la explosión de conocimiento de la ciencia moderna sobre el mundo externo. La expansión de nuestro conocimiento científico ha sobrepasado muy bien los límites impuestos por nuestros poderes comunes de percepción. Nosotros podemos probar la dimensión de lo infinitésimo por medio del microscopio y

la dimensión de lo distante por medio del telescopio. Nuestra visión de lo cercano y lo distante excede en mucho lo que se logró en exploraciones previas. Nuestra visión del mundo alrededor y encima de nosotros se ha extendido tan grandemente que aparentemente hemos sido lanzados hacia un majestuoso teatro que diariamente nos ofrece un despliegue de gloria asombrosa.

Sin embargo, nuestra visión del mundo en la actualidad quizá es más terrenal y estrecha que nunca. Ésta es una época en la que declaramos que la suma total de la realidad es aquí y ahora, una época de miopía, una época de secularismo sin precedente. En nuestra búsqueda por la liberación y la independencia de las criaturas, sólo hemos logrado separarnos y excluirnos de lo sagrado. Vivimos en una cueva más pequeña que Platón visualizó, y las sombras que vemos son arrojadas no por llamas de fuego sino por brasas a punto de apagarse.

En su libro *Institución de la Religión Cristiana*, el teólogo del siglo dieciséis, Juan Calvino, ofreció otra analogía: la de un hombre vendado de los ojos. El propuso que la naturaleza es un inmenso y glorioso teatro que exhibe la revelación divina. Pero nosotros caminamos por ese teatro como si estuviésemos vendados. El punto de Calvino no es negar que nosotros recibimos conocimiento real de la revelación natural. Más bien él estaba hablando del estado de la gente que voluntariamente rehusa mirar lo obvio. Nosotros nos ponemos la venda solos, y después tropezamos maldiciendo la oscuridad. La analogía es dada para subrayar la necedad humana, la cual prefiere las tinieblas a la luz y las criaturas al Creador. Calvino comenta:

> *Aunque la mayoría de los seres humanos esclavizados por el error, caminan vendados en este glorioso teatro, [el creyente] exclama que es una sabiduría rara y singular meditar cuidadosamente en las obras de Dios, las cuales muchos que parecen tener una visión aguda en otros aspectos, contemplan sin ningún provecho. Ciertamente es verdad que la más resplandeciente manifestación de la gloria divina no encuentra ningún espectador genuino entre cien. Sin embargo, ni su poder ni su sabiduría están rodeadas de oscuridad*.

Nosotros somos criaturas que prefieren vivir en la cueva que en la luz plena del sol radiante. La gloria de Dios nos rodea. Es imposible ignorarla. Sin

embargo, no sólo fallamos en detenernos para oler las flores, sino que fallamos en reconocer la gloria del Creador de las flores. Ciertamente es la gloria de Dios, la principal presentación en el teatro de la majestad divina en el cual caminamos diariamente. El salmista declara que el cielo y toda la naturaleza le cantan a la gloria y la majestad de Dios.

Nosotros vemos la conexión inseparable entre la santidad de Dios y su gloria. Su gloria es la manifestación externa de la perfección de su ser. Es la plenitud de su Ser en manifiesto. La Escritura frecuentemente habla de la nube de la gloria divina que ocasionalmente se hace externamente visible, la *shekinah*. Esta nube de gloria cubrió a los discípulos en el monte de la transfiguración. Sirvió como la escolta para Jesús en su ascensión a los cielos y lo rodeará cuando retorne. Esta nube de gloria es tan impresionante que puede cegar a aquellos que la miran directamente, como le sucedió al apóstol Pablo en el camino de Damasco.

Cuando la gloria de Dios se manifestó en su plenitud en los tiempos bíblicos, el resultado fue terror en todos los que la vieron. Pero esta nube de gloria no es la única manifestación de la presencia de Dios en la Biblia. El apareció también en varias teofanías, tales como la zarza ardiente, el pilar de fuego y las lenguas de fuego que cayeron en Pentecostés. En un grado menor su gloria se manifiesta en todas partes, todo el tiempo. No puede ser extinguida más de lo que se puede extinguir la luz del sol. El sol puede ser oscurecido cuando una nube lo cubre o cuando hay algún eclipse, pero tales fenómenos no extinguen su luz.

Calvino usó la metáfora de "larga vistas" o "lentes" para describir nuestra percepción de la gloria de Dios. El habló de larga vista de la fe por el cual los creyentes miran más allá de la superficie de las cosas, para regocijar sus ojos en la gloria que se ve allí claramente. La Biblia habla de aquellos que tienen ojos para ver y oídos para oír. Esta no es una referencia al poder ordinario de los sentidos, sino al de la habilidad de penetrar las tinieblas y la confusión del pecado para ver y escu-char la verdad. Con la regeneración, las escamas caen de nuestros ojos para que verdaderamente podamos percibir lo que vemos y entender lo que oímos (Marcos 4:12). Es una capacidad que crece a medida que maduramos espiritualmente.

Hace algunos años me puse a dibujar y a pintar al óleo como un pasatiempo. Mi trabajo amateur jamás adornará las paredes de una galería de arte seria. Lo que aprendí de este pasatiempo lo hice probando y fallando. Al principio se me dijo que mirara el mundo en una manera diferente. Fui enseñado a poner atención a las sutilezas de las sombras y claroscuros, a observar el color y la textura. Antes de este ejercicio, cuando yo pasaba frente a los árboles en el camino, yo solo veía árboles. Ahora cuando miro a los árboles, noto la textura peculiar del tronco y los colores resaltantes de las hojas. Estas sutilezas siempre estuvieron allí, sólo que yo nunca las notaba antes. Cada una de ellas tiene su propio medio para anunciar la presencia de la gloria de Dios.

Cuando nos involucramos en pintar o en otras formas de arte, nos interesamos en la belleza. Sin embargo, el solo concepto de la belleza es profundamente difícil de definir. Es elusivo y controversial. La disciplina de la filosofía tiene su propia subcategoría de estética, la cual busca determinar las normas para la belleza. Históricamente han existido varias opiniones sobre la belleza. Mucha gente ha concluido que no hay reglas para la belleza, que es puramente un asunto subjetivo. Otros, que datan desde Aristóteles y más allá, han argumentado por un criterio objetivo para la belleza. Los subjetivistas encuentran refugio en el lema, “La belleza está en el ojo del que observa.” Esto tiende a reducir la belleza al gusto personal o la preferencia, tal como se encuentra en los varios sabores de helado. Aquí, la belleza de una persona es la fealdad de otra.

Por otra parte, otros han tratado de encontrar normas objetivas por las cuales juzgar la belleza. Pensadores como Aristóteles, Aquina y Edwards, por ejemplo, han visto la belleza basada en cosas como la proporción, la simetría, la complejidad, la armonía, etc. Si bien se admite que lo simple puede ser hermoso, es más frecuente la composición armoniosa de las partes complejas, lo que indica la belleza. Nosotros entendemos la diferencia entre la presentación de figuras de ramas y la estructura de figuras humanas, como las que vemos en el trabajo de Miguel Ángel. De la misma manera, notamos la diferencia entre un niño tocando una cancioncita infantil en su piano con un dedo, y un pianista en un concierto tocando el *concierto no. 4 para piano* de Beethoven.

Lo que brota en el arte y la música grande es una profundidad de dimensión que no se hace tediosa o pasa de moda. Fíjese por ejemplo, en la diferencia entre "Jesús, el Gozo del Deseo del Hombre" de Bach, y alguna canción popular o tema de película que está de moda. Algunas canciones populares duran algunos años, pero la mayoría duran poco. Si, por ejemplo, usted se sienta y escucha una canción popular por seis horas seguidas, lo más probable es que se aburrirá. Pero si usted escucha atenta y continuamente una de las obras maestras de Bach, esta se hará más y más fascinante a medida que usted descubre sus más intrincadas sutilezas.

A veces la gente piensa que soy extraño cuando menciono la belleza de los juegos profesionales de fútbol americano. ¿Cómo se puede decir que algo tan primitivo y violento sea hermoso? Lo que yo disfruto es mirar a los atletas tan excelentemente acondicionados quienes habiendo alcanzado lo más elevado de su deporte, ejecutan unidos cada movimiento. Once hombres de un lado de la pelota, cada uno con una función específica para lograr en una sola movida hacer avanzar la bola unos cuantos pies, mientras los otros once en el otro lado de la bola trabajando unidos para evitar ese avance. La ejecución de una jugada involucra una clase de orquestación que requiere armonía más que disonancia. Cuando esa armonía se pierde, se pierde el control de la pelota.

En todo esto, sea arte o deporte, se revela una clase de belleza que tiene profundas implicaciones teológicas. El antiguo testamento se refiere frecuentemente a la belleza de la santidad de Dios. Aun las vestiduras que Dios diseñó para Aarón y los sacerdotes fueron designadas "para honra y hermosura" (Exodo 28:2). Estas referencias indican una significativa relación entre la santidad y la hermosura. Nosotros acostumbramos a pensar en términos de una relación inherente entre la bondad y la santidad, o la verdad y la santidad. Pero la verdad y la bondad son solamente dos patas de una banca de tres patas. La tercera pata es la hermosura. En Biblia hay una triada de virtudes que apuntan más allá de sí mismas hacia la santidad de Dios. Esta triada está compuesta de lo bueno, lo verdadero y lo hermoso. Expongamos cada una de ellas.

Los antiguos filósofos tales como Platón y Aristóteles buscaron lo que ellos llamaron el *Summum bonum*, o el "bien supremo." Fue esta búsqueda la que los impulsó a postular la existencia de Dios. A su manera, ellos estaban declarando

algo que es básico en la fe Bíblica—que el bien supremo se encuentra en Dios mismo. Él es la norma de las normas, y Él no tiene normas. Todo lo bueno encuentra su raíz en El y en su carácter. Él es la fuente de todo lo bueno, y todo que es bueno, a su vez apunta de regreso hacia Él. Es solo cuando Dios es desechado del pensamiento humano que una ética de relativismo es abrazada. Pero el relativismo no es tanto una ética como una anti-ética, la cual es la base de la impiedad. Fue Dostoyevsky quien declaró, "Si no hay Dios, entonces todas las cosas son permisibles." El entendió que sin el bien supremo, no puede haber bien en absoluto. Todas las cosas buenas se miden conforme a la medida máxima de la bondad de Dios.

Así como toda bondad encuentra su definición en la base de la bondad de Dios, así toda verdad es juzgada de acuerdo a la medida de la verdad de Dios. Él es el supremo Autor de la verdad. Todo lo que es verdad no sólo fluye de Él, sino que también refleja su carácter. Los antiguos teólogos entendieron que toda verdad es la verdad de Dios, y que toda verdad "se encuentra en la cima," una frase que indica que ninguna verdad es independiente de Dios, ni contradice lo que El declara como la verdad.

Los filósofos han ofrecido varias teorías de la verdad. Una de las más persistentes es la así llamada *teoría correspondiente de la verdad*. Este concepto define la verdad como aquello que corresponde a la realidad. El problema con esta definición inadecuada es que la gente tiene diferentes percepciones de lo que es verdad. Así que el argumento resulta en la pregunta, "¿La verdad percibida por quién?" Para superar esta dificultad debemos agregar a la definición básica, las palabras "como es percibida por Dios." Con esta adición, la definición completa llega a ser "La verdad es aquello que corresponde a la realidad como es percibida por Dios." La percepción que Dios tiene de la verdad es perfecta. Él ve todas las cosas desde la perspectiva de la eternidad. El conoce la estructura de toda realidad, tanto pequeña como grande. Lo que El revela en la Biblia siempre es consistente con su auto-revelación en la naturaleza. Lo que nosotros aprendemos del estudio de la naturaleza debe cuadrar con lo que aprendemos del estudio de la gracia. Ambas esferas pertenecen a Dios. Dios no es autor de confusión. Él es incapaz de hablar mentiras o contradicciones.

Esto es lo que significa la idea de que toda verdad se encuentra en la cima. No es que Dios de alguna manera pueda reconciliar verdaderas contradicciones, sino que ninguna contradicción verdadera infecta la claridad de su verdad. La verdad de Dios es una verdad santa, es decir, su verdad expresa su propio carácter. Puesto que Él es la fuente de toda verdad, toda verdad apunta de regreso a Él. Puesto que toda verdad apunta a Él, toda verdad es sagrada. Lo sagrado de la verdad es lo que hace a la mentira tan diabólica, puesto que distorsiona nuestra percepción del carácter de Dios.

Tal como la verdad y la bondad están arraigadas en el carácter de Dios, así sucede con la belleza. Dios mismo es la base de toda unidad y diversidad, de la simplicidad y la complejidad. Su mismo ser es internamente consistente, armonioso y proporcionado. En El no hay distorsiones, desorden o fealdad. Su voz no admite ruidos o cacofonía. Las obras de sus manos son cosmos, no caos. El caos está marcado por el desorden y la confusión; es una irracionalidad manifiesta. La belleza de Dios es sana y racional, puesto que su Ser es de perfecta sanidad y orden. Tanto como lo hermoso da testimonio de estas cualidades, ellas dan testimonio de Él. Edgar Alan Poe entendió que en la belleza uno encuentra la dimensión de lo sublime, una dimensión que no es irracional pero que puede transcender lo racional. Es decir que la belleza, aunque involucra la mente, se va más allá de los límites del mero conocimiento. Cuando nosotros somos conmovidos por las grandes obras de arte, somos cogidos por una sensación afectiva que conmueve el alma, así como la mente. Cultivar una apreciación por la belleza es encaminar nuestro rumbo para ir tras el sublime Autor de todo lo que es hermoso.

Los teólogos medievales usaban la frase en latín *ens perfectissimus* para referirse a Dios, la cual puede ser traducida como “el Ser más perfecto.” Esta frase sin embargo es un poco confusa. Pues, decir que algo o alguien es el ser *más* perfecto es una redundancia. La perfección real no admite grados. Algo que es verdaderamente perfecto en todo sentido, no puede llegar a ser más ni menos perfecto. Nosotros hablamos así porque estamos acostumbrados a lidiar con cosas que son imperfectas. Las cosas imperfectas se pueden mejorar, pero lo perfecto no. Debe ser suficiente decir que Dios es simplemente perfecto. ¿Por qué entonces los teólogos usaban el grado superlativo para hablar de la perfección de Dios? La respuesta se encuentra en el deseo que ellos tenían de

enfatizar la realidad de la perfección de Dios tan claramente, que pudieran eliminar cualquier posibilidad de sugerir la más mínima falta de perfección en el carácter de Dios. Era el legítimo uso de la hipérbole, hablar de lo más perfecto.

La perfección de Dios se aplica a todos sus atributos. Su poder es perfecto; no tiene debilidades o posibilidad de debilidad. Su conocimiento no sólo es omnisciente, sino que refleja una omnisciencia perfecta. No hay nada que Dios no conozca o que Él pueda aprender. Algunos teólogos modernos han tratado de declarar que Dios es omnisciente, pero que su omnisciencia es limitada. Ellos aseguran que Dios conoce todo lo que Él pueda posiblemente conocer, pero que El no conoce ciertas cosas, especialmente las decisiones futuras de los agentes libres. Pero una omnisciencia limitada simplemente no es omnisciencia, y no es perfecta. Esta visión de una omnisciencia limitada, le roba a Dios su santa omnisciencia, la cual es perfecta. El amor de Dios, su ira, su misericordia—todo lo que Él es—es perfecto. Y no sólo eso, sino que Él es eterna e inmutablemente así. Jamás se encuentra un tiempo en que Dios haya sido menos que perfecto, y no hay posibilidad de que en el futuro Él pueda deslizarse en alguna clase de imperfección. Lo que ha estado con Dios, estará así para siempre. Su perfección es inmutable, no puede cambiar.

Las sombras en una cueva son dadas al cambio. Ellas danzan y fluctúan cambiando constantemente en forma y brillantez. Para contemplar lo verdaderamente santo e ir más allá de la superficie de las cosas creadas, nosotros necesitamos salirnos de la caverna que nos hemos creado y caminar en la gloriosa luz de la santidad de Dios.

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas

A medida que reflexiona sobre lo que ha aprendido y redescubierto sobre la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas en lo concerniente a la santidad de Dios, o discuta sus respuestas con un amigo.

1. Describa una experiencia reciente en la cual Dios se haya revelado a sí mismo a usted a través de la naturaleza.
2. ¿De qué manera nosotros adoramos a la creación en lugar de al Creador?

3. ¿Cómo las cosas que son buenas, verdaderas y hermosas reflejan la santidad de Dios? ¿Cómo esta verdad le ayuda a dar forma a sus prioridades?
4. ¿Cómo adorará usted a Dios por su santidad?

Capítulo Once
Lugares Santos y Ocasiones Santas

¿Dónde, sino en el presente, se puede conocer lo eterno?

C. S. LEWIS

Sin Salida. Esta famosa obra de teatro escrita por el filósofo existencialista francés Jean Paul Sartre refleja su opinión de que el infierno es la gente ajena, una dimensión de la cual no hay salida. Este mismo título podría ser usado para describir la visión contemporánea de nuestro mundo. Nosotros somos una generación de gente que se siente atrapada en el aquí y ahora. Sentimos que no tenemos acceso a lo celestial y trascendente, como si hubiese un infranqueable abismo que nos separa de lo santo. Al parecer, estamos condenados a vivir nuestros días encadenados a lo profano.

Mientras escribo estas palabras, una nave cruza nuestro espacio. Los astronautas a bordo están viajando para hacerle reparaciones y mejoras al telescopio Hubble el cual está transmitiendo a la tierra imágenes nunca vistas de las partes más lejanas del universo. Como resultado, los astrónomos se apresuran a ajustar sus teorías de la cosmología. Incontables datos nuevos exigen nuevas explicaciones. Poco científicos sostienen aún la anticuada opinión de un universo estático, una teoría que está siendo descartada por la evidencia de que nuestro universo está siempre en expansión.

El siglo dieciocho vio la aparición de una nueva religión llamada Deísmo, la cual representaba un compromiso entre el teísmo cristiano clásico y el ateísmo naturalista. El Deísmo usaba la metáfora de un relojero divino. Dios era visto como la causa primera, quien creó el mundo tal como un relojero diseña y construye un reloj, ajustándolo para luego darle cuerda y dejarlo que funcione con su propio poder. Así Dios, creo el mundo, luego se hizo para atrás y lo dejó funcionando movido por sus propias leyes mecánicas. Ellos creían que Dios hizo el mundo como un sistema cerrado y que El permanece eternamente ajeno a su operación. Los deístas no veían una providencia diaria, una intrusión sagrada de arriba, ni la posibilidad real de comunicarse significativamente con El desde acá abajo.

El Deísmo no duró mucho como una religión viable. No fue satisfactorio para los deístas clásicos ni para los naturalistas más radicales. Así, desapareció rápidamente de la escena. Sin embargo, su importancia puede ser vista en dos formas. La primera es que aunque representó un pequeño punto en el radar de la historia, el punto ocurrió en el momento preciso cuando los Estados Unidos de América estaban en su período formativo. El Deísmo estaba de moda cuando se escribió la Declaración de la Independencia y la Constitución, y en cierto modo aun los cristianos tradicionales de la época aceptaban el concepto deísta de la ley natural.

La segunda forma en que el Deísmo causó impacto fue en su visión de un universo mecánico cerrado que no dejaba lugar para la intervención divina. Si bien la religión del Deísmo ha quedado en el pasado, su visión del mundo permanece en vigencia. Mucha gente en nuestra cultura piensa que el mundo opera por leyes naturales fijas que funcionan como un reloj de cuerda, que todas las causas para todos los eventos están arraigados estrictamente en la naturaleza. Y a Dios se le deja sin nada para hacer sino andar como un remoto y distante espectador de los eventos humanos. En nuestra sociedad la religión se limita a una especie de terapia personal para la gente que tiene problemas lidiando con las dificultades de la vida.

Pero la gente siempre ha buscado una ventana o una puerta hacia lo trascendente. Nosotros buscamos el umbral que nos guíe de lo profano hacia lo sagrado, porque si no tenemos conciencia de la presencia de lo santo, nuestra existencia es profana. Ésta es la búsqueda de la dimensión de lo santo, la tierra santa. Mircea Eliade, uno de los principales historiadores de la religión del siglo veinte, ha escrito acerca de esta búsqueda en su libro, *Lo Sagrado y lo Profano*. Eliade insiste en que nosotros nunca hemos podido vivir una vida totalmente profana. Él dice, “Sea cual sea el grado en que el hombre haya profanado el mundo, el hombre que ha escogido una vida profana jamás ha logrado hacer desaparecer por completo sus tendencias religiosas.” La humanidad parece ser incurablemente *homo religiosis*. Aun dentro de los confines de un universo cerrado, la gente busca algún espacio que le sirva como punto de acceso a lo trascendente. Nosotros sentimos un doloroso vacío que clama llenarse por lo santo. Anhelamos un espacio sagrado.

En el encuentro de Moisés con Dios en el desierto, él experimentó el umbral hacia ese terreno de lo sagrado:

> *Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios. Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema*.
>
> *Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés!*
>
> *Y él respondió: Heme aquí*.
>
> *Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios*. (Exo. 3:1–6)

Cuando esto sucedió, Dios mandó a Moisés que se guardara distante de su presencia inmediata, prohibiéndole acercase demasiado. Dios le mandó quitarse sus sandalias. Nosotros hemos visto en nuestra discusión sobre la visión de Isaías (capítulo 2), que hay una conexión entre los serafínes cubriéndose los pies en la presencia de Dios y Moisés descalzándose en este evento. En ambos casos los pies apuntan a la condición de ser criaturas. En cualquier caso, a Moisés se le mandó quitarse sus sandalias porque él estaba parado en un terreno santo. En cierto momento, al caminar hacia la zarza ardiente, cruzó la línea que divide lo santo de lo profano. Siendo una criatura caída en este mundo, Moisés era profano; sin embargo, aquí él se estaba atreviendo a caminar sobre terreno sagrado.

El espacio santo que Moisés ocupó fue hecho santo por la presencia de Dios. La composición de la tierra en este pedazo de terreno no era diferente del resto en el desierto. El carácter sagrado de este espacio no era intrínseco, sino extrínseco; es decir, fue *hecho* sagrado por una presencia sobre impuesta. El evento que tuvo lugar aquí, le agregó una dimensión extraordinaria a lo

ordinario. Este espacio común dejó de ser común en virtud de la aparición de Dios en este espacio.

Lo que Moisés experimentó en la zarza ardiente no fue sólo una teofanía sino una hierofanía. La palabra *teofanía* se refiere a una manifestación visible de Dios; *hierofanía* se refiere a una manifestación visible de lo santo. Eliade comenta, "Todo espacio sagrado implica una hierofanía, una irrupción de lo sagrado que hace que un territorio sea separado de su ambiente físico, para adquirir cualidades distintas."

Vemos un segundo ejemplo bíblico del espacio sagrado en el relato de la experiencia de Jacob en Betel. Comentando sobre esto, el historiador Eliade dice:

> *Cuando Jacob soñó una escalera que tocaba el cielo, con ángeles que subían y bajaban, y escuchó al Señor diciendo desde arriba, "Yo soy el Dios de Abraham," se despertó atemorizado y exclamó: "Cuán terrible es este lugar: no es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo," Allí él tomó la piedra que le había servido de almohada, la puso como un monumento, y la ungió con aceite llamando a este lugar, Bet-El, que significa casa de Dios*. (Génesis 28:12–19)

El simbolismo implícito en la expresión "puerta del cielo" es rico y complejo, pues el lugar donde ocurre una teofanía es consagrado, convirtiéndose en una puerta hacia arriba; es decir, se pone en comunicación con el cielo, y se convierte en el punto paradójico de transición de un modo de existencia a otro.

Hay varias imágenes significativas en el drama en este evento. La primera es una escalera por donde los ángeles suben y bajan, conectando el cielo y la tierra, lo sagrado y lo profano. La escalara muestra una salida de este universo aparentemente cerrado. La segunda imagen es ese espacio santo que adquiere el nombre de *Bet-El*, precisamente porque es considerado no sólo "la casa de Dios", sino también (quizás más importante aún) una puerta. No es casa con un portal; *ella es* el portal, una puerta que provee acceso al cielo.

La tercera imagen significativa (uso la palabra *significativa* por su connotación de "que lleva una señal") es la de la piedra. Originalmente la piedra

era un pedazo de roca común que Jacob usó como una almohada, como solían usarse en la antigüedad. Después de la hierofanía, la piedra es usada para un propósito diferente, fuera de lo común. La piedra es ungida con aceite en una simple ceremonia de consagración, convirtiéndose en la señal sagrada de un espacio sagrado. Como Eliade dice, marca un lugar de transición entre el cielo y la tierra.

Los espacios sagrados en los tiempos bíblicos son frecuentemente marcados como un lugar de transición. Podemos ver esto en el relato de Noé y su familia cuando sobrevivieron el diluvio:

Y en el mes segundo, a los veintisiete días del mes, se secó la tierra.

Entonces habló Dios a Noé, diciendo: Sal del arca tú, y tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de tus hijos contigo. Todos los animales que están contigo de toda carne, de aves y de bestias y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, sacarás contigo; y vayan por la tierra, y fructifiquen y multiplíquense sobre la tierra.

Entonces salió Noé, y sus hijos, su mujer, y las mujeres de sus hijos con él. Todos los animales, y todo reptil y toda ave, todo lo que se mueve sobre la tierra según sus especies, salieron del arca.

Y edificó Noé un altar a Jehová, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar. (Génesis 8:14–20)

Tan pronto como las aguas cedieron y Noé y su familia pudieron dejar el arca, ellos edificaron un altar. El propósito inmediato del altar era proveer una plataforma para hacer una ofrenda a Dios. Pero además serviría para marcar el lugar de un nuevo comienzo, para delinear el lugar donde la transición tuvo lugar de la destrucción a la redención.

Vemos episodios similares esparcidos por todo el Antiguo Testamento:

Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido. Luego se pasó de allí a un monte al oriente de Bet-el, y plantó su tienda, teniendo a Bet-el al occidente y Hai al oriente; y edificó allí altar a Jehová, e invocó el nombre de Jehová. (Génesis 12:7–8)

> *Y de allí subió a Beerseba. Y se le apareció Jehová aquella noche, y le dijo: Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, porque yo estoy contigo, y yo bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor de Abraham mi siervo. Y edificó allí un altar, e invocó el nombre de Jehová, y plantó allí su tienda; y abrieron allí los siervos de Isaac un pozo*. (Génesis 26:23–25)

> *Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho. Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel*. (Éxodo 24:3–4)

Estos pasajes ilustran casos en los cuales un altar marca un espacio sagrado, una transición crucial. Cada transición demuestra un puente de lo terrenal y profano a lo santo, ya sea por medio de la aparición de Dios a su pueblo, o a través de decisiones significativas que distinguieron al pueblo como santo.

Un contacto con lo santo no es un mero encuentro con una dimensión diferente de la realidad; es la reunión con la Realidad Absoluta. El cristianismo no es asunto de involucrarse en una experiencia religiosa, algo adicional en la vida. Implica relacionarse con un Dios santo, el mismo que es el centro y la esencia de la existencia humana. La fe cristiana es teo-céntrica. Dios no está en una orilla de la vida de los cristianos, sino en el mismo centro. El define totalmente nuestra vida y nuestra forma de ver el mundo.

En nuestra experiencia contemporánea, experimentamos esta reunión en los santuarios de las iglesias. La palabra bíblica *iglesia* se refiere a la gente, no a los lugares. Pero cuando la gente se reúne para adorar, necesitan un lugar físico donde reunirse. Puesto que el templo de la iglesia es ese lugar, nosotros hemos abreviado el término *el edificio de la iglesia* como *la iglesia*. En este sentido, las iglesias son designadas y edificadas para servir como una especie de espacio sagrado, reservado como un lugar de encuentro con lo santo.

La arquitectura de las iglesias varía. Cada edificio transmite alguna clase de mensaje no-verbal. En el pasado, las catedrales góticas se diseñaban para enfocar la atención en la trascendencia de Dios. El uso de techos elevados,

cúpulas, torres y e espirales, servían para comunicar a la gente que en ese edificio ellos pretendían reunirse con lo santo. Mientras algunos edificios religiosos contemporáneos aún usan espirales y cúpulas para sugerir la asombrosa santidad de Dios, otros han sido diseñados como salones de reunión. Algunos edificios lucen más bien como centros cívicos o aun teatros, en que el santuario ha llegado a ser un escenario y la congregación un auditorio. Esta tendencia puede indicar un deseo profano para remover la incomodidad que sugiere la presencia y el terror de nuestro Dios Santo. En tales casos las personas se sienten confortables para disfrutar de su relación unos con otros.

Lo que se pierde con estos funcionales diseños es la profunda conciencia de un *umbral*. Un umbral es un lugar de transición. Significa un cambio de un territorio al otro. Una amiga me contó recientemente de una experiencia que ella y su familia tuvieron con un umbral. Estando en San Luis, mi amiga, su esposo y sus dos niños visitaron la catedral de San Luis. Caminaban juntos desde el parque hacia el frente de la catedral, bromeando y hablando sobre el clima caluroso y otras cosas ordinarias. Cuando pasaron de la luz del sol hacia la catedral, la conversación se detuvo abruptamente. Fueron sorprendidos por el silencio y el magnífico trabajo de mosaicos que se arqueaba en el elevado techo arriba de ellos. Mi amiga se sintió especialmente intrigada por la conducta de su hija, quien nunca había estado en una catedral.

La adolescente comenzó a caminar de puntillas, como si el sonido de sus pasos, el mero toque de sus zapatos sobre el piso fuese a perturbar algo. La madre y la hija caminaron hacia el santuario donde 43 millones de mosaicos, en ocho mil sombras de color desplegaban historias de la Biblia. La hija emitió expresiones de asombro mientras se detuvo por diez minutos mirando hacia arriba, al techo arqueado. Luego, se sentó en una de las bancas volteando su cabeza lentamente para ver las paredes a su alrededor. Mientras tanto, esta muchacha, normalmente conversadora, no dijo nada. Estaba sobrecogida por la belleza, el silencio e impresión de santidad. Deseando explorar cada rincón y las capillas que se alineaban al frente de la catedral, la hija abandonó la banca y se dispuso a mirar más de cerca. Pero después de unos pasos, regresó a la banca y preguntó a su madre, "¿Está bien si camino aquí?" La madre le explicó donde era aceptable caminar y que lugares están fuera de los límites.

Mientras mi amiga observaba a su hija explorar la catedral, se dio cuenta de que sin que se le haya dicho nada, esta jovencita había sentido que se encontraba en un lugar que dirige la atención al Santo. Ella había cruzado un umbral. También, sin haberlo discutido, esta jovencita sentía que ella, en su humanidad, era profana. El sonido de su voz, el sonido de sus zapatillas, el toque de sus zapatos sobre el piso era ofensivo a la santidad revelada en este lugar. Ella se sentía en terreno santo.

Se puede argumentar que la idea del umbral oscurece la verdad bíblica de que Dios es omnipresente y de que toda la creación, siendo el centro de operaciones de Dios, es sagrada. Pero la Biblia es mucho más positiva acerca de la idea del espacio. La consagración de espacios sagrados no se limita sólo al antiguo testamento. Está arraigada y basada en el acto mismo de la creación, y nuestro espíritu pierde algo profundo cuando compromete esta verdad.

Nuestras vidas están marcadas por sitios sagrados que guardamos en la memoria con aprecio. Yo tengo una extraña sensación de respeto por el cuarto donde me convertí a Cristo. Yo bien sé que el cuarto no tiene ningún poder especial, y que no fue el cuarto que me convirtió. Sin embargo, fue *el lugar* donde yo conocí a Cristo, y para mí es sagrado y permanecerá siempre en mi vida como un lugar especial.

En 1996 guié una excursión a los sitios que fueron significativos en la vida de Martín Lutero. Visité la iglesia de Wittemburg en cuyas puertas él clavo sus noventa y cinco tesis. Estuve en Erfurt, donde fue ordenado, y en el castillo de Wartburg donde tradujo la Biblia. En estos lugares se hizo historia cristiana. Ellos tienen un cierto significado sagrado para mí. Tuve una sensación similar cuando visité la iglesia de Calvino en Ginebra y la de Knox en Escocia. Pero todo esto palidece cuando se compara con un viaje a la Tierra Santa. Estando de pie en el Monte de los Olivos o caminado por la Vía Dolorosa, sentí como si el lugar estuviese encantado. Peregrinos de todo el mundo tienen la misma extraordinaria sensación cuando entran a los lugares hechos “sagrados” por la visitación del Dios encarnado. Estos sitios son “santos” sólo porque fueron tocados por su presencia.

La santidad de Dios no sólo toca el espacio, sino también el tiempo. El lenguaje griego del Nuevo Testamento tiene dos palabras diferentes que se

refieren al tiempo. La primera es *cronos*, la cual usualmente se refiere al correr ordinario del tiempo. Palabras como *crónica*, *cronología* y *cronómetro* son derivadas de esta palabra. En el castellano usamos la palabra *hora* para llevar este sentido. La segunda palabra griega para tiempo es *kairos*, la cual se refiere a momentos que tienen un significado particular. No tenemos una palabra precisa para traducirla al castellano, pero lo más cercano es el término *tiempo*, que designa un momento histórico. Todo lo que sucede es parte de la historia, pero técnicamente, reservamos el término *histórico* para eventos de peculiar importancia. Los eventos históricos son momentos de importancia que transformaron la historia de allí en adelante.

En la historia bíblica, los eventos de orden *kairotico* suceden dentro del contexto del *cronos*. El cristianismo no es una religión que se basa simplemente en eventos verticales que son extraídos fuera de todo contexto histórico. La fe bíblica está arraigada y basada en el plano de la historia real. Aunque la Biblia revela una clase especial de historia llamada *historia redentora*, también comprende la idea de que la redención que allí se revela, es revelada como una redención *histórica*—que tuvo lugar en la historia.

Los eventos kairoticos incluyen momentos cruciales: la creación, la caída del hombre, el éxodo, la cautividad, la encarnación, la cruz, la resurrección, la ascensión y el Pentecostés. Estos eventos son momentos decisivos en la historia de la obra de Dios. Están llenos de significado redentor.

Tales eventos kairoticos son frecuentemente registrados por la Biblia como tiempos sagrados. Esos tiempos señalan momentos extraordinarios donde lo santo interrumpió o se introdujo en este mundo, y fueron señalados con fiestas y celebración. No todos los días festivales de hoy tienen que ver con celebraciones religiosas, pues la mayoría de ellos no tienen nada que ver con la santidad de Dios. Sin embargo, ellos son considerados importantes puesto que señalan momentos memorables, y son "separados" de los días comunes y corrientes del calendario.

Nosotros también conocemos lo que son los "ritos de iniciación" que señalan momentos de transición en nuestras vidas. Estos ritos no siempre están ligados a ocasiones religiosas. De hecho, algunos de ellos pueden estar fuertemente asociados a la mitología. Pero estos ritos son considerados

importantes precisamente porque señalan un umbral o un momento de transición de un estado a otro. Esas fechas las conmemoramos con celebraciones, tarjetas, fiestas y otros símbolos culturales.

La fe cristiana consiste, en una medida significativa, en ocasiones sagradas. Estas ocasiones sagradas, sin embargo, provienen de momentos históricos reales, no de la mitología. La primera ocasión sagrada fue protagonizada por Dios en la obra de la creación:

> *Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación*. (Génesis 2:1–3)

Dios apartó el día de reposo como un tiempo sagrado. Al dar los Diez Mandamientos en el Monte Sinaí, El anunció de nuevo este día séptimo, el día de reposo, como un día santo, un tiempo sagrado que sería integral en la vida y fe de Israel. En la historia cristiana, el día de reposo (ahora el domingo) tiene tres orientaciones. La primera es la conmemoración del trabajo divino de la creación. La segunda es la celebración del trabajo divino de la redención. La tercera es la celebración de la promesa de la consumación futura de la redención cuando entraremos en nuestro reposo en el cielo. Así, la extensión completa de la historia de la redención, de principio a fin, se hace sagrada en la observancia del día cristiano de reposo.

Aun la gente profana trata de romper la monotonía del ritmo cotidiano del tiempo. Ellos buscan un respiro de la fatiga del trabajo. Pueden incluso decir, "Gracias a Dios es viernes." El fin de semana es separado para romper con el ritmo del trabajo. La gente busca los momentos especiales de fiesta o de tertulia, celebra sus días especiales como los cumpleaños o los aniversarios de boda, busca alivio de la monotonía actual. Pero esas celebraciones son totalmente diferentes a la ocasión sagrada que celebran los cristianos. Eliade elabora acerca de esto:

> *Para el hombre religioso, por el contrario, el afán temporal profano puede ser periódicamente suspendido por ciertos rituales que tienen el*

> *poder para interrumpirlo por algún momento sagrado que no tiene que ver con lo presente. Así como una iglesia rompe el plano de los espacios profanos de una ciudad moderna, así el culto celebrado adentro marca un rompimiento en el plano de las actividades profanas temporales. Así, ya no es el momento de hoy, sino el tiempo en el cual la existencia histórica de Cristo ocurrió, el tiempo santificado por su predicación, por su pasión, muerte y resurrección*.

Cada día de reposo, los creyentes observan un tiempo sagrado en el contexto de la adoración. Guardando santo el día de reposo, el cristiano observa un tiempo señalado y sagrado, y el culto de adoración llega a ser un tiempo santo y conmemorativo. Conmemorando la realidad de la encarnación de Cristo, aún la historia llega a ser sagrada para el cristiano. Nuestros calendarios están marcados con referencia a las épocas que son A.C. o D.C. Tenemos una teología de la historia, porque sabemos que hay un propósito santo para la historia, el cual es nuestra salvación.

En el antiguo testamento, la principal ocasión de un tiempo sagrado era la conmemoración de la salida de Egipto y la fiesta de la pascua. Dios instituyó una fiesta anual para celebrar este acto de redención:

> *Y este día os será en memoria, y lo celebraréis como fiesta solemne para Jehová durante vuestras generaciones; por estatuto perpetuo lo celebraréis. Siete días comeréis panes sin levadura; y así el primer día haréis que no haya levadura en vuestras casas; porque cualquiera que comiere leudado desde el primer día hasta el séptimo, será cortado de Israel. El primer día habrá santa convocación, y asimismo en el séptimo día tendréis una santa convocación; ninguna obra se hará en ellos, excepto solamente que preparéis lo que cada cual haya de comer. Y guardaréis la fiesta de los panes sin levadura, porque en este mismo día saqué vuestras huestes de la tierra de Egipto; por tanto, guardaréis este mandamiento en vuestras generaciones por costumbre perpetua*. (Exodo 12:14–17)

Similarmente, en el nuevo testamento la pascua se reemplaza por la conmemoración de la Cena del Señor. El sacramento de la Cena del Señor fue iniciado por Cristo en el contexto de la celebración de la Pascua. Durante la

comida de la Pascua, Jesús cambió el significado de la ceremonia, instituyendo el nuevo pacto, en donde los elementos que antes eran utilizados para recordar el éxodo de Egipto, ahora son utilizados para expresar el éxodo supremo que El realizó por su muerte en la cruz.

> *Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre*. (Mateo 26:26–29)

La celebración de la Cena del Señor es una ocasión sagrada en tres sentidos. Primero, mira hacia el pasado, instruyendo a los creyentes a recordar y a mostrar su fe en la muerte de Cristo. Segundo, se enfoca en el momento presente de celebración, en el cual Cristo se reúne con su pueblo para nutrirlos y fortalecer su santificación. Tercero, mira hacia el futuro, a la esperanza segura de su reunión con Cristo en el cielo, donde ellos participarán en el banquete de las bodas del cordero y su esposa.

En los lugares sagrados y en las ocasiones sagradas los cristianos encuentran la presencia de lo santo. Las barreras que tratan de cerrar lo trascendente son derribadas, y el tiempo presente es definido por la incursión de lo santo. Cuando nosotros levantamos barreras a esta incursión, como diques que le impiden inundar a nuestras almas, estamos cambiando lo santo por lo profano y robándole a Dios su gloria y a nosotros mismos su gracia.

Soli Deo Gloria.

Permitiendo que la Santidad de Dios Toque Nuestras Vidas

A medida que reflexiona sobre lo que a aprendido y redescubierto sobre la santidad de Dios, responda estas preguntas. Use un diario para registrar sus respuestas en lo concerniente a la santidad de Dios, o discuta sus respuestas con un amigo.

1. ¿Dónde ha experimentado usted la sensación de un umbral, de un espacio sagrado?

2. ¿Cómo busca usted la puerta hacia el espacio sagrado? ¿Regularmente asiste al culto de Dios en el día de reposo para buscar la presencia de Dios?

3. ¿Qué ocasiones santas puede usted señalar en su vida?

4. ¿Cómo puede usted cultivar la conciencia de la presencia y la santidad de Dios en su vida?